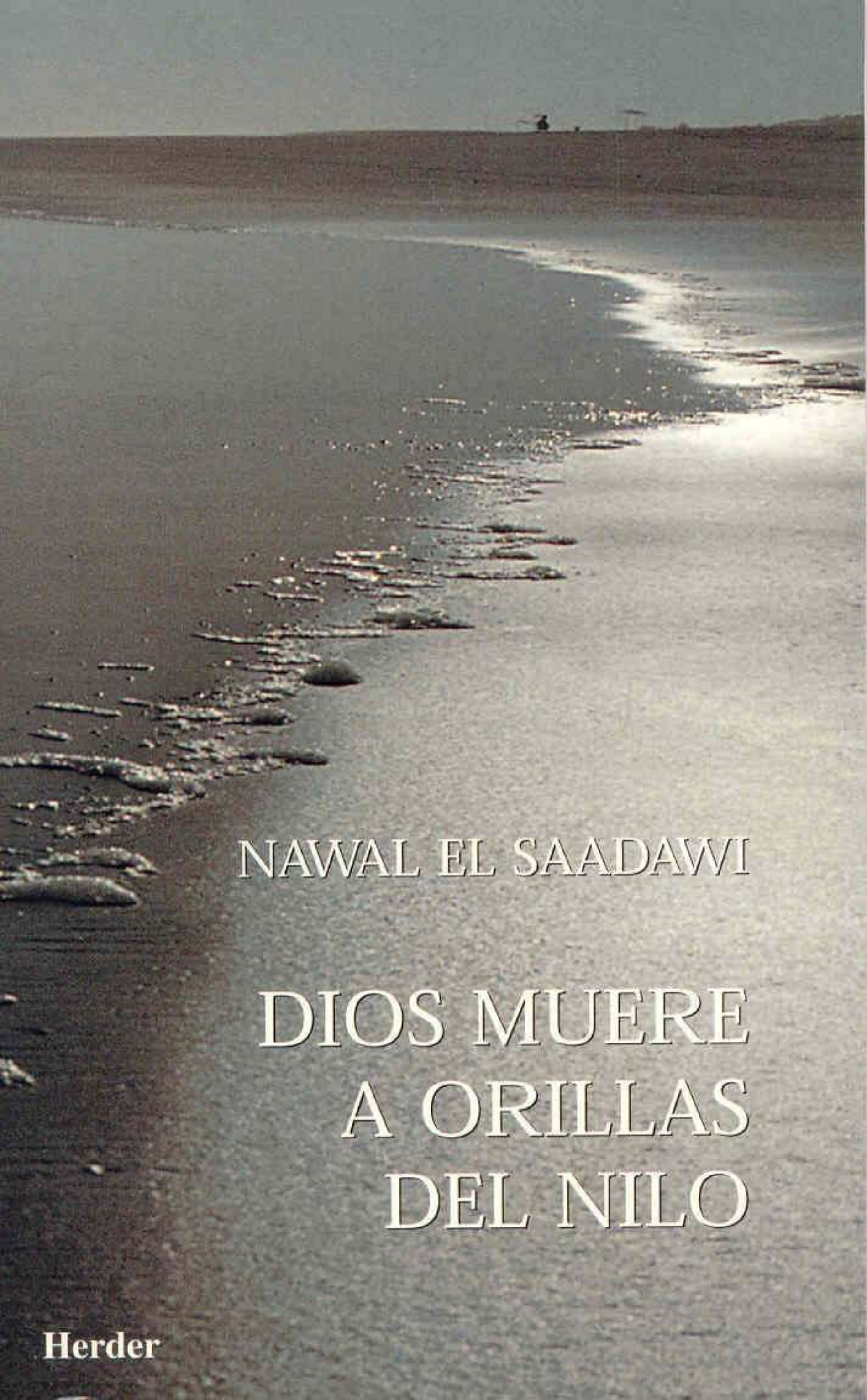




NAWAL EL SAADAWI

DIOS MUERE  
A ORILLAS  
DEL NILO

Herder

Nawal El Saadawi

# Dios muere a orillas del Nilo

EDITORIAL HERDER  
BARCELONA

Versión castellana de JUAN ANDRÉS IGLESIAS, de la obra de  
NAWAL EL SAADAWI, *God Dies by the Nile*,  
Zed Books Ltd, Londres 1985

*Diseño de la cubierta:* CLAUDIO BADO y MÓNICA BAZÁN

© 1985 Zed Books Ltd., London  
© 1996 Empresa Editorial Herder S.A., Barcelona

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento en sistema informático y la transmisión en cualquier forma o medio: electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros métodos, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright

ISBN 84-254-1909-3  
Impreso en Librería S.L., Barcelona  
Depósito legal: B. 1657-1996  
Printed in Spain



# GLOSARIO

*Daya*: Comadrona de una población.

*Eid*: Festividad que se celebra después del ayuno del Ramadán.

*Galabiyya*: Vestido largo y amplio que llega hasta los tobillos, utilizado tanto por las campesinas como por los campesinos, con diferencias de corte, materiales y colores.

*Hejaz*: Meca.

*Jiba*: Prenda que se utiliza sobre el caftán, confeccionada con un material más grueso y más oscuro.

*Melaya*: Larga faja de seda negra que se lleva alrededor del cuerpo.

*Misr*: Gobierno central de El Cairo, que se encarga de los asuntos del país. Aquí Misr significa Egipto, pero también hace referencia a la capital.

*Mulujiyya*: Verdura empleada para hacer una sopa espesa, verde y con gusto a ajo. Su tallo largo y resistente se utiliza en las aldeas para provocar un aborto, introduciéndolo en el cuello del útero.

*Sunna*: Jurisprudencia islámica, que desarrolla y explica las enseñanzas islámicas que figuran en el Corán y las palabras del Profeta Mahoma. Las cuatro prosternaciones que aquí se mencionan no son obligatorias, sino meramente optativas. Practicadas como un rito suplementario, atestiguan un mayor fervor religioso y se supone que atraen más bendiciones.

*Tabla*: Tambor alargado y cónico.

*Tambur*: Noria primitiva que se hace girar manualmente.

*Yoo yooos*: Sonido prolongado y vibrante que sirve para expresar alegría.

*Zar*: Forma de exorcismo para liberar a una persona (habitualmente a una mujer) de un espíritu maligno, mediante una danza frenética acompañada de conjuros y versículos del Corán.

Antes de que los rayos carmesí del alba rozasen las copas de los árboles, antes de que el canto del gallo, el ladrido de un perro o el rebuzno de un asno horadasen la pesada oscuridad, y antes de que la voz del jeque Hamzawi resonase en el silencio haciendo la primera llamada a la oración, la gran puerta de madera se abrió lentamente, chirriando, con el sonido herrumbroso de una antigua noria. Una sombra alta y recta se deslizó por ella, avanzando sobre dos piernas, con paso firme y poderoso. Detrás suyo venía una segunda sombra, de cuatro patas, que parecía curvarse mientras se movía con un andar perezoso y titubeante.

Las dos sombras desaparecieron en la oscuridad para salir otra vez de ella en la orilla del río. La cara de Zakeya destacaba a la pálida luz de la aurora, demacrada, seria, exangüe. Sus labios estaban apretados con fuerza, firmes, como si ninguna palabra fuese a salir jamás de ellos. Sus grandes ojos, muy abiertos, se hallaban fijos en el horizonte y expresaban una actitud de airado desafío. Detrás de ella la cabeza de la búfala se balanceaba arriba y abajo, con una cara demacrada y exangüe, pero amable, con los ojos muy abiertos, humildes, rotos, resignados a cualquier cosa que fuese a ocurrir.

La luz del alba resplandeció sobre el río, revelando sus diminutas olas, como si se tratase de pequeñas arrugas en una cara vieja, triste y silenciosa. Por debajo de la superficie, sus aguas parecían inmóviles, su flujo era tan



imperceptible como el paso de un instante, o el lento movimiento de las nubes en el cielo oscuro.

En los espacios abiertos el aire también se mostraba callado y silencioso. Se deslizaba a través de las ramas de los árboles con tanta suavidad que éstas apenas se movían, pero continuaba llevando las finas e invisibles partículas de polvo desde la elevada orilla del río hasta las oscuras chozas de barro que se agrupaban en filas, con sus ventanitas cerradas, sus techos bajos y desiguales en los que se apilaban tallos de algodón seco y bloques de boñiga y paja, para bajar después aún más hasta los estrechos y retorcidos senderos y callejuelas obstruidos con excrementos, y llegar hasta el arroyuelo que rodeaba la aldea, donde se detenían para formar una capa oscura, delgada y cenagosa sobre el agua verde.

Takeya continuaba caminando con la búfala detrás suyo, y sus piernas se movían con el mismo ritmo inalterable, tan inalterable como la mirada que aparecía en su cara, como las inmóviles aguas del río a su izquierda, como todo lo demás durante estos últimos instantes de la noche. A su derecha, empero, se produjo un lento cambio cuando las chozas de barro comenzaron a quedar atrás, y los campos surgieron ante sus ojos como una cinta verde extendida paralelamente al Nilo.

Avanzó entre las dos fajas verde y marrón con el mismo movimiento ondulante que arrancaba de sus caderas y sus muslos. Arriba, la negra noche se retiraba gradualmente a medida que iba extendiéndose el tono carmesí de la aldea, y a continuación, en un instante, se transformó en una resplandeciente luz anaranjada. De manera súbita, al borde de la tierra comenzó a brillar la punta del sol, creciendo lentamente hasta convertirse en un disco de fuego y subir hacia el cielo. Sin embargo, antes de que la luz del día hubiese expulsado a la noche, Takeya ya había llegado a su parcela, ató la búfala a la noria que estaba al lado del arroyuelo, se quitó el velo

negro y lo puso en el suelo, se arremangó, y se anudó el extremo de la *galabiyya* en la cintura.

Empezó a oírse su azadón, cayendo pesadamente sobre el campo que la rodeaba, y haciendo un ruido firme al hundirse en la tierra. Los músculos de sus brazos se tensaban, y debajo de la *galabiyya* anudada con fuerza alrededor de su cintura aparecían sus largas y potentes piernas, desnudas y morenas a la luz de la mañana. Los rasgos de su cara continuaban sin cambios, afilados y resueltos, pero ya no eran pálidos: se habían oscurecido con el tinte curtido que el calor y el polvo, el sol y el aire libre les habían dado. Sin embargo, por debajo permanecía la misma palidez que antes revelaba su piel, y que ahora se ocultaba. Su cuerpo ya no estaba recto. Se doblaba sobre el azadón mientras cavaba en el suelo. Sus ojos no miraban la tierra, no estaban fijos en sus pies. Eran los mismos. No habían cambiado. Miraban hacia arriba, fijos en un lugar lejano, con el mismo furioso desafío que mostraban antes. Y los golpes del azadón, cuando lo levantaba muy arriba en el aire y lo dejaba caer con toda su fuerza en el suelo, parecían el eco de una ira soterrada en lo más hondo de su ser.

Los golpes resonaban con regularidad, como las campanadas amortiguadas de un reloj al dar la hora. Devoraban el tiempo, avanzaban como una máquina, se hundían en la tierra hora tras hora. Nunca se cansaban, nunca se debilitaban, ni buscaban un respiro o una tregua. Continuaban con su golpeteo firme, cuyo eco resonaba en los campos cercanos a lo largo de todo el día, casi inhumano, implacable, atemorizador debido a la furia de su potencia. Incluso a mediodía, cuando los hombres hacían una pausa para comer y descansar durante una hora, continuaban sin detenerse. La búfala podía dejar de dar vueltas durante un momento, y la noria podía cesar en su crujido por unos instantes, pero su azadón continuaba cayendo y alzándose, alzándose y



cayendo desde el cielo hasta la tierra, y desde la tierra hasta el cielo.

El sol ascendía gradualmente por el firmamento. Su disco se convirtió en una bola de fuego que convertía el viento en sofocante, caía sobre los árboles y transformaba todo en una sequedad maciza. Todas las cosas parecían ahogarse y quemarse con su fuego rojo, y se secaban, excepto los surcos de sudor que recorrían la cara y el cuerpo de Zakeya hasta el suelo. Por debajo del sudor su cara tenía la misma lividez que la cara de la búfala al girar una y otra vez bajo el yugo.

Pasaron las horas. El sol comenzó a inclinarse hacia la tierra con un movimiento lento y amplio. Sus llamas ya no abrasaban con el mismo ardor. Cedía el calor, y el aire se agitaba, arrastrando con él una suave brisa procedente de las aguas del Nilo. Las copas de los árboles se balanceaban con desgana a uno y otro lado, como si estuviesen agotadas. El cielo quedó bañado otra vez por una luz anaranjada resplandeciente, que paulatinamente se vio apartada por los tonos tristes y grises del comienzo del ocaso. Se secó el sudor que le cubría la cara, dejando allí una capa de polvo, como las cenizas sobre un fuego moribundo. Dejó a un lado el azadón, estiró los músculos de la espalda y se enderezó. Miró a su alrededor durante un instante, como si despertase en medio de la noche, y después se bajó las mangas y desató los pliegues anudados de su largo y negro vestido, antes de dejarlo caer sobre sus piernas hasta el suelo. Se envolvió la cabeza con el velo, salió del campo y comenzó a caminar por el polvoriento sendero. Unos momentos más tarde se había convertido de nuevo en una sombra negra que regresaba por el mismo camino, con el mismo paso firme, y con la búfala siguiéndola pesadamente. Ahora la verde extensión de los campos quedaba a su izquierda, y las aguas marrones del Nilo, a su derecha. A la distancia los árboles se habían transformado en esbel-

tas siluetas negras que se recortaban contra un cielo cada vez más gris. El sol se había ocultado bajo la tierra, y en el oeste su luz carmesí ya no luchaba contra el crepúsculo.

Las dos sombras recorrían lentamente el sendero polvoriento en la margen del río. La sombra de la mujer tenía el mismo aspecto: alta, recta, con la cabeza erguida sobre el cuello. Se movía como si avanzase para atacar. La segunda sombra tampoco había cambiado un ápice. Se deslizaba completamente agotada, con paso resignado y la cabeza doblada. Marchaban por la orilla del río, dos sombras silenciosas en la noche cada vez más profunda. Nada se movía en todo el mundo que las rodeaba, nada se lamentaba, ni suspiraba, ni gritaba, ni siquiera hablaba. Sólo había silencio en la noche silenciosa que extendía su manto sobre los campos del otro lado, sobre las aguas del Nilo, sobre el cielo por encima de sus cabezas, y sobre todo lo que había en el suelo.

Poco a poco los campos quedaron tras ellas, y las chozas surgieron por delante, pequeñas, oscuras e indistintas sombras que se arracimaban para protegerse o escudarse ante la margen del río, o temerosas quizás de deslizarse hacia la extensión cubierta de polvo de las tierras bajas.

Las dos sombras bajaron por la pendiente hasta la acequia, y se perdieron en las estrechas y retorcidas callejuelas, deslizándose furtivamente entre las casas. Se detuvieron frente a la gran puerta de madera. Zakeya la abrió con un empujón de su potente puño, y la puerta cedió con un pesado crujir. La mujer soltó la cuerda con la que conducía a la búfala. Ésta cruzó la puerta abierta y se dirigió al establo. Durante un momento Zakeya miró cómo se alejaba, y después se puso en cuclillas en la entrada de la casa, con la espalda apoyada en la pared y los ojos mirando la puerta abierta, de manera que podía ver la parte del callejón que pasaba por delante.

Se quedó inmóvil, contemplando la oscuridad como si tuviese los ojos fijos en algo que pudiese percibir delante suyo. Quizás lo que atraía su atención no fuese más que un montón de boñiga al lado de la entrada de la casa; o los excrementos de un niño sobre el suelo, donde se había puesto en cuclillas para hacer sus necesidades, cerca de la pared; o un ejército de hormigas que se afanaban alrededor del cadáver de un escarabajo; o uno de los barrotes de hierro negro en la enorme puerta que había al otro lado de la calle.

La oscuridad, casi impenetrable, lo invadía todo, pero ella continuaba contemplando fijamente la noche hasta que llegó un momento en que sintió un dolor punzante en la cabeza. Se ajustó el velo con más fuerza aún, pero después de un rato el dolor le bajó hasta el estómago. Sacó una mano y tanteó en la oscuridad buscando la achatada cesta de paja que contenía la comida de la semana. La aproximó, abrió sus labios apretados y comenzó a meterse en la boca trocitos de pan seco, queso seco y encurtidos.

Los párpados le pesaban con un agotamiento abrumador. Echó una breve cabezada, con la cabeza sobre las rodillas. Ya no podía ver nada en la oscuridad total, aunque tuviese los ojos completamente abiertos. Kafrawi se deslizó a través de la gran puerta de madera y se puso en cuclillas a su lado. Ella estaba mirándole directamente mientras se acercaba, de modo que él pensó que Zakeya le había visto. No obstante, y aunque estaba completamente despierta, en realidad no había visto al hombre en el que se había transformado. El cuerpo de él se encogió ante sus ojos hasta adquirir el aspecto de un niño pequeño, y ahora ella le mira con sus ojos de niña, acurrucándose sobre su vientre en el patio cubierto de polvo de su casa, jadeando sin aliento y con la lengua fuera. El polvo le entra en los ojos, en la nariz y en la boca. Ella se levanta y comienza a frotarse los ojos con sus

pequeños puños. En el momento siguiente deja de frotarse los ojos, y se sienta con las manos en el regazo, mirando a su alrededor, pero de pronto ve que se le acercan cuatro pezuñas negras andando por el suelo. Una de las pezuñas se levanta lentamente en el aire. Ella puede ver su impresionante y oscura parte interior, como si fuese un gran martillo dispuesto a caer con una fuerza enorme sobre su cabeza. Se estremece, y lanza un alarido. Dos brazos potentes la agarran y la levantan del suelo. Siente los brazos de su madre que la rodean, el calor de su pecho y el aroma de su piel la tranquilizan, y deja de gritar.

Ya no podía recordar la cara de su madre; sus rasgos se habían desvanecido a lo largo del tiempo. Sólo permanecía vivo el olor de su cuerpo. Había algo en él que le hacía recordar el aroma de la masa o la levadura. Y siempre que olía este aroma en el aire que la rodeaba, se apoderaba de ella un profundo sentimiento de felicidad. Su cara se suavizaba y se volvía más tierna durante un instante, pero inmediatamente después volvía a ser tan dura y tan decidida como lo había sido durante toda su vida.

Cuando aprendió a sostenerse y a caminar, le permitieron ir al campo con Kafrawi. Él caminaba delante llevando a la búfala atada con una cuerda al cuello, mientras ella iba en la retaguardia con el asno, cargado de abono. Su hermano permanecía en silencio durante todo el camino. Ella nunca oía su voz, excepto cuando él apremiaba a la búfala chillándole «¡Hala, hala!», o cuando intentaba que el asno se apresurase, diciéndole a voz en grito «¡Ía, ía!»

Ella recordaba a su padre de pie en el campo, pero no podía evocar su cara. Lo único de él que permanecía en su memoria era un par de piernas finas y larguiruchas, con las rodillas salientes, una *galabiyya* con el extremo levantado y atado alrededor de la cintura, un gigantesco

azadón fuertemente asido en sus grandes manos, mientras se alzaba y caía con un golpeteo regular, y el melancólico y pesado crujir de la noria. El jadeo de la noria continuaba girando una y otra vez en su interior. Había momentos en que ella podía sentir cómo se detenía de manera repentina, lo cual la hacía girarse hacia la búfala y gritar «¡Hala, hala!», pero el animal no se movía. Se quedaba quieto. La negra cabeza completamente inmóvil, con los negros ojos contemplándola fijamente.

Zakeya estaba a punto de repetir «¡Hala, hala!» cuando se dio cuenta de que la cara no correspondía a la de la búfala sino que era la de Kafrawi. Se parecía mucho a Zakeya. Sus rasgos estaban cincelados como los de ella, sus ojos eran grandes, negros, también estaban llenos de ira —pero se trataba de un tipo de ira diferente, que en lo más hondo de su mirada se mezclaba con la desesperación— y en ellos se vislumbraba una profunda humillación.

Permaneció sentado al lado de la mujer, con los labios apretados, la espalda apoyada contra la pared de barro, los ojos fijos en la oscuridad de la callejuela, atravesándola para llegar hasta los barrotes de la enorme puerta de hierro que estaba ante ellos, a cierta distancia. Él se volvió hacia Zakeya, y abriendo apenas los labios habló con un tétrico susurro.

—La muchacha ha desaparecido, Zakeya. Se ha ido.

—¿Se ha ido? —preguntó ella con ansiedad.

—Sí, se ha ido. No hay rastro de ella en toda la aldea.

Su voz parecía angustiada. Ella le miró con sus grandes ojos negros. Él no desvió la mirada, pero había una profunda desesperanza en su manera de contemplarla.

—Es imposible encontrar a Nefissa en Kafr El Teen, Zakeya —dijo él—. Se ha desvanecido por completo. Jamás volverá.

Se llevó las manos a la cabeza y añadió, esta vez casi llorando: «Se ha perdido, Zakeya. ¡Oh, Dios mío!»

Zakeya apartó su mirada de él, clavó sus ojos en la callejuela, y a continuación susurró de manera mecánica, con la voz llena de tristeza: «La hemos perdido igual que perdimos a Galal.»

El levantó la cara y murmuró: «Galal no está perdido, Zakeya. Pronto estará contigo otra vez.»

—Cada día me dices lo mismo, Kafrawi. Sabes que Galal está muerto pero tratas de convencerme de que no lo está.

—Nadie nos ha dicho que esté muerto.

—Murieron muchos de ellos, Kafrawi ¿por qué no él también?

—Pero muchos han regresado. Ten paciencia y reza a Alá, para que nos lo devuelva sano y salvo.

—He rezado tantas veces, tantas veces —dijo ella con voz sofocada.

—Vuelve a rezar, Zakeya. Reza a Alá para que regrese sano y salvo, y Nefissa también. ¿Dónde se habrá ido la muchacha? ¿Dónde?

Sus voces, como el jadeo sucesivo de dos personas llenas de dolor, cesaron de repente. El silencio descendió sobre ellos, un silencio más pesado que el espeso manto de la oscuridad que les rodeaba. Sus ojos continuaron mirando fijamente la noche sin límites, y ninguno de los dos se movió. Se quedaron, uno al lado del otro, tan inmóviles como las chozas de barro enterradas en la oscuridad.

## II

La gran puerta de hierro se abrió lentamente, y el Alcalde de Kafr El Teen salió a la callejuela. Era alto, tenía la espalda grande y robusta, y una cara ancha, casi cuadrada. La mitad superior de la cara se la debía a su madre: su cabello era sedoso y suave, y los ojos azul oscuro miraban desde una frente prominente y elevada. La mitad inferior procedía de los confines meridionales del país, y había sido herencia de su padre: patillas espesas y negras como el azabache, entre las cuales se destacaba una nariz gruesa, por debajo de la cual los labios eran suaves y carnosos, y expresaban más lujuria que sensualidad. Sus ojos tenían un aspecto altanero, casi arrogante, como los de un caballero inglés acostumbrado a mandar. Hablaba con voz ronca y poco refinada, como la de un campesino del Alto Egipto. Sin embargo, su tono ronco estaba dotado de una calidad melodiosa y humilde que carecía por completo de la pizca de agresividad que a menudo se encuentra en las voces de los hombres intimidados por años de opresión en las antiguas colonias como Egipto o la India.

Se movía a paso lento, con su manto largo y oscuro que llegaba hasta el suelo. Detrás le seguían el jefe de la Guardia de la aldea y el jeque de la mezquita. Al salir vieron las dos sombras en cuclillas, al otro lado de la callejuela, en la oscuridad. No podían verles las caras pero los tres hombres sabían que se trataba de Kafrawi y su hermana, Zakeya, porque tenían la costumbre de sen-



tarse allí durante largas horas, uno al lado del otro, sin cruzar palabra. Cuando había una sola sombra en vez de dos, quería decir que Kafrawi se había quedado en el campo, donde trabaría hasta el amanecer.

A esa hora tenían la costumbre de ir a la mezquita cercana para realizar las plegarias vespertinas. Al regresar, se instalarían en la azotea de la casa del Alcalde, desde donde se dominaba el río, o se acercarían a la tienda de Haj Ismail, el barbero del pueblo. Se sentaban allí, fumaban y charlaban, mientras cada uno, por turnos, daba una chupada a la larga boquilla del narguile.

Pero, esta vez, el Alcalde no quiso fumar el narguile. En cambio, sacó un cigarro de su bolsillo lateral, mordió el extremo, lo encendió con una cerilla, y comenzó a fumar mientras los otros observaban. Haj Ismail, por la forma en que el Alcalde fruncía el ceño, se daba cuenta de que no estaba de buen humor. Por lo tanto, desapareció en el interior de su tienda y volvió poco después, se acercó furtivamente a él e intentó deslizar un trocito de hachís en la palma de su mano, pero el Alcalde lo apartó diciendo: «No, no. Esta noche no.»

—¿Pero por qué, su alteza? —preguntó Haj Ismail.

—¿No has oído la noticia?

—¿Qué noticia, su alteza?

—La noticia sobre el gobierno.

—¿Qué gobierno, su alteza?

—¡Haj Ismail! ¿Cuántos gobiernos crees que tenemos?

—Unos cuantos.

—¡Tonterías! Tenemos un solo gobierno, y lo sabes muy bien.

—¿A qué gobierno se refiere, al gobierno del *Misr* o al gobierno de Kafr El Teen?

—Al gobierno del *Misr*, por supuesto.

—¿En qué nos afecta a nosotros, entonces?

El jefe de la Guardia de la aldea rió con fuerza y

exclamó: «¿Quién se atrevería a negar que también nosotros mismos somos un gobierno?»

Ahora le tocó reír al jeque Hamzawi. Podía verse cómo sus dientes manchados de tabaco sobresalían de su gran boca, y el rosario de cuentas amarillas se balanceaba a un lado y a otro mientras lo deslizaba febrilmente entre sus dedos.

Sin embargo, el Alcalde no se unió a la carcajada. Apretó sus gruesos labios alrededor del cigarro, y sus ojos azules miraron a lo lejos, por encima de la larga cinta de agua del río y de las anchas parcelas de tierra cultivada, imposibles de ver ahora, en la oscuridad. Con la imaginación podía contemplar cómo se extendían entre las aldeas de Kafr El Teen y El Rawla. Cuando solía visitar aquella zona con su madre, durante los meses de verano, jamás pensó que un día se establecería en Kafr El Teen. Le gustaba la vida en la ciudad de El Cairo. Las farolas que brillaban en la oscura superficie de las calles alquitranadas. Las luces de colores de los casinos en la orilla del río, que se reflejaban en la corriente de las aguas del Nilo. Las salas de fiesta atestadas de gente comiendo y bebiendo en sus mesas, las mujeres que bailaban, los cuerpos que se movían, y el perfume y las suaves risas que llegaban hasta él.

En aquella época todavía estudiaba en la facultad. Sin embargo, a diferencia de su hermano mayor, odiaba las clases y las aulas, odiaba hablar acerca del conocimiento y de su futuro. Por encima de todas las cosas, odiaba oír a su hermano pronunciar discursos sobre política y grupos políticos.

Mientras estaban allí sentados en silencio, Haj Ismail recordó súbitamente el periódico de la mañana que había dejado en la tienda, sobre la mesa de madera que había al lado de la balanza. Desapareció otra vez en el interior, y volvió con el periódico doblado en la mano. Lo abrió bajo el farol de queroseno, y comenzó a leer

los titulares de la portada, pero la foto de un hombre apartó su atención de ellos. Destacaba en el centro mismo de la portada. Los rasgos le eran familiares, y no tardó demasiado en darse cuenta de que era el hermano mayor del Alcalde. Intentó leer lo que estaba escrito debajo, pero la letra era demasiado pequeña, y no pudo enterarse de lo que decía. Vaciló un instante, y después, acercándose al Alcalde le susurró al oído, tan bajo como le fue posible:

—La noticia que ha mencionado ¿tiene algo que ver con su hermano?

Después de un breve silencio, el Alcalde dijo: «Sí.»

Esta vez la pregunta de Haj Ismail expresaba preocupación. «¿Le ha ocurrido algún infortunio?»

En la voz del Alcalde había un cierto orgullo al responder: «No, al contrario.»

Haj Ismail se puso tan excitado que apenas logró contenerse. «¿Su alteza quiere decir que ha sido promovido a un puesto superior?»

El Alcalde expulsó una densa bocanada de humo. «Eso es, exactamente, Haj Ismail.»

Haj Ismail aplaudió con regocijo, y a continuación miró a los otros a su alrededor y dijo: «Amigos, tenemos que beber un sorbete para celebrar el acontecimiento.»

Entre los hombres sentados frente a la tienda se produjo un alboroto. El periódico pasó rápidamente de mano en mano. Haj Ismail los dejó un instante, y volvió con una botella de sorbete y unas tazas.

No obstante, el Alcalde parecía absorto en sus pensamientos. Había pasado todo el día preguntándose por qué en el momento en que vio la foto de su hermano en el periódico se había apoderado de él una sensación de intranquilidad y depresión. Conocía perfectamente esta sensación. Siempre venía acompañada de un amargor en la boca, una sequedad de garganta que se transformaba en una sensación de ardor a medida que le bajaba al

pecho, seguida por un dolor indefinido y, sin embargo, agudo, que brotaba en su estómago.

La primera vez que experimentó esta sensación era un niño pequeño. Todavía recordaba cómo solía correr al lavabo y vomitar toda la comida que tenía en el estómago. Después, se quedaba allí mirándose al espejo que había encima del lavabo. Su cara mostraba una palidez mortal, sus labios estaban casi amarillos, y había desaparecido el brillo de sus ojos. Éstos parecían apagados, apáticos, resignados, como si estuviesen cubiertos por una nube que les hubiese quitado la vivacidad.

Se enjuagaba varias veces la boca para eliminar los restos de sabor amargo que todavía le quedaban. Cuando levantaba la cabeza para mirar al espejo, aparecía ante él la cara de su hermano. Contemplaba las mejillas sonrosadas, el destello de triunfo en sus ojos. Oía el tono exultante de la voz que conocía tan bien. «Tengo éxito en todo lo que emprendo. Pero tú has sido siempre un fracasado.»

Escupía el agua que tenía en la boca sobre la cara que le sonreía serenamente desde el espejo. Después levantaba el cuello, sacaba pecho y dirigiéndose a la cara decía en alta voz: «Soy mil veces mejor que tú.»

Cualquiera que le viese salir por la puerta del servicio se imaginaría que, sin la menor duda, él era el que tenía más éxito de los dos. Sus labios habían recuperado su color sonrosado, y sus ojos brillaban resplandecientes. Se había desvanecido el sabor amargo de su boca, y una vez más estallaba su risa alegre, mientras retozaba y hacía travesuras, bromeando con su madre que se sentaba en un sillón mientras tejía, y tratando de tirar del extremo de la hebra de lana para deshacer el ovillo. Los arrogantes ojos azules de la madre mostraban un destello de ira y la frase lacónica pronunciada con acento inglés laceraba su orgullo. «Tu hermano es mucho mejor que tú.» A veces ella dejaba las agujas, tomaba el

periódico doblado que estaba en la mesa a su lado, y señalando un nombre impreso con letra pequeña en una de las páginas interiores, decía: «Tu hermano ha aprobado los exámenes con notas excelentes, mientras que tú...»

Al instante él dejaba de reír, como si algo le hubiese atenazado la garganta y le estuviese ahogando, y a continuación tragaba saliva varias veces sin decir nada. Súbitamente caía en la cuenta de que en realidad no se sentía feliz y de que se había obligado a sí mismo a fingir alegría. Esta sensación de superioridad sobre su hermano no era más que un disfraz. La verdad resultaba tan abrumadora que le sacudía hasta los tuétanos. Parecía brotar de cada poro de su cuerpo, junto con el sudor frío y pegajoso que ahora le corría por debajo de la ropa. Se le introducía por la boca y la nariz, despertando de nuevo un sabor amargo, bajaba junto con éste hasta su pecho, y luego entraba en su vientre por un pequeño agujero. Corría de nuevo al lavabo y vomitaba una y otra vez, hasta que no le quedaba nada que vomitar.

Haj Ismail estaba bebiendo la segunda ronda de sorbete en su taza de cobre cuando advirtió que el Alcalde escupía desdeñosamente en el suelo, y a continuación, enderezó la espalda, alzó la cabeza y sus ojos pasaron lentamente de uno a otro con mirada altanera. Parecían decir: «En comparación conmigo, vosotros no sois nadie. Vengo de una familia noble. Mi madre es inglesa, y mi hermano es una de las personas que gobierna este país.»

Haj Ismail se encogió al sentarse en el banco, como si tratase de empequeñecerse lo suficiente para evitar la mirada del Alcalde. Había estado a punto de bromear con él, contándole los últimos chismorreos, pero enseguida cambió de opinión. Sus ojos pasaban una y otra vez desde la fotografía del hermano mayor del Alcalde entre las personas más importantes del país, con unos rasgos que expresaban arrogancia altanera, y la tiendecita

con sus estantes viejos y agrietados, cubiertos de polvo, y unas cuantas latas herrumbrosas colocadas allí de manera desangelada. Intentó dejar a un lado la comparación, pero quedó absorto contemplando el costoso manto del Alcalde, mientras tocaba con sus dedos el basto tejido de su propia *galabiyya*.

Los ojos del Alcalde advirtieron a Haj Ismail mientras levantaba la taza de sorbete hasta sus labios y la vaciaba de un único y rápido trago, como si fuese una purga de aceite de ricino. Estalló en carcajadas, le dio una palmada jovial en la rodilla y dijo: «Vosotros los campesinos bebéis el sorbete como nosotros nos tragamos una medicina.»

Ahora que el Alcalde estaba bromeando con él de una forma tan familiar, se había desvanecido por completo la sensación de inferioridad, de insignificancia, que había invadido a Haj Ismail unos momentos antes. ¿Acaso el Alcalde no estaba bromeando con él? ¿Acaso esto no era motivo suficiente para recuperar la confianza en sí mismo, y sentir que se reducía la diferencia social entre los dos? Aquello le produjo agrado. Ahora había llegado el momento adecuado para que también él empezase a reír, para recoger la chispa de júbilo que había expresado el Alcalde, y así animarle a que continuase por el mismo camino.

—Nosotros los campesinos no podemos distinguir entre el dulce sabor del sorbete y el gusto amargo de un medicamento—dijo en tono de broma.

El Alcalde permaneció en silencio durante un momento, como si estuviese dando vueltas en su cabeza a las palabras que había dicho Haj Ismail. Éste comenzó a sentirse incómodo. Sus palabras resonaban una y otra vez en sus oídos. ¿Y si el Alcalde interpretaba mal lo que había dicho?

—Su alteza, lo que quería decir es que, para la boca de un campesino, todo tiene un sabor amargo—añadió

apresuradamente, con la intención de dejar las cosas en su sitio.

El Alcalde continuó en silencio. Era indudable que algo iba mal. Ahora Haj Ismail estaba casi seguro de que no había sido lo bastante prudente en lo que había dicho. Esta vez el Alcalde podía considerar las últimas palabras que había pronunciado como una insinuación de que los campesinos vivían en condiciones difíciles, lo cual por supuesto no era verdad en absoluto. A su vez, esto podía llevar directa o indirectamente a una conclusión aún más peligrosa: en opinión de Haj Ismail el gobierno no decía la verdad al manifestar en reiteradas ocasiones su preocupación por el bienestar de los campesinos y la protección de sus derechos. Como el Alcalde era el representante del gobierno en Kafr El Teen, también podía interpretarse que dicha opinión significaba que el funcionario de más jerarquía utilizaba su puesto para aprovecharse de los campesinos y para derrochar en su dispendiosa forma de vivir, y en los despilfarros que llevaba a cabo en la comida, el tabaco, la bebida y las mujeres, todo el dinero que les sacaba.

Ahora la cabeza le daba vueltas. Maldecía su propia estupidez. «En vez de pintarle los párpados con el lápiz de ojos, la dejó ciega.»<sup>1</sup> Lo mejor que podía hacer era tratar de desaparecer por completo. Pero precisamente en ese momento captó un resplandor en los ojos del Alcalde. Éste miraba en dirección al río, y Haj Ismail se dio vuelta para ver qué era lo que había atraído su atención. Arriba, por la margen del río, iba caminando una muchacha. Se mantenía muy recta, llevando en equilibrio un cántaro de barro sobre la cabeza. Su alta figura se balanceaba de un lado a otro, y sus grandes ojos negros miraban hacia arriba, con la expresión orgullosa

1. Adagio popular que significa que, en ocasiones, al intentar mejorar una situación lo único que se consigue es empeorarla.

que él había visto con mucha frecuencia en las mujeres de la casa de Kafrawi.

El Alcalde acercó su cabeza a Haj Ismail y dijo: «La niña se parece a Nefissa.»

Haj Ismail respondió con rapidez. «Es la hermana menor de Nefissa.»

—No sabía que Nefissa tuviese una hermana.

Haj Ismail se dio cuenta de lo que pasaba por la mente del Alcalde, y para caerle bien, dijo: «No se sabe cuál de ellas es más hermosa.»

El Alcalde le hizo un guiño y le replicó con una sonrisita entre los dientes: «Pero la más joven es siempre la más sabrosa.»

Haj Ismail rió con grandes carcajadas, inspirando grandes cantidades de aire a través de la nariz y la boca. Estaba de buen humor, y había desaparecido sin dejar huella el talante deprimido que antes le había abrumado tanto. Ahora estaba seguro de que el comportamiento del Alcalde hacia él no cambiaría porque el hermano de aquél estuviese en el poder. ¿Acaso no estaba bromeando junto con él, como si fuesen iguales, y abriéndole su corazón como a un amigo?

Parpadeando aceleradamente, se puso a susurrar al oído del Alcalde, en voz muy baja. «Tiene razón, su alteza, la más joven es siempre la más sabrosa.»

El Alcalde se quedó muy silencioso. Sus ojos siguieron la figura alta y ágil de Zainab mientras caminaba a lo largo de la margen del río. Podía ver sus nalgas firmes y redondeadas que se marcaban por detrás, sobre la larga *galabiyya*. Sus pechos puntiagudos se movían arriba y abajo a cada paso que daba. Por debajo de la cola de su *galabiyya* aparecían dos talones redondos y sonrosados.

El Alcalde se dio la vuelta y se dirigió al jefe de la Guardia de la aldea. «A fe mía que no puedo entender qué hace Kafrawi para alimentar a sus hijas. ¡Mira! Casi le rebosa la sangre por los talones.»



El jefe de la Guardia estalló en una carcajada ruidosa y estridente, tragando grandes bocanadas de aire. Durante un rato había padecido un silencioso tormento, porque le parecía que no gozaba del favor del Alcalde. ¿No había estado hablando éste todo el rato con Haj Ismail? Ahora, sin embargo, las cosas parecían distintas. De inmediato experimentó un cambio de humor, y se sintió alegre de nuevo.

—Sin duda, está robándole a alguien. Diga una sola palabra, y le pondremos entre rejas.

Se levantó majestuosamente e hizo un ademán teatral. Fingiendo que llamaba a uno de sus ayudantes, gritó con fuerza:

—Muchacho, trae enseguida las esposas y las cadenas.

El Alcalde, muy divertido ante estas payasadas, rió a carcajadas, y los tres hombres que estaban sentados con él se le unieron en las risas, incluso el jeque Hamzawi, que se vio obligado a abandonar el narguile que había estado chupando con gran fervor durante todo el rato, y a reír con más fuerza que los otros, mostrando una fila desigual de dientes amarillentos y cariados, y pasando frenéticamente entre sus dedos las cuentas amarillas de su rosario.

El Alcalde aguardó hasta que se calmasen las carcajadas antes de dirigirse de nuevo al jefe de la Guardia.

—No, jeque Zahran, Kafrawi no es un hombre que robe.

El jeque Zahran consideró que ahora era el momento adecuado para intervenir con una observación categórica, como si estuviese citando palabras del profeta Mahoma, pertenecientes al sagrado Corán.

—Todos los campesinos roban. El robo corre por sus venas como la lombriz de la bilharziasis. Ponen cara de inocentes, fingen ser torpes, se arrodillan ante Alá como si jamás se les hubiese ocurrido desobedecerle, pero en

su interior no son otra cosa que malditos, astutos, incrédulos e impíos hijos de herejes. Un hombre puede postrarse en oración ante mí, pero al salir de la mezquita e irse al campo, robará a su vecino, o envenenará sin pestañear al búfalo de éste.

Se detuvo un instante para lanzar una mirada a la cara del Alcalde. Tranquilizado por el hecho de que sus palabras caían en oídos atentos, continuó hablando.

—Podría incluso cometer un asesinato o una fornicación.

El jefe de la Guardia de la aldea cruzó su pierna derecha sobre la izquierda, echando a un lado el pliegue de su vestido, de un modo que dejaba ver sus botas nuevas, y al mismo tiempo, transmitía el mensaje de que el jeque Hamzawi estaba entrando en un terreno que en sentido estricto le correspondía a él.

«Si hablamos de asesinatos y fornicaciones, el jefe de la Guardia de la aldea tendría mucho que decir, pero...» Volviéndose hacia el Alcalde con una sonrisa cómplice, preguntó: «Dígame, su alteza, usted que sabe tantas cosas, ¿la gente del *Misr* es igual a la de Kafr El Teen?»

El jeque Hamzawi intervino sin la menor ceremonia. «Las personas se han corrompido en todas partes, jeque Zahran,» dijo. «En vano buscarás el Islam, o un musulmán devoto. Ya no existen.»

Advirtió una expresión desaprobadora en la cara del Alcalde y añadió apresuradamente: «Excepto, por supuesto, cuando uno trata con personas de clase alta y de noble origen, como su alteza, el Alcalde. Entonces las cosas son diferentes.»

Buscó frenéticamente en su memoria algún versículo del Corán que respaldase sus palabras, pero su mente había quedado ofuscada por el humo de lo que había estado fumando. Sin amilanarse, se las arregló para afirmar con aire mojigato: «Alá nos ordena que investiguemos cuáles son los antepasados de un hombre, porque

sus raíces siempre encontrarán el tortuoso camino que lleva hasta su alma.»

El Alcalde puso mala cara ante el jeque de la mezquita. ¿Por qué este hombre había abandonado la conversación sobre los sonrosados talones de Zainab, para internarse en cuestiones tan pesadas como la religión y la fe? Sonrió en dirección a Haj Ismail y dijo: «Cuéntame, en tu calidad de médico sanador de esta aldea, ¿cómo es posible que un demonio de piel oscura como Kafrawi haya engendrado hijas tan blancas como una jarra de leche?»

El jeque Hamzawi se entremetió de nuevo, intentando dejar a un lado la imagen del gesto desaprobador del Alcalde, que seguía provocándole intranquilidad. Afirmó con unción: «Y Alá crea del vientre de un hombre de Dios una descendencia corrompida.»

—No me has dicho qué piensas, Haj Ismail —dijo el Alcalde, ignorando la interrupción del jeque Hamzawi.

El barbero del pueblo continuaba dándole vueltas en la cabeza al título de «médico sanador» que le había conferido el Alcalde. Era como si le hubiese otorgado el grado de licenciado en medicina, lo cual le colocaba en pie de igualdad con cualquiera de los doctores en medicina de la zona. Se enderezó y miró hacia adelante con los ojos fijos y entrecerrados, como si estuviese efectuando una profunda reflexión. Su cara parecía la de un hombre de ciencia, que había penetrado en los secretos de la vida y que ahora se hallaba dotado de grandes conocimientos.

—Por Alá, su alteza, y en verdad es Alá el único que lo sabe, la madre de Nefissa debe haberse encaprichado de una jarra de leche en la época en que estaba embarazada de la niña. O quizás haya sido poseída por un demonio blanco.

Al Alcalde le dio un ataque de risa casi incontenible. Echó la cabeza hacia atrás, dando rienda suelta a su

hilaridad, antes de volverse hacia el jefe de la Guardia de la aldea, como si buscase alguien que viniese a socorrerle.

El jefe de la Guardia se puso de pie, reiterando la misma actitud teatral que había adoptado poco antes, y gritó en dirección a la noche:

«Muchacho, trae enseguida las esposas y las cadenas. Apresa a los demonios, muchacho, y mételos en la cárcel.» Después, escupiendo en el cuello de su *galabiyya*, susurró: «Que nuestras palabras no los airen, Dios Todopoderoso.»

Todos se sumaron a las carcajadas, pero la voz que más destacó fue la del jeque Hamzawi, que creyó que ahora se requería un esfuerzo especial para derretir el hielo entre él y el Alcalde. Inclinandose, murmuró a su oído: «Es un hecho perfectamente conocido que las mujeres de la familia de Kafrawi tienen los ojos muy abiertos y son bastante descaradas, su alteza.»

El Alcalde dejó oír un suave gorjeo. «¿Son sólo sus ojos los que están muy abiertos, jeque Hamzawi?», preguntó medio en broma.

Se produjo otro acceso de carcajadas. Cruzó lentamente las quietas aguas del río, y esta vez resonó con despreocupación, como si finalmente los hombres se hubiesen desembarazado de su amargura y melancolía. Hasta el Alcalde se sintió mejor. Había expulsado la amargura que invadió su corazón al ver en el periódico la foto de su hermano. Ahora ya no tenía necesidad de distracción ni de entretenimiento. Bostezó abiertamente, mostrando dos hileras de largos dientes blancos como los colmillos de un zorro o un lobo. Cuando habló lo hizo en un tono que no admitía discusión.

—Vamos.

Se levantó, y en un abrir y cerrar de ojos los otros tres hombres también se pusieron de pie.

### III

La muchacha amontonó trozos de piedra y guijarros en la zanja que había en la base de la margen del río, los cubrió de tierra y aplanó la superficie con la palma de la mano. Después, apoyando el brazo en el suelo, se sentó con la espalda sobre el tronco de una morera. La tierra estaba fresca sobre su piel caliente. Del árbol parecía brotar una frialdad húmeda que entraba en los adoloridos músculos y huesos de su espalda. Apretó la frente y la cara contra el tronco, lamiendo con su lengua reseca el líquido que exudaba.

El tronco húmedo del árbol le traía un antiguo recuerdo, una vieja sensación. Casi podía sentir el cálido y húmedo pezón que vertía leche en su boca cuando ella lo tocaba con sus labios. Una gota de sudor cayó desde su frente sobre la nariz. La secó con la manga, y después se frotó los ojos con la mano, pero estaban secos. Susurró suavemente: «Que Alá tenga misericordia de ti, madre.»

Alzó la cabeza hacia el cielo, y en sus grandes ojos negros brilló la luz de la aurora. Sus ojos nunca habían mirado hacia abajo, y tampoco caminaba con ellos fijos en el suelo. Al igual que su tía Zakeya, miraba hacia arriba con orgullo y con ira, pero en sus ojos no había una actitud retadora. Ahora estaban cubiertos por una nube de ansiedad, como si se hubiese perdido y temiese lo que se le avecinaba. Su mirada vagaba por la extensión infinita del cielo y se sumergía lentamente en sus profundidades. A lo lejos podía ver el horizonte, una

línea oscura donde la tierra se juntaba con el cielo. El disco rojo del sol ascendía poco a poco por atrás, y comenzaba a echar su luz anaranjada sobre el universo. Un estremecimiento recorrió su cuerpo. No supo si se debía al persistente frío de la noche, o al temor de lo que vendría a continuación. Levantó el velo y ocultó su cara ante la luz. Frente a ella las aguas del río eran las mismas de siempre, y sus márgenes continuaban indefinidamente. Miró hacia atrás, y al hacerlo no vio nada distinto de lo que veía hacia adelante. La misma agua, y el mismo sendero a lo largo de la orilla del río, que se extendía hasta un final inacabable. Pero esta vez sabía que en algún lugar del espacio sin límites estaba la aldea que había dejado atrás. Su mente se puso a recordar cosas como si estuviese de regreso allí, o como si nunca se hubiese ido. La choza de barro en la que vivía, recostada contra la vivienda de su tía Zakeya. Y enfrente, cruzando la callejuela, aquel gigantesco portal con barrotes de hierro, que servía de escudo a la gran casa que se escondía a las miradas curiosas y los ojos inquisidores.

Ella solía acurrucarse sobre su vientre en la polvorienta callejuela. Si levantaba la cabeza podía ver los barrotes de hierro como si fuesen largas patas negras, las observaba avanzar lentamente, con la intención de aplastarla bajo su peso. Gritaba de terror, e inmediatamente la agarraban dos brazos fuertes y la levantaban del suelo. Hundía la nariz en el vestido negro. Era casero y basto, y olía a masa o a levadura. Cuando se recostaba en el pecho de su madre, ésta le ponía algo en la boca. Era una mora, madura, dulce y suave. Todavía tenía lágrimas en los ojos pero se las tragaba, engullendo con glotonería la fruta que le llenaba la boca con aquel sabor que tanto le gustaba.

Desde que era niña la vista de los barrotes de hierro la había llenado de temor. Oía a la gente referirse a la puerta y a los barrotes de hierro cuando hablaban de

otras cosas. Sin embargo, las personas nunca se acercaban a ellos, y cuando caminaban por la callejuela se aproximaban al lado opuesto, y sus voces se reducían a un susurro en cuanto los veían. Cambiaba de inmediato la expresión de sus ojos, pasando del orgullo, el enfado o incluso la crueldad a una resignación humilde, como si hubiesen decidido aceptar todo lo que el destino imponía en sus vidas. Inclínaban la cabeza y miraban al suelo cuando pasaban por allí, y si uno miraba a sus ojos en ese momento, no podía detectarse que en su interior acechase la más mínima señal de ira o de rebeldía.

Apenas pudo tenerse en pie, empezó a ir al campo, corriendo detrás del asno o arrastrando a la búfala con una larga cuerda alrededor del cuello, para asegurarse de que la seguía a todas partes. Todos los días llevaba un cántaro de barro sobre la cabeza, y caminaba por la margen del río hasta la curva del Nilo donde las niñas llenaban de agua los cántaros vacíos. Sin embargo, evitaba pasar por delante de la puerta de hierro, y daba un rodeo por detrás de la aldea para llegar a la margen del río, al sitio donde llenaba el cántaro. Ahora ya sabía que la puerta de hierro daba al patio que conducía a la gran casa del Alcalde, y que la casa estaba mucho más atrás, rodeada de un grandioso jardín con árboles y flores. Sin embargo, su imaginación le hacía pensar de algún modo que detrás de la puerta se ocultaba un gigante enorme, un demonio monstruoso con veinte piernas de hierro que podía aplastarla y matarla en cualquier momento, si no era cautelosa.

Cuando se hizo mayor, en lugar de dar un rodeo para ir a la margen del río, comenzó a seguir la ruta más directa, aunque tuviese que pasar por delante precisamente de la puerta de hierro. Había crecido lo suficiente como para saber que detrás de ella no se escondían diablos, y que en la gran casa habitaba el Alcalde, con su esposa y sus hijos. Sin embargo, cada vez que oía

mentonar al Alcalde, se sentía estremecer. Más adelante, cuando ya habían pasado unos cuantos años, continuaba sintiendo ese estremecimiento, pero ahora apenas podía detectarse en lo más profundo de su ser.

Un día, empero, su padre le dijo que a la mañana siguiente, inmediatamente después de vestirse y desayunar, tenía que ir a la casa del Alcalde. Aquella noche no pudo pegar ojo. En aquel momento sólo tenía doce años, y con su mente de niña pasó las oscuras horas de la noche tratando de imaginar cómo serían las habitaciones de la casa del Alcalde. Le rondaban por la cabeza las imágenes de un baño de mármol blanco, de cuya existencia le habían hablado los hijos de los vecinos. Éstos habían añadido que el Alcalde se bañaba en leche todos los días. Y con sus ojos podía ver a la esposa del Alcalde moviéndose por la casa, con su piel blanca y suave, y sus muslos desnudos. Se decía que el hijo tenía una habitación propia, llena de armas, tanques y aviones que podían volar realmente. También el Alcalde iba y venía ante sus ojos, tan real como ella le había visto un día envuelto en su manto negro y amplio, mientras caminaba rodeado por los hombres de la aldea. Recordaba ahora que, cada vez que lo veía, ella solía huir y esconderse en su casa.

Por la mañana temprano, antes incluso de que la roja luz de la aurora hubiese aparecido en el cielo, se despertó, se lavó la cabeza, se frotó los talones con una piedra, se puso una *galabiyya* limpia y un velo negro sobre el cabello, y se sentó a esperar al jeque Zahran, quien al parecer iba a encargarse de llevarla a casa del Alcalde. Sin embargo, apenas apareció el esperado, salió corriendo a toda prisa y se escondió encima del horno. Allí se quedó gimiendo y chillando en su escondrijo, sin querer moverse. Cuando se detuvo un instante para respirar una bocanada de aire, oyó que el jefe de la Guardia de la aldea decía: «Nuestro Alcalde es un hombre



generoso, y su esposa pertenece a una familia excelente. Se te pagarán veinte piastras al día. Eres una niña tonta sin el menor seso. ¿Cómo puedes rechazar todo lo bueno que te ha tocado? ¿Prefieres el hambre y la pobreza en lugar de trabajar un poco?»

«Trabajo aquí, en casa de mi padre, jeque Zahran, y trabajo todo el día en el campo», contestó entre sollozos desde su escondrijo sobre el horno. «No soy perezosa, pero no quiero ir a la casa del Alcalde.»

El jefe de la Guardia de la aldea renunció a sus esfuerzos por hacer que bajase y dijo: «Sois libres de hacer lo que queráis. Parecéis condenados a no disfrutar de todo lo bueno que Alá desea concederos. Centenares de muchachas saltarían de alegría ante la posibilidad de trabajar en casa del Alcalde. Pero él eligió a tu hija, Kafrawi, porque cree que eres un hombre bueno, honrado y digno de su confianza. ¿Qué dirá ahora, cuando se entere de que habéis rechazado su ofrecimiento?»

—Yo estoy totalmente de acuerdo en aceptar, jeque Zahran, pero, como puedes ver, es la muchacha la que se niega —contestó Kafrawi.

—Entonces es la muchacha la que decide lo que se hace en esta casa, Kafrawi —exclamó acaloradamente el jeque Zahran.

—No, soy yo el que decide. Pero ¿qué puedo hacer si ella no lo entiende?

—¿Qué puedes hacer...? ¿Acaso un hombre puede formular esa clase de preguntas? —respondió el jeque Zahran, con más acaloramiento todavía—. Pégale. ¿No sabes que las niñas y las mujeres nunca hacen lo que se les dice a menos que les pegues?

Kafrawi la llamó con voz firme: «Nefissa, baja aquí de inmediato.»

Nefissa, sin embargo, no daba señales de obedecerle. Por lo tanto, Kafrawi trepó gateando hasta encima del horno, la golpeó varias veces, y la arrastró por el cabello

hasta que se vio obligada a bajar. Después, la entregó en silencio al jeque Zahran.

A los oídos de ella llegó el sonido de unas ruedas de madera que giraban lentamente sobre el suelo. Al girarse vio un carro tirado por un asno viejo y fatigado que subía por el sendero hacia ella. De pronto el asno levantó la cabeza y rebuznó con un prolongado y jadeante lamento. El carro pasó frente a donde ella estaba sentada en el suelo. Miró a los ojos del asno y vio lágrimas en ellos. El hombre que ocupaba el asiento del carro la miraba fijamente, de modo que se levantó el velo para cubrirse la cara. Los rasgos del hombre no se parecían a nadie que ella hubiese visto en Kafr El Teen, de modo que se sintió más aliviada. Le llamó desde el lugar en que estaba sentada en el suelo. «Por favor, tío, llévame contigo a Al Ramla», y a continuación se puso de pie.

El hombre la contempló erguida, en la margen del río. Advirtió que su vientre era prominente, y en su mente surgió la sombra de una sospecha. Sin embargo, ella le miró de hito en hito a la cara, y sus ojos expresaban tanta ira y tanto orgullo que sus sospechas desaparecieron. Los movimientos de ella eran lentos, como si estuviese exhausta, pero mantenía recto su cuerpo. Él habló con voz ronca.

—Sube.

Apoyó los brazos en el borde del carro y con un fuerte impulso se elevó hasta el asiento. Se sentó junto a él, con los ojos en el camino que se extendía ante ellos y no dijo nada. Después de un rato él echó una rápida mirada de soslayo al vientre de ella y le preguntó: «¿Vas a Al Ramla a ver a tu marido?»

Sus ojos no pestañearon al contestar: «No.»

Él se quedó un instante en silencio antes de volver a la carga.

—¿Has dejado a tu marido en Kafr El Teen?

Ella siguió con los ojos fijos en el camino y también sin pestañear respondió: «No.»

Las miradas de él se volvían cada vez más directas. Examinó sus grandes y rudas manos que reposaban serenamente en su regazo. Las muñecas estaban desprovistas de pulseras. La hija de un campesino pobre, pensó, que está acostumbrada a cavar la tierra y a arar. Sin embargo, cuando le miró la cara vio algo que jamás había percibido antes en los ojos de las mujeres que pertenecían a familias campesinas pobres. No era únicamente ira, ni era únicamente orgullo. Era algo más fuerte que cualquiera de estas cosas. Súbitamente recordó que, cuando era niño, en cierta ocasión había saltado la valla de la casa del Alcalde. Se encontró mirando fijamente a los ojos de la hija del Alcalde. En ese momento el bastón del jefe de la Guardia de la aldea cayó sobre sus espaldas, y él se escabulló lo más rápido que pudo. A lo largo de toda su niñez había soñado con mirar a los ojos de ella. Nunca comprendió por qué este deseo se había apoderado de él con tanta vehemencia. Jamás lo comentó con nadie. Parecía tan extraño, tan alocado, tan absolutamente inaudito que no se atrevía a expresarlo con palabras.

Él volvió la cabeza y la miró. Los ojos de ambos se encontraron y se miraron de frente con firmeza. Ella no pestañeó ni apartó la mirada, como habría hecho en su lugar cualquiera de las muchachas de Kafr El Teen o Al Ramla. En sus ojos había una expresión que él se sentía incapaz de definir. Ira, desafío, o quizás ambas cosas juntas. De modo que él se puso a mirar el camino, sacudió las riendas sobre el lomo del asno y pensó: «Ella no mira como alguien que haya huido. Y tampoco mira como si tuviese miedo.»

Los ojos de él regresaron de nuevo hasta donde ella se había sentado. Pudo ver sus pies desnudos cubiertos con trozos de barro que ahora estaban secándose. Le preguntó otra vez: «¿Has venido de lejos?»

Con los ojos clavados en el camino, ella respondió: «Sí.»

Insatisfecho, inquirió de nuevo: «¿Caminando toda la noche?»

—Sí.

Él permaneció en silencio durante un rato. Le resultaba difícil imaginarse a esta mujer joven caminando sola toda la noche por largos caminos polvorientos, o recorriendo atajos por los campos, donde se ocultaban zorros, lobos y bandidos. Durante un rato no dijo nada, con la atención fija en el camino que se extendía ante ellos. Luego, como si le hubiese dado vueltas a la cuestión en su mente antes de hablar nuevamente, comentó en voz baja: «La noche es peligrosa.»

Pronunció estas palabras de un modo extraño, deliberado, como haría alguien que deseara atemorizarla, y ver cómo temblaban de miedo los párpados sobre sus ojos muy abiertos. Ella, no obstante, continuó mirando el horizonte sin inmutarse, observando con ojos impertritos la dirección en que avanzaban.

—La noche es más segura que el día, tío —dijo.

Él volvió a quedar en silencio. Los rasgos de su rostro permanecieron totalmente inmóviles, como un niño a quien alguien ha golpeado hace un instante con un bastón, pero se niega a mostrarse dolido o a estallar en lágrimas. Sintió una presión en el pecho, una especie de fuerte deseo de echar a llorar que se remontase a muchos años atrás, desde el día en que el jefe de la Guardia de la aldea le había azotado con su vara. Si ella se hubiese girado en ese instante hacia él y hubiese sonreído, él habría apoyado su cabeza en el pecho de ella y hubiese llorado como un niño. O si él hubiese atisbado el más ligero parpadeo en los ojos de ella cuando los miró mientras el carro empezaba a bambolearse de un lado a otro, quizás habría experimentado durante un momento una sensación de alivio. Sin embargo, ella no parpadeó ni sonrió. Ni siquiera se giró para mirarle, como si hubiese olvidado su presencia junto a ella. Incluso en los

infrecuentes momentos en que ella le miró, él sintió que ella pensaba en otra cosa, tan importante y tan grande que, en comparación, él tenía la misma escasa importancia que el excremento de una mosca. Él se metió una mano en el bolsillo y sacó un rollo de tabaco de mascar mezclado con melaza, o quizás era un trozo de hachís, o de opio. Se lo puso en la boca. La saliva tenía gusto amargo, y tragó varias veces, luego comenzó a toser con violencia, como si tratase de superar un sentimiento muy antiguo de humillación que anidase en lo más hondo de sí mismo. Incluyó la cabeza con la profunda tristeza de un hombre que acaba de caer en la cuenta de que el único sentimiento real que ha conocido es esta sensación de humillación que lleva consigo, día tras día y noche tras noche.

Apretó con fuerza los labios, y azotó varias veces al viejo asno con la larga vara que llevaba en la mano, igual que el jefe de la Guardia de la aldea al niño de padres pobres que había sido descubierto mientras jugaba al salir de la escuela. Ahora tenía prisa por llegar a Al Ramla, y deshacerse de esta fastidiosa joven lo antes posible.

El carro de madera avanzó lentamente sobre el tortuoso camino, sacudiéndose de un lado a otro con tanta fuerza que parecía que en cualquier momento iba a perder una rueda. Ella podía oír cómo jadeaba y se ahogaba el asno mientras tiraba del carro. La respiración del animal tenía un sonido lento y monótono como el de un reloj, como el golpeteo de las ruedas de madera del carro mientras giraban, y como el latido que subía por las costillas y entraba en el vientre de ella, que también parecía a punto de derrumbarse.

Ella miró hacia el sol que ascendía en el cielo. Observó los campos ondulantes que quedaban atrás, y la masa compacta de chozas de barro que surgían del suelo y se apiñaban sobre la margen del río, como un montón

de tierra apilada a un lado. Poco a poco se dejaron ver mujeres con cántaros de agua, que caminaban junto a la orilla del río y se movían pausadamente hacia ella. Comenzó a oír un zumbido que llenaba el aire, porque los niños habían despertado y las moscas pululaban por las callejuelas y las casas. Largas filas de búfalos y vacas avanzaban pesadamente, levantando nubes de polvo, y a su lado caminaban grupos de hombres y mujeres. Llevaban azadas en los hombros y bostezaban sin cesar, como si la idea de que estaba por iniciarse otro día les provocase un agotamiento invencible.

Durante un momento a ella le pareció que había vuelto a su lugar de origen, a Kafr El Teen. Se levantó el velo para ocultar su rostro pero el hombre sentado a su lado le dijo con voz áspera y desagradable: «Bájate.»

—¿Esto es Al Ramla, tío? —preguntó.

—Sí —respondió sin mirarla.

Ella apoyó las manos en el carro de madera y empezó a bajar. El carro se inclinó repentinamente hacia un lado bajo el peso de su cuerpo y se enderezó otra vez cuando sus pies llegaron al suelo. El carro recuperó el equilibrio y el conductor sintió cómo el peso se volvía más ligero y se movía con más facilidad sobre el terreno. Su corazón latía agitadamente y ahora tenía la sensación de que iba mucho más rápido que antes, como si se hubiese desprendido de una carga que le aplastase. Oyó los pasos de ella pisando con fuerza la tierra y golpeó varias veces al asno con su vara. El carro reanudó su lento avance a lo largo del polvoriento camino. El hombre estuvo a punto de darse vuelta para dirigirle una última mirada, pero cambió de opinión. Fijó los ojos en el lejano horizonte y azotó de nuevo al asno. Éste avanzó a trompicones, jadeando mientras arrastraba el carro, y las ruedas comenzaron a girar una vez más con su traqueteo lento y monótono.

Nefissa vio la forma en que el carro se sacudía y se bamboleaba, y que el hombre tenía la espalda delgada y

se le notaban los huesos. Mirándole desde atrás le recordó a su padre. Después de un rato el carro desapareció, llevándose al hombre fuera de su vista, pero el sonido de las ruedas crujiendo sobre la tierra continuó mezclándose en sus oídos con el áspero jadeo del asno al respirar. De vez en cuando estos sonidos quedaban ahogados por una tos chirriante como la que sacudía a su padre cada vez que hacía una inspiración profunda de su narguile, sentado en el patio de su casa.

Al llegar a la mezquita giró a la derecha y a escasa distancia se encontró frente al solar vacío que Om Saber le había descrito. En el extremo más alejado había una casita de barro, con una gran puerta de madera. Sobre la puerta había una aldaba también de madera, y ella vio que la bomba de agua estaba cerca. La hizo funcionar y bebió en la palma de la mano el agua que salía. Después se acercó a la puerta. Levantó varias veces la aldaba, dejándola caer con suavidad, y oyó que una mujer respondía con una voz arrastrada y vulgar como la de Nafoussa, la bailarina de Kafr El Teen.

—¿Quién está en la puerta?

—Soy yo —contestó Nefissa, con un tono que era poco más que un susurro.

—Soy yo... Nefissa —dijo.

—¿Qué Nefissa? —insistió la mujer.

Se secó una gota de sudor que le caía por la nariz y dijo: «Tía, Om Saber me ha ordenado que venga a verte, tía Nafoussa.»

Hubo un silencio. Nefissa podía oír el latido de su corazón y el murmullo de su respiración mientras estaba frente a la puerta. Después, ésta se abrió sola, como si la moviese un demonio invisible.

Se quedó inmóvil como una estatua. Pero cuando atravesó el umbral, cayó en la cuenta de que todo su cuerpo estaba estremeciéndose.

## IV

Inmediatamente antes de oír el primer canto del gallo en el oscuro silencio, Fatheya abrió los ojos. O quizás no se había dado cuenta de que tenía los ojos abiertos desde hacía ya rato. Podía ver a su marido tendido con la boca abierta, roncando con un ruido profundo y ahogado. Su aliento expelía un fuerte olor a tabaco, y de su tórax surgía un resuello, como si durante toda la noche hubiese estado acumulando flemas.

Le golpeó en el hombro con el puño para despertarlo, pero él se giró y le dio la espalda, murmurando medio dormido palabras ininteligibles. El canto del gallo rasgó el silencio una vez más. Ahora ella le golpeó con fuerza en el hombro con los nudillos.

—Jequé Hamzawi, el gallose ha despertado y ha llamado a la plegaria, pero tú sigues roncando —dijo irritada.

El jeque Hamzawi abrió los ojos pero apretó los labios con fuerza, como si hubiese decidido no responder a sus ataques verbales y manuales, que comenzaban a esta hora tan temprana del día. Se levantó sin decir palabra. Su mujer, Fatheya, no era como sus esposas anteriores. Ninguna de ellas se hubiese atrevido jamás a mirarle de frente a los ojos, o a decirle algo inadecuado, ni a compararle con otro hombre de Kafr El Teen, y mucho menos con un gallo que había cantado hace un momento, insinuando con desvergüenza que el animal era mejor que él.



Sin embargo, ya no se preocupaba del comportamiento de ella, aunque llegase al extremo de poner a un gallo al mismo nivel que él. Lo importante era que había logrado obligarla a casarse con él en contra de su voluntad, y la había forzado a vivir con él durante todos estos años aunque ninguno de los amuletos y pociones de Haj Ismail había tenido la más mínima eficacia para devolverle su virilidad, o ni siquiera para remendarla un poco.

La primera vez que la vio él estaba sentado como de costumbre frente a la tienda de Haj Ismail. Echó una ojeada a su cuerpo flexible mientras caminaba a lo largo de la orilla del río llevando un cántaro de barro sobre la cabeza. Volviéndose hacia Haj Ismail, había susurrado: «Aquella chica de allí ¿quién es?»

—Fathey, la hija de Masoud —contestó Haj Ismail.

—Entonces, su padre es aquel pobre hombre. ¿Acaso no se sentiría feliz de tenerme en su familia?

—¿Quieres decir con eso que deseas casarte con ella, jeque Hamzawi?

—¿Por qué no? He estado casado tres veces y todavía no tengo ningún hijo varón. He de tener un hijo antes de morir.

—Pero ella es tan joven que podría ser tu nieta —dijo Haj Ismail— Además ¿cómo sabes que podrá tener hijos, a diferencia de tus anteriores esposas?

El jeque Hamzawi inclinó su cabeza hacia el suelo en silencio, pero las cuentas del rosario continuaron pasando sin interrupción entre sus dedos, como si se moviesen solas. Haj Ismail le miró con una sonrisa de complicidad. Estalló en una carcajada, la cortó en seco y dijo: «Parece que la chica ha vuelto la cabeza hacia ti, jeque Hamzawi.»

Éste sonrió con tranquilidad y miró al barbero del pueblo con un resplandor en los ojos. «Verla a ella es algo que de veras resucita mi espíritu. Siempre he anhelado el tipo de mujer que es ella.»

—Hablando de mujeres, es indudable que se trata de una mujer. Sus ojos hierven de deseo. ¿Crees que podrías mantenerla controlada, jeque Hamzawi? ¿Crees que un hombre de tu edad podría encargarse de ella?

—No sólo puedo satisfacerla a ella, sino también a su padre, si es necesario —replicó el jeque Hamzawi—. En lo que respecta a un hombre, lo único que cuenta es el dinero que tengas.

—¿Qué harás si pasan los años y no te da un hijo? —preguntó Haj Ismail.

—Alá es grande, Haj Ismail. Paso por una época difícil, pero pronto acabará. Dios me insuflará su espíritu, y me dará fortaleza.

Haj Ismail rió en voz alta. «Esa clase de cosas puedes decírselas a otras personas, pero no a mí, jeque Hamzawi. No has dejado de quejarte ante mí de tu estado. ¿Cómo podrá Alá darte fortaleza? ¿Insinúas que Dios...?»

El jeque Hamzawi le cortó en seco. «Alá puede infundir vida en los huesos que hayan muerto, Haj Ismail. Además, tú mismo has dicho que puedo curarme.»

—Pero tú no has escuchado mis consejos, ni has seguido el tratamiento que te impuse. Has estado prestando atención a lo que dicen los médicos, y pagándoles un ojo de la cara por sus remedios. Yo te dije: «los médicos no saben nada y sus recetas son inútiles. Pero tú no me has creído. Y ahora ¿cuál es el resultado? Te has gastado el dinero y no has avanzado ni un paso. Dime si estoy equivocado.»

—Sí, sí, Haj Ismail, pero sólo se aprende a un alto precio. Ahora sé que todos los médicos no son más que timadores ignorantes, y que tú eres el único verdadero médico del pueblo. A partir de ahora no dejaré que me trate ningún otro. Pero tienes que conseguir que me case con Fatheya, la hija de Masoud. Si lo haces, Alá te recompensará generosamente, porque habrás hecho un favor al hombre que protege la sagrada mezquita y defiende las enseñanzas de Dios en este pueblo.

Haj Ismail estalló en una franca carcajada. «Tanto mis hijos como yo hubiésemos muerto de hambre hace mucho tiempo si tuviéramos que esperar hasta que Alá nos recompense.»

—Por supuesto, te pagaré, y con abundancia. Me conoces bien—se apresuró a decir el jeque Hamzawi.

—Sé que eres un hombre generoso, y que descienes de una familia generosa. Pero lo que importa más de todo es que eres el hombre que preserva la fe en este pueblo y vigilas nuestra moralidad. Por lo tanto, debes dejar la cuestión en manos de Alá, y no preocuparte más de ello. Yo me encargaré. Puedes estar seguro. Límitate a obedecer lo que te he dicho antes que tienes que hacer. Utiliza de manera constante agua caliente, sal y limón. Quema incienso todas las noches sin que quede nada para la mañana siguiente, y después lleva el rosario entre los dedos y recita noventa y nueve veces una acción de gracias a Alá. Después, maldice a tu primera esposa treinta y tres veces, ¿acaso no eras muy potente cuando te casaste con ella, jeque Hamzawi?

Éste contestó con una voz teñida de desesperación: «Era tan fuerte como un caballo.»

—Ella consiguió lanzar un sortilegio sobre ti, y sé quién le preparó el amuleto. No es de Kafr El Teen, pero conozco el secreto de su hechizo, y cómo destruirlo. Ahora lo más importante para ti es que sigas mi consejo, y Alá te otorgará sus bendiciones.

El jeque Hamzawi bajó la voz hasta que se convirtió en un susurro casi inaudible y preguntó: «¿Cuándo pasaré la noche de esponsales con Fatheya?»

—Pronto, muy pronto, si Alá lo quiere.

—¿Podré tener un hijo, Haj Ismail? Supongo que será imposible...

—No hay nada imposible si Alá no quiere que lo sea. Eres un hombre de Dios y deberías saberlo a la perfección. ¿Cómo puedes olvidar que Alá es todopoderoso?

Las cuentas del rosario corrieron con rapidez entre los dedos del jeque Hamzawi y éste suspiró: «Que Su nombre sea alabado. Que Su nombre sea alabado.»

Apoyó la mano en la pared y se levantó lentamente. El rosario se bamboleaba de un lado a otro en sus manos mientras repetía: «Que Su nombre sea alabado.» Se puso el caftán y la *jiba*, y se ajustó el turbante sobre la cabeza, susurrando sin cesar para sus adentros. Su cuerpo delgado pareció inclinarse bajo un peso enorme mientras avanzaba arrastrando los pies hacia la puerta de la casa. Oyó que Fatheya se quejaba en voz baja. Él no podía entender qué le estaba pasando últimamente. No era la misma. Ni siquiera se enfadaba con él como solía ocurrir antes, y pasaba la mayor parte del día en casa, tumbada. Ya no insistía en visitar a su tía, quizás porque él siempre se ponía furioso e intentaba impedir que marchase. La mujer del jeque Hamzawi, como él le había explicado a su padre, no era como las esposas de los demás hombres. Su marido era el responsable de defender las enseñanzas de Alá, y de conservar incólumes la moralidad y la piedad del pueblo. La mujer de un hombre así no podía ser vista por cualquiera. Su cuerpo —excepto su cara y las palmas de sus manos— tenía que ocultarse incluso a sus parientes más cercanos. Tenía que vivir en su casa rodeada de todos los cuidados y el respeto debidos, y no ser vista en ningún otro sitio salvo en dos ocasiones, a lo largo de toda su vida. La primera vez, cuando se trasladó desde la casa de su padre hasta la de su marido. Y la segunda, cuando dejase la casa de su marido para ir a la tumba que se le asignase en el cementerio. Fuera de eso...

Su padre sacudió la cabeza con piadosa aprobación y dijo: «Jeque Hamzawi, eres sin la menor duda el más respetado y estimado de todos los hombres», y a continuación otorgó su consentimiento.

Pero Fatheya se escondió encima del horno y se negó a responder a nadie, a pesar de todos los esfuerzos por hacerla entrar en razón.

—Dios va a ahorrarte el sol implacable de los campos, la suciedad y la boñiga, el comer pan seco y encurtidos. En cambio, pasarás el resto de tus días descansando a la sombra, comiendo pan blanco y carne. Te convertirás en la esposa del jeque Hamzawi, el hombre que se dedica al culto de Dios, a servir en su mezquita, el hombre que dirige al pueblo de la aldea en la plegaria, y que vive una vida de piedad —dijo Haj Ismail con la voz más alta que pudo, como si deseara que se enterasen de lo que pasaba todos los que le oyesen.

Sin embargo, Fatheya continuó escondida encima del horno y se negó a contestar.

Haj Ismail miró al padre y le preguntó airado:

—¿Qué vamos a hacer ahora, Masoud?

—Haj Ismail, como puedes ver, la chica se niega.

—¿Entonces en tu casa es la chica la que decide lo que hay que hacer?

—¿Pero qué puedo hacer? —preguntó el padre, con aspecto perplejo.

—¿Qué puedes hacer? —exclamó Haj Ismail, que ahora parecía haberse enfurecido—. ¿Ésa es una pregunta propia de un hombre? Pégale, hermano, pégale una vez, y dos y tres. ¿No sabes que a las niñas y las mujeres sólo se las convence si reciben una buena paliza?

Masoud permaneció en silencio durante un instante, y después gritó: «Fatheya, ven aquí enseguida.»

Sin embargo, no hubo respuesta, de modo que trepó hasta la parte superior del horno, la sacó de allí tirándole del cabello, y le pegó varias veces hasta que bajó. Después se la entregó a Haj Ismail y ese mismo día ella contrajo matrimonio con el piadoso y anciano jeque.

Hamzawi asió con firmeza su bastón con la mano, y abrió la puerta de su casa. Fatheya aguzó el oído para

captar el tamborileo del bastón a través de la pared mientras él caminaba del otro lado. Conocía bien ese sonido. Había resonado en sus oídos desde la noche de sus esponsales. Rasgaba el grueso velo que rodeaba su cuerpo y su cabeza mientras cabalgaba en el asno hacia la casa del jeque Hamzawi. Podía oír su toc, toc, toc, mientras caminaba por la calle a su lado. Su padre llevaba una *galabiyya* nueva, y Om Saber, la *daya*, estaba envuelta en un vestido largo y negro. Fatheya no podía ver a la anciana debido a los pliegues del velo, estrechamente anudados en torno a su cabeza. No podía ver nada. Pero sentía. Sentía el dolor ardiente que le había provocado el dedo de la mujer mientras sondeaba entre los muslos de Fatheya, buscando la sangre. Y sintió el chorro cálido y la humedad pegajosa. No vio el lienzo blanco y limpio manchado de rojo, ni la herida que la uña de la mujer había hecho en su carne. Pero sintió que su virginidad había sangrado, porque en sus oídos resonó el batir de los tambores, los alaridos de alegría y los agudos chillidos de las mujeres.

Movió la mano por debajo del velo y se secó el sudor de su nariz y sus ojos, pero el líquido continuó brotando de las raíces de su cabello, recorriendo su cara y su cuello hasta llegarle al pecho y a la espalda. Por debajo, el áspero pelaje del lomo del asno se estaba humedeciendo cada vez más. El espinazo del asno hacía presión entre sus muslos. Podía percibir su dureza sobre la herida que aún sangraba en su interior. A cada paso que daba, con cada golpe de *tabla*, el lomo del asno subía y bajaba, y su delgado espinazo se movía arriba y abajo, frotando sus heridas, provocándole cada vez un dolor agudo, y haciendo que sus labios se abriesen en un grito inaudible. Chorreaba la sangre cálida, mezclándose con el sudor que caía de su cuerpo, y el áspero pelaje del asno estaba empapado entre sus muslos.

Cuando llegaron frente a la casa que pertenecía al hombre pío y temeroso de Dios que iba a convertirse en su marido, la bajaron del asno, pero ella fue incapaz de mantenerse sobre sus pies, y cayó entre los brazos de quienes la rodeaban, que la llevaron dentro de la casa como si fuese un saco de patatas.

Cayó en la cuenta de que no estaba en la calle y de que ahora se encontraba en la casa debido al olor malsano y repelente del aire que había en su interior. Como estaba segura de que el aroma de la santidad y la rectitud moral era agradable y placentero de respirar, comprendió que su nariz era la culpable de que a su alrededor el aire oliese a letrina que jamás se hubiese limpiado. No sabía exactamente cuál era su falta, pero desde que era niña había creído siempre que en ella había algo impuro, y que en su cuerpo había algo sucio y malo. Un día Om Saber vino a su casa, y le dijeron que la vieja iba a quitarle la parte mala y sucia. Ella se sintió poseída por una sensación de felicidad abrumadora. En aquel momento sólo tenía seis años.

Después de hacer lo que debía, Om Saber se marchó dejándole una pequeña herida entre los muslos. Continuó sangrando durante varios días. Pero incluso después de que su herida hubiese sanado, ella siguió con algo sucio en su cuerpo, que solía sangrar durante varios días seguidos. Cada vez que tenía el período la mirada de las personas que la rodeaban cambiaba de expresión al mirarla, o la evitaban como si en ella hubiese algo corrompido o malvado.

Más tarde, cuando se casó con el jeque Hamzawi, también éste se apartaba de ella siempre que tenía el período, y la trataba como si fuese una leprosa. Si por inadvertencia él la tocaba en un hombro o un brazo, rogaba a Alá que le protegiese del maldito Satanás. Después iba al lavabo, se lavaba cinco veces y repetía sus abluciones, si es que ya las había hecho. Además, no se

le permitía leer el Corán ni escuchar su lectura o su recitación. Sin embargo, cuando la regla había finalizado y se había dado un baño, limpiándose cuidadosamente, él le permitía orar y recitar pasajes del Corán.

Todas las noches, antes de irse a la cama, el jeque Hamzawi la hacía sentarse en una alfombra ante él, y le enseñaba a rezar. Ella no comprendía las palabras que él recitaba, eran términos difíciles y le pedía a él que le explicase su significado. No obstante, él solía contestar de un modo muy desalentador y áspero, insistiendo en que las palabras de Alá y los rituales de plegaria debían aprenderse de memoria pero no entenderse. De modo que Fatheya intentó memorizarlas lo mejor que pudo. El eco de las instrucciones del jeque Hamzawi continuaba resonando en sus oídos.

«La oración se construye sobre ciertos movimientos bien determinados del cuerpo, es decir: arrodillarte, prosternarte dos veces cada vez que te arrodillas, y luego sentarte con los pies debajo del cuerpo para recitar la plegaria. Además, es preciso cumplir estrictamente ciertas condiciones. En los varones, el cuerpo debe estar cubierto desde la cintura hasta debajo de las rodillas. En las mujeres debe estar cubierto todo el cuerpo con excepción de las palmas de las manos y la cara. Al principio de la oración debes erguirte con la cara mirando hacia delante de ti, y mantener los pies rectos en el suelo. En el caso de los varones hay que levantar las manos y ponerlas a la altura de los oídos cuando se proclama la Omnipotencia y la Soberanía de Alá. Las mujeres deben colocar las manos a la altura de los omóplatos. El siguiente movimiento de los varones consiste en poner la mano derecha sobre la izquierda y cubrir el vientre por debajo de la cintura con ambas manos, mientras que las mujeres tenéis que poner las manos sobre el pecho. Siempre que te arrodilles o prosternes debes hacerlo por completo. Cuando te arrodilles, repite tres veces:



«Te alabo, oh Dios Todopoderoso». Y cuando te proster-  
nes, repite tres veces: “Te alabo a Ti, el supremo de todos  
los dioses”. Tus plegarias quedarán anuladas y carecerán  
de todo valor si no pronuncias exactamente las palabras  
de la plegaria, o si te ríes o mancillas de algún modo tu  
pureza después de las abluciones, sobre todo si expeles  
alguna ventosidad.»

Por lo tanto, Fatheya se sentaba todas las tardes en  
la alfombra de la plegaria y repetía el mismo ritual. A  
continuación, recitaba el versículo sagrado de «La Si-  
lla», y a veces también otros versículos. Sus párpados  
bajaban pesadamente, y con mucha frecuencia caía dor-  
mida mientras se arrodillaba. En sus oídos resonaban  
las palabras de Alá, y entre sus muslos se deslizaba la  
mano del jeque Hamzawi. Se abandonaba al sueño como  
si se abandonase a un hombre, abriendo al máximo sus  
muslos y dejándose caer en una profunda inconscien-  
cia, precisamente en medio de la plegaria que elevaba a  
Dios.

Con el oído pegado a la pared, Fatheya seguía el  
tamborileo del bastón del jeque Hamzawi mientras avan-  
zaba a lo largo de la calle. Podía detectar el sonido de su  
pie cuando chocaba con algún objeto del suelo. Él tenía  
la vista débil, y su bastón o sus pies siempre parecían  
estar chocando o enredándose con algo. Podía ser un  
conejo muerto, un gato muerto, una piedra o un guija-  
rro que apartaba de la puerta con un golpe del bastón.  
A veces se le enredaba un pie en el caftán mientras cru-  
zaba el umbral de su casa, haciéndole tropezar, o un  
zapato se le hundía en un montón de boñiga, o en los  
excrementos que un perro había dejadc frente a la puer-  
ta durante la noche anterior. El rosario se agitaba  
frenéticamente en su mano mientras maldecía a perros  
y a personas por igual.

Esta vez, sin embargo, su pie chocó con un cuerpo  
que no era el de un conejo o un gato muertos. Se movía,

estaba vivo, y era mucho más grande. Se vio dominado por el miedo al pensar que podía tratarse de un espíritu o de un duende de la noche. Un instante después, empero, oyó un leve lamento, y cuando miró al suelo a pesar de lo apagado de sus ojos pudo apreciar lo que parecía una cara sonrosada, dos ojos con lágrimas en los bordes de sus pestañas cerradas, y una boca abierta con labios que temblaban ligeramente, como si inspirasen el aire con un jadeo.

Reflexionó durante un momento, pero sin osar moverse. ¿Podría ser que Alá hubiese respondido a sus plegarias? ¿El amuleto de Haj Ismail había logrado finalmente su efecto mágico? Este niño parecía haber caído del cielo nocturno, precisamente frente a su puerta, como Cristo había bajado de las alturas hasta el lugar donde la Virgen María se había tumbado a descansar debajo de un árbol.

Sus labios se abrieron para emitir un sonido ahogado y débil. El poder de Alá no tenía límites, loado sea Su nombre, y él elevaba su clamor a las alturas. Continuó de pie, inmóvil como una estatua. Su cara larga y estrecha parecía aún más larga de lo habitual, pero ahora comenzaba a mostrarse con más precisión a medida que la iluminaba la pálida luz del alba. Sus ojos estaban levemente empañados, y sobre uno de ellos había una mancha blanca que brillaba misteriosamente. Las cuentas amarillas del rosario se habían gastado allí donde sus dedos las habían frotado a lo largo de las inacabables horas de una vida dedicada al culto y la plegaria. Sin embargo, quizás por primera vez durante sus horas de vigilia, las cuentas dejaron de girar.

En aquel preciso momento del nuevo día el jefe de la Guardia de la aldea había finalizado su vigilancia nocturna y regresaba a su casa. Llegó hasta la figura del jeque Hamzawi, inmóvil frente a la puerta de su casa. Nunca le había visto antes de ese modo, ni había visto

su cara tan larga y estirada. Era como si ahora tuviese dos caras. La de arriba era la del jeque Hamzawi, mientras que la de abajo no se le parecía en nada, ni a ninguna otra cara que hubiese visto en Kafr El Teen, ni en ninguna otra parte del mundo, aunque él no había visto demasiadas cosas fuera de Kafr El Teen. No se parecía a la cara de un ser humano, ni a la de un espíritu. Por lo que sabía, podía ser la cara de un demonio, o la de un santo, o incluso la cara del propio Dios, salvo que él no sabía cómo era la cara de Dios, porque nunca le había visto la cara.

Se detuvo repentinamente, y se quedó allí de pie, como si se hubiese convertido en piedra. Sus ojos quedaron fijos en la extraña forma fantasmal sobre la que jamás había puesto sus ojos con anterioridad. Porque no era como un hombre, ni un santo, ni un demonio, ni ninguna otra de las numerosas criaturas de Dios. Le vio inclinarse y levantar del suelo algo que yacía a sus pies. Sintió que sus manos aferraban con fuerza el enorme bastón que llevaba, con el movimiento instintivo del guardia de la aldea. Estuvo a punto de levantarlo en el aire para dejarlo caer con toda su fuerza sobre la cabeza que se inclinaba hacia el suelo. Pero en aquel preciso momento vio una cara sonrosada con restos de lágrimas que brotaban de sus ojos cerrados, y oyó que la voz del jeque Hamzawi salmodiaba:

—Sin Dios somos unos auténticos desventurados, porque sin Él no podemos hacer nada.

—¿Qué es esto, jeque Hamzawi? —exclamó en alta voz el jefe de la Guardia de la aldea.

—Un ángel del cielo —musitó el jeque Hamzawi.

—¿Y por qué no podría ser un demonio, el hijo de un demonio? —dijo el jefe de la Guardia.

Casi sin saber todavía qué estaba ocurriendo, el jeque Hamzawi replicó: «Es un don de Alá.»

Antes de que hubiese tenido tiempo de acabar la

frase, Fatheya sacó la cabeza por la puerta. «No digas tal cosa, jeque Zahran», dijo con una voz llena de ira. «Es un don, una bendición de Alá. Sólo debe condenarse lo que es pecaminoso.»

Ella extendió los brazos y asió con rapidez al niño recogido por el jeque Hamzawi, que continuaba de pie en el mismo lugar y tenía una mirada perpleja, como si no supiese qué estaba ocurriendo. Cerró la puerta sosteniendo al niño con fuerza contra su seno. Sintió como sus pechos se estremecían a medida que la sangre fluía en su interior, como hormigas diminutas que se moviesen por dentro de su carne. Sacó un pecho a través de la abertura de su vestido y presionó el pezón, haciendo que brotasen blancas gotas de leche del pequeño orificio oscuro. Envolvió con cuidado el velo alrededor de la cabeza del niño, antes de deslizar su pezón en la boca ávida y jadeante del bebé.

La voz del jeque Hamzawi se elevó en el aire mientras el resplandor casi invisible de la aurora se deslizaba por el cielo. Flotó sobre las bajas chozas de barro, rasgó los muros de la oscuridad y cayó sobre las estrechas y tortuosas callejuelas obstruidas aquí y allá por montones de excrementos, hasta llegar a los oídos del jefe de la Guardia de la aldea que ahora estaba sentado en su casa. Esta vez, sin embargo, no se había desvestido, como era su costumbre cuando volvía de su larga vela nocturna. Tampoco le pidió a su mujer que le trajera algo de comer. Ni siquiera se quitó sus botas de cuero con el habitual movimiento rápido seguido de dos puntapiés sucesivos que las enviaban volando a un rincón de la habitación, como si se estuviese liberando de una pesada cadena que le aprisionase los pies.

Se recostó en la estera, con los ojos muy abiertos, contemplando el vacío, y con las botas perfectamente atadas a sus tobillos. Sus dedos continuaron tirando de sus bigotes largos y espesos, como solía hacer cuando encontraba un cadáver en un campo, o a la orilla del río, pero aún no sabía quién era el asesino, ni cuándo se había cometido un crimen a sus espaldas sin que él conociese desde el principio la manera en que todo se había planeado.

Cuando la voz del jeque Hamzawi llegó a través de la aldea hasta el lugar en que estaba sentado, volvió la cabeza y miró a su mujer. Abrió ligeramente los labios,

como si estuviese a punto de decirle que aquella noche había ocurrido algo importante en Kafr El Teen. Sin embargo, esta vez se le adelantó su mujer, quien le dijo: «Nefissa, la hija de Kafrawi, se ha escapado», pronunciando la frase con rapidez, casi sin respirar, con un gesto de la mano que se parecía al puntapié que daba su marido cuando quería quitarse sus pesadas botas. Una de sus vecinas le había susurrado la noticia la noche anterior. Pasó las largas horas de oscuridad dando vueltas en la cama. Parecía pesarle sobre el tórax con una masa tangible y propia. La oprimía, y sin embargo, conllevaba un oscuro placer, como si estuviese embarazada y esperase la aurora con un anhelo vehemente, el momento en que pudiese traspasar a otro este peso, y disfrutar de la emoción de contarle a su marido la noticia de que Nefissa había huido, antes de que se lo dijese ninguna otra persona.

El nombre de Nefissa sonó de un modo extraño a los oídos del jeque Zahran. Flotó en el espacio la imagen de una cara pequeña y sonrosada con los ojos cerrados y lágrimas aún húmedas en sus pestañas. Durante un instante se abrieron los párpados cerrados, y él vio los grandes ojos negros de la niña, mientras miraban fijamente hacia delante algo que se encontraba en el lejano horizonte. Sus dedos se apartaron de sus bigotes, y dio una súbita boqueada, como un hombre que se ahoga y sale a la superficie. Pudo oírse su voz.

—¿Nefissa?

—Sí, Nefissa —dijo.

Fatheyá continuó acurrucada junto a la pared, con el bebé sobre su pecho. La cabeza del niño estaba envuelta en el oscuro velo de la mujer, y el pezón de su pecho le daba de mamar. Si ella no hubiese mantenido el oído sobre la pared, quizás no habría podido oír cómo vibraba con el nombre de Nefissa. Tuvo un alivio repen-

tino, como una mujer que se hunde en el agua y de forma inesperada aparece en la superficie.

—¿Nefissa?

El nombre de Nefissa resonó en las oscuras habitaciones, atravesó las paredes de barro, se deslizó a través de las callejuelas salpicadas de montones de excrementos, se elevó en el aire sobre los techos bajos e irregulares cubiertos de bloques de estiércol y tallos de algodón, subiendo más y más hasta el minarete de la mezquita y la media luna que lo coronaba. Poco después estaba martilleando en las altas paredes de ladrillo y la puerta de hierro de la casa del Alcalde. Resonó en los oídos de éste como la invitación a la plegaria que el jeque Hamzawi proclamaba desde el punto más alto de la aldea de Kafr El Teen, reposando como una especie de hongo oscuro sobre las aguas del Nilo.

Junto al Alcalde estaba sentado Tariq, su hijo más joven. Acababa de entrar en la universidad y había bajado a la aldea para pasar las vacaciones. Mientras escuchaba la narración sus ojos brillaron con el resplandor que se aprecia en la mirada de un joven de apenas diecinueve años cuando piensa en el cuerpo de una mujer, con el alivio que procede de las imágenes y las palabras cuando el acto mismo se halla vetado. Con la voz ronca, dijo: «La semana pasada encontramos a un bebé en el lavabo. Y la semana anterior descubrimos a una pareja que estaba besándose en un aula vacía. Ahora, aquí, en Kafr El Teen, una niña da a luz un bebé, lo abandona frente a la casa del jeque de la aldea, y huye. En estos tiempos las muchachas no tienen moral, padre.»

—Sí, hijo, tienes mucha razón —respondió el Alcalde—. Las chicas y las mujeres han perdido toda su moral. —Acompañó sus palabras con una rápida mirada de soslayo que se detuvo un momento en los muslos desnudos de su mujer que aparecían debajo de su falda ajustada. Ella cruzó las piernas con una indignación apenas con-

tenida, y comentó acaloradamente:

—¿Por qué no reconocer que son los hombres los que ya no tienen moral?

El Alcalde echó a reír.

—Eso no es nada nuevo. Los hombres siempre han sido inmorales. Pero ahora las mujeres están echando por la borda su virtud, y esto conducirá a una auténtica catástrofe.

—¿Por qué una catástrofe? ¿Por qué no igualdad, o justicia?

El hijo sacudió la cabeza, con su cabello largo y ensortijado, y lanzó a su madre una mirada de reprobación.

—No, madre, no estoy de acuerdo cuando hablas de igualdad. Las chicas no son iguales a los muchachos. Su virtud es lo más valioso que tienen.

La esposa del Alcalde estalló en suaves carcajadas, sarcásticas y ligeramente airadas, que evocaban la hilaridad más vulgar que podría haber expresado la patrona de un burdel si fuese uno de los interlocutores en la conversación. Levantó una ceja y dijo:

—Muy bien, maestro Tariq. Ahora te pones un turbante de jeque y hablas de virtud. ¿Dónde se escondía tu virtud la semana pasada cuando robaste de mi cartera un billete de diez libras, y fuiste a visitar a aquella mujer con cuya casa estoy ahora tan familiarizada? ¿Dónde estaba tu virtud el año pasado cuando violaste a Saadia, la criada, y me obligaste a despedirla para evitar un escándalo? ¿Y dónde dejas tu virtud cada vez que te precipitas sobre alguna de las criadas de nuestra casa? Las cosas han llegado tan lejos que he decidido emplear únicamente criados varones. Te ruego que me digas qué le sucede a tu virtud cuando te encuentras tan ocupado persiguiendo a las chicas por teléfono, por las ventanas o por los balcones ¿o acaso no sabes que nuestros vecinos en Maadi se me han quejado en varias ocasiones?



Ella dirigía sus palabras a su hijo, pero lanzaba miradas de ira apenas disimulada hacia el Alcalde. Los rígidos rasgos de la cara de éste convencieron al muchacho de que estaba a punto de estallar una de las habituales disputas entre ellos, de manera que volvió rápidamente a la historia de Nefissa.

—Padre ¿crees que el jeque Hamzawi adoptará al niño?

—Parece que se propone hacerlo —dijo el Alcalde—. Es un hombre bueno y no tiene hijos. Su mujer desea tener un niño desde hace años.

—Entonces el problema está solucionado —afirmó el hijo con aire definitivo.

—No está solucionado en absoluto. Estos campesinos nunca se quedan tranquilos hasta que no se vengan de quien haya causado esta situación —intervino la madre.

Después de decir estas palabras se levantó y se marchó a su habitación. El hijo no advirtió que debajo de la boca de su padre había comenzado a temblar un pequeño músculo. El hombre simulaba rascarse el mentón o tocarse una espinilla para ocultar su tic nervioso. Sus ojos azules vagaban a lo lejos, como si tuviese la mente ocupada en otra cosa. Después de un silencio prolongado, dijo: «¿Quién habrá sido? ¿Será de Kafr El Teen? Es lo más probable. Sin embargo, podría haber venido de algún otro sitio.»

—Las personas como Nefissa no conocen nada que no sea Kafr El Teen —comentó el muchacho.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, tú sabes cómo son estas campesinas. Son muy simples.

—No creo que Nefissa sea tan simple. Jamás he visto una muchacha con una mirada tan descarada.

—Sí, era una chica muy impertinente, y por su parte, el hombre tiene que haber sido bastante temerario.

El Alcalde se apresuró a decir: «Por eso me inclino a pensar que no es de Kafr El Teen. Conozco a todos los

hombres de aquí, y no creo que haya uno solo de ellos que tenga agallas, ni siquiera las agallas necesarias para una cosa como ésta. ¿No estás de acuerdo conmigo, Tariq?»

Tariq se quedó un instante en silencio. Las caras de los hombres que conocía en Kafr El Teen comenzaron a desfilar ante sus ojos. Oyó decir a su padre: «¿Se te ocurre quién podría ser?»

Las caras continuaron flotando delante de sus ojos. De pronto apareció una cara, completamente inmóvil. O quizás eran sus ojos los que habían seleccionado esta cara entre las muchas que pasaban. Examinó sus rasgos con creciente curiosidad. Y en su interior una voz comenzó a decir: «Elwau.» No sabía por qué, en medio de todas las caras que había visto en un momento u otro, se le había impuesto esta cara en particular. Nunca había visto juntos a Elwau y Nefissa. Elwau vivía en las afueras de la aldea, en dirección al este, mientras que Nefissa vivía cerca del límite opuesto, hacia el oeste. Sin embargo, apenas intentó pensar seriamente en alguien que estuviese vinculado de forma plausible con la vida de Nefissa, la cara de Elwau surgió de alguna parte de su mente. Se había encontrado cara a cara con él en una única ocasión. De vez en cuando le veía a lo lejos, caminando con la azada en el hombro. Siempre iba en silencio, nunca hablaba con nadie, ni giraba la cabeza para mirar una tienda o una casa. Tampoco era jamás el primero en dirigir un saludo a quienes encontraba en su camino, ni siquiera si se trataba del jefe de la Guardia de la aldea, del jeque de la mezquita, o del propio Alcalde.

Nadie podía afirmar que le hubiesen visto con Nefissa ni con ninguna otra mujer de Kafr El Teen. Y cada día se le podía ver arando su campo, o cavando la tierra con la azada. Incluso los viernes, cuando todos iban a la mezquita, para colocarse detrás del jeque Hamzawi mientras éste dirigía la plegaria de la aldea, él trabajaba en su campo.

Después de ponerse el sol, se sentaba en la orilla del río observando cómo fluían sus aguas, o contemplaba los árboles que se erguían contra el horizonte. Si pasaba alguien, él no se daba vuelta, y si una persona pronunciaba el saludo habitual, su voz serena rasgaba el silencio con la palabra *Salam*, pero su cuerpo continuaba inmóvil.

Los labios del muchacho se movieron ligeramente para pronunciar el nombre de Elwau. Y sin embargo, si alguien le hubiese preguntado por qué, entre todos los nombres que conocía en la aldea, en aquel momento se le había ocurrido precisamente el de Elwau, es probable que no hubiese podido responder. Lo había visto de frente una sola vez. Esa única vez, empero, había sido suficiente para verle los ojos. Y con sólo verle los ojos había caído en la cuenta de que no eran iguales a los ojos de los demás hombres. No estaban fijos en el suelo, sino que miraban de frente con la misma expresión de orgullo que podía verse también en los ojos de Nefissa. Ahora recordaba aquel día. En menos de una fracción de segundo en su mente apareció una vinculación, mejor dicho, un lazo inolvidable entre lo que había visto en los ojos de ambos. No podía definir en qué consistía exactamente, pero él sabía sin la menor duda que estaba allí, dentro de él. Y continuó acompañándole hasta mucho después de que el recuerdo de sus encuentros con ellos se hubiese hundido en las partes más oscuras y recónditas de su mente.

Sin embargo, en el momento en que la cara de Elwau surgió ante sus ojos él comprendió que ciertas cosas nunca se desvanecen, nunca mueren, aunque sean tan pequeñas como una gota de agua en el océano, o duren sólo un instante en la infinitud del tiempo. Por eso, cuando su padre repitió la pregunta, oyó en su interior una voz que decía: «Elwau.»

Sus ojos se abrieron llenos de sorpresa cuando su padre repitió: «¿Elwau?», porque ni siquiera había teni-

do tiempo de abrir los labios y pronunciar el nombre «Elwau», o por lo menos eso le parecía a él, mientras daba vuelta a las cosas en su mente. No obstante, apenas su padre se hizo eco del nombre, la cara que había visto una única vez salió de la oscuridad a la luz, y dejó de ser un recuerdo nebuloso para convertirse en una realidad de la vida. Su voz se elevó desde dentro y vibró con un sonido audible en el exterior.

—¡Elwau! —dijo.

El Alcalde pronunció de nuevo el nombre como para asegurarse de que esta vez se transformaba en un hecho indeleble.

—Elwau —dijo.

La puerta de hierro se abrió para dejar paso a tres hombres, el jeque Hamzawi, el jeque Zahran y Haj Ismail. Entraron en fila, uno tras otro, y se acercaron hasta donde estaba sentado el Alcalde. Era imposible saber si le habían oído pronunciar el nombre de ese hombre, pero repitieron al mismo tiempo: «Elwau.» Sus voces resonaron en el patio que rodeaba la casa, treparon por el alto muro de ladrillo rojo, se introdujeron en las oscuras chozas de barro para ser repetidas en los hogares antes de encender las lámparas de queroseno, saltaron sobre los techos y cayeron en los sinuosos senderos y callejones, deslizándose por todas partes antes de que el sol hubiese tenido tiempo de ponerse, para iluminar la otra cara del globo terráqueo.

Tariq se inclinó sobre la barandilla. Debajo del balcón las aguas del Nilo eran de un rojo carmesí. Observó cómo caía el sol por debajo del lejano horizonte, y a los niños que jugaban a orillas del río. Podía oírles cantar mientras formaban una línea desordenada, bailaban y palmoteaban.

—Camellero, camellero.

—Son Nefissa y Elwau.

—Nefissa, Nefissa, Elwau está en la barquilla.

—Elwau, Elwau, Nefissa está en el campo.

—Camellero, camellero.

—Son Nefissa y Elwau...

La estupefacción se reflejó en sus ojos, como si apenas pudiese creer lo que oía. Se volvió a su madre que se encontraba de pie a su lado, y casi sin aliento debido a la sorpresa, preguntó con voz vacilante: «Madre ¿es realmente Elwau?»

—¿Cómo puedo saberlo? —replicó con un tono lleno de irritación—. ¿Por qué no se lo preguntas a tu padre, el Alcalde?

## VI

Era viernes, el disco abrasador del sol —como una bola de fuego en el centro del cielo— brillaba sobre la cabeza de Kafrawi. Sus ojos parecían bañados por el color rojo de los rayos del sol, y le brotaba el sudor de cada uno de sus poros, deslizándose por su cabeza, su cuello, su pecho, su vientre y sus muslos. Podía sentirlo cálido y pegajoso mientras caía por sus muslos y sus piernas, hasta llegar a la piel agrietada y coriácea de sus pies descalzos. Se sentía tan húmedo como si se hubiese orinado encima. Metió la mano bajo su *galabiyya* y se tocó. No podía detectar la diferencia entre el sudor y la orina, ni podía saber si sus músculos estaban relajados o contraídos, quietos o en movimiento. Todo lo que sabía era que, al parecer, había perdido por completo el control sobre sus brazos y sus piernas. Su cuerpo se había convertido en una parte separada de sí mismo, en un músculo gigantesco que se contraía o relajaba por decisión propia, se movía o se quedaba quieto mientras él estaba allí observándolo, de manera que apenas podía creer lo que estaba sucediendo ante sus propios ojos a este cuerpo suyo que siempre había formado parte de él. Era como si su alma hubiese salido del cuerpo y lo contemplase desde lejos, o como si otra alma distinta de la suya se hubiese deslizado dentro de su cuerpo.

Cuando vio que sus pies descalzos, cubiertos de piel reseca y agrietada, salían del campo, se preguntó asombrado qué estaba sucediendo. ¿Cómo era que sus pier-

nas salían del campo de este modo, por su cuenta? Trató de revestirse del valor suficiente para detenerlas, y por un momento pensó haberlo logrado, pero ellas continuaron alejándose lentamente del campo, y fuera de su control, se dirigieron al único lugar donde los rayos ardientes del sol no podían alcanzarle a aquella hora del día: al establo.

En realidad, no se trataba de un establo. Era sólo un cobertizo hecho de cañas de bambú, ramas de palmera y tallos de maíz, cubiertos de barro con objeto de formar cuatro paredes y un techo. La búfala se tumbaba debajo del cobertizo durante los días de verano, y en invierno Kafrawi pasaba algunas noches protegido por sus muros.

La búfala estaba tumbada sobre la panza, como era habitual cuando hacía calor. Sus ojos grandes y melancólicos contemplaban la oscura pared de barro, y sus mandíbulas se movían lentamente, masticando una y otra vez algo invisible, mientras pequeñas burbujitas blancas de saliva salían y entraban por las comisuras de su hocico cada vez que respiraba.

El cuerpo de Kafrawi cayó al suelo cerca de la búfala. Sus ojos se fijaron en algo con la misma mirada silenciosa y melancólica. Se propuso contraer los músculos de sus párpados y cerrar los ojos para intentar dormir. Pero éstos siguieron muy abiertos y continuaron mirando fijamente la oscura pared de barro. La búfala le miraba. Los grandes ojos del animal estaban cubiertos por una capa de humedad, como si se tratase de lágrimas todavía no derramadas. La búfala estiró el cuello y se acercó tanto a él que sus cabezas se tocaron. Después, comenzó a frotar sus bellos contra el cuello de Kafrawi como una madre que acariciase a su hijo. Parecía como si tratase de decirle algo, preguntándole qué es lo que iba mal. Él apoyó su cabeza sobre la de ella, secó sus ojos húmedos sobre la cara del animal, y acercó sus labios secos a su oreja, para susurrarle: «Oh, Aziza, Nefissa ya no está aquí. Ha huido.»

Y de este modo Kafrawi comenzó a hablar con la búfala, contándole lo que había sucedido. Ella pareció responderle, y de algún modo él pudo comprender lo que ella le decía. Desde que él era consciente y contempló por primera vez el mundo que le rodeaba, la búfala había estado siempre cerca, en el campo o en su hogar. Antes de que aprendiese a caminar o a hablar, pudo verla mirándole con sus grandes ojos silenciosos mientras él lloraba amargamente en un rincón oscuro, como sólo un niño sabe llorar.

Cuando empezó a gatear por el suelo, la primera cosa que aprendió a hacer fue arrastrarse en dirección a ella. Podía sentir cómo ella le tocaba la cara con sus bellos suaves. En cierta forma ella adivinaba cuándo tenía los labios abrasados y resecos. Se acercaba poco a poco a él, hasta que su mama quedaba al lado de la boca del niño, y cuando él abría los ojos podía ver la hinchada ubre con la negra mama colgando. El aroma de la leche flotaba a su alrededor, le hacía estirar el cuello y cerrar los labios con firmeza sobre la mama, y casi enseguida sentía en su boca el flujo cálido de la leche.

Apenas aprendió a decir algunas palabras, empezó a llamarla. La bautizó con el nombre de Aziza, y siempre que ella oía su nombre giraba la cabeza hacia él, y sus ojos decían: «Sí, Kafrawi.» Todos los días él aprendía una palabra nueva, y ella le contestaba con una mirada de sus ojos que decía algo diferente cada vez. Aprendieron gradualmente a comprender sus lenguajes respectivos. Un día ella se le quejó de que el padre del niño le había pegado varias veces con un bastón mientras ella daba vuelta tras vuelta atada al yugo de la noria. Ese día experimentó un sentimiento de odio contra su padre, y se negó a comer junto a él. Su padre trató de obligarle a comer pegándole con el mismo bastón, pero él se negó obstinadamente a ello y se fue a la cama sin cenar.



Cuando su hija Nefissa era aún una chiquilla, solía admirarse de la forma en que él hablaba con la búfala. «Una búfala puede hablar y entender lo mismo que nosotros», le dijo él en muchas ocasiones. La propia Nefissa no había aprendido aún a hablar, pero también parecía entender lo que él le decía, y ella se lo aseguraba con una mirada de sus grandes y sagaces ojos negros. Sacudía la cabeza y reía, y a veces llegaba a estirar su manita para tratar de jugar con los bigotes de él. Él abría la boca, cerraba los labios sobre sus suaves deditos y fingía morderlos. Ella se reía a carcajadas cuando él hacía esto, y quitaba rápidamente la mano. Un día, empero, le mordió de veras un dedo con sus dientes, como si fuese a comérselo. Ella lanzó un alarido de dolor y se apartó atemorizada de él. Desde ese momento comenzó a temerle en algunas ocasiones, sobre todo cuando por un motivo u otro su cara se oscurecía y se volvía amenazadora, y empezaba a asemejarse a la de la búfala. También la cara de la búfala podía hacerle sentir miedo, como la cara de Kafrawi. A menudo jugaba con el animal y le tiraba de la cola, pero la búfala cambiaba de manera repentina, de manera muy semejante al cambio que se producía en la cara de su padre. En ese momento sus rasgos ya no parecían serenos y resignados, sino tétricos y furiosos. Sus grandes ojos adquirirían una mirada que le provocaba un gran terror, y de pronto era capaz de golpearla con los cascos o darle un topetazo con la cabeza. Una vez llegó a morderla seriamente en una pierna.

Kafrawi pasó la frente sobre la ubre llena de la búfala, abrió sus labios secos y se metió la negra mama en su boca. Podía sentir cómo fluía la leche caliente hasta su estómago. Sus párpados se aflojaron y cayeron suavemente sobre sus ojos. Sin embargo, la leche continuó bajando hasta la parte inferior de su vientre y la parte superior de sus muslos. Sintió que algo se llenaba, se

hinchaba y entraba en erección, como un extraño órgano que no formase parte de su cuerpo. Lo apretó con la palma de la mano, tratando de echarlo hacia atrás, pero no cedía. Lo vio salir fuera, atravesando los límites de su cuerpo y de su voluntad, como una parte suya sobre la cual hubiese perdido el control. Se deslizó lentamente sobre la suave ubre, respirando el aroma de la hembra, bebiendo la humedad familiar, se acercó furtivamente al calor interior y se perdió en una gran quietud, como una eternidad, como la muerte. Después de un rato intentó salir de nuevo al aire libre, donde pudiese respirar con más libertad, pero el orificio se cerró firmemente en torno a él, como unos dedos poderosos que tratasen de estrangularlo. Luchó por su vida, dio un tirón con el espasmo enloquecido de un animal apresado en una trampa, arrojó fuera toda su capacidad de lucha y se derrumbó, como los párpados exhaustos sobre los ojos cansados se rinden al más profundo de los sueños.

Unos instantes más tarde, empero, abrió de nuevo los ojos ante el alarido dado por una voz aterradora. La voz no procedía de nada humano, fuese hombre o mujer. Tampoco era la voz de un animal al que estuviesen golpeando. Era un chillido extraño y espantoso.

Lo había oído una sola vez con anterioridad, mucho tiempo atrás. Estaba tumbado boca abajo en un suelo polvoriento, con su madre agachada a su lado. Ella estaba cerniendo harina blanca a través de un fino cedazo, pero sus ojos estaban fijos en él, con una mirada negra e intensa, sin parpadear ni cambiar de dirección. Él sentía cómo se movían por sus rasgos como la suave caricia de una mano. Súbitamente oyó el grito. No reconoció la voz de su madre en el terrible chillido que desgarró el aire. Pero sus ojos de niño se dirigieron hacia ella, desprevenidos. Desparramado alrededor de ella, y cubriendo sus manos, su cara y su cabello, había un

polvo fino que ahora se extendía en una capa carmesí. Los ojos de su madre continuaban abiertos, clavados en él con la misma mirada fija, pero ésta había cambiado en algo, ya no tenía la expresión que él conocía tan bien. Eran los ojos de otra. Su madre debía haber marchado por la puerta abierta y regresaría en cualquier momento. Giró la cabeza hacia la puerta. Observó dos ojos rasgados y estrechos que jamás había visto antes. Le contemplaron con una mirada horrible. Él inclinó la cabeza, cerró los ojos y echó una cabezada. En realidad, no estaba dormido, porque sintió que dos brazos lo levantaban del suelo y se lo llevaban. Pensó en abrir los ojos para echar una mirada alrededor, pero tuvo miedo de encontrarse con la mirada terrible de los ojos rasgados, de manera que se dejó llevar por los dos grandes brazos. Su cara se apretaba contra un tórax duro como una tabla, del cual emanaba un olor extraño. Sus pequeños pies descalzos colgaban en el aire y se balanceaban de un lado a otro siguiendo el ritmo que marcaban las largas zancadas, como las de un camello, de la criatura desconocida que lo había recogido del suelo y se lo llevaba lejos.

El grito rasgó el aire por segunda vez. Kafrawi saltó de donde yacía, y sin más dilación corrió hacia el lugar del que procedía el grito. Parecía venir del centro del maizal, y le siguió un ligero movimiento de los tallos que lo rodeaban. Sin embargo, ahora todo parecía tan quieto y tan sereno como de costumbre, y el silencio se cernía pesadamente sobre la tierra del mismo modo que los ardientes rayos rojos del sol ahogaban el más ligero movimiento del aire, antes incluso de que tuviese la más mínima posibilidad de agitarse.

Cuando se fue acercando, el maizal se abrió repentinamente en el mismo lugar. En el hueco vio aparecer por un momento dos ojos rasgados y estrechos, que desaparecieron un instante después. Se desvanecieron de in-

mediato, como si la tierra se hubiese abierto para dejarlos pasar y después arrastrarlos a sus profundidades, antes de que él hubiese tenido tiempo para caer en la cuenta de lo que había visto.

Pensó que soñaba. Observó sus pies descalzos, con la piel oscura y agrietada que cubría sus talones, caminando lentamente hacia el lugar que se encontraba en el centro del campo. Su cuerpo se estremecía con un miedo antiguo y oscuro enterrado en su interior. Trató de detener a sus pies, y por un instante pareció que se habían frenado, y que ya no avanzaban por el campo. Pero pronto comprendió que continuaban caminando a un ritmo vivo, ni rápido ni lento, como impulsados por una resolución serena, casi instintiva, de descubrir lo desconocido que se ocultaba en algún sitio, más adelante.

Apartó con los brazos los tallos de maíz, y vio el cuerpo que yacía en el suelo. A su alrededor había una capa de polvo manchado de sangre, y los ojos abiertos del cadáver le hicieron recordar la lejana imagen de su madre muerta en el suelo. Rodeó la cara con sus manos y la acercó para verla mejor. Pero la cabeza estaba rapada como la de un hombre, y el cuerpo estaba envuelto en una *galabiyya* de hombre. Cuando le miró los ojos, se dio cuenta de que no eran los ojos de su madre, ni los de ningún ser humano que hubiese visto con anterioridad. La visión de estos ojos extraños le hizo retroceder con un movimiento de terror, pero antes de poder cubrirse la cara con las manos y ocultar dicha visión, sintió que dos manos fuertes le asían por la espalda. Resonó en sus oídos una algarabía de voces roncas mezclada con gritos desagradables. Se dio vuelta y el ruido aumentó. Las caras se apiñaron en torno suyo, y los ojos de éstas le miraban de hito en hito, pero tardó un tiempo antes de que pudiese reconocer los ojos estrechos y rasgados del jefe de la Guardia de la aldea, el jeque Zahran.

## VII

Todas las cosas parecían moverse a un mismo ritmo lento y pesado. El disco rojo del sol bajó por el cielo pausada y majestuosamente, sofocante, a medida que iba acercándose a la tierra antes de desaparecer por debajo del horizonte. Las oscuras filas de campesinos que avanzaban pesadamente con sus asnos, vacas y búfalos caminaban con lento agotamiento a lo largo de la carretera polvorienta para derramarse como un líquido pegajoso por las callejuelas y los caminos que llevaban a las casas y los establos hundidos en un crepúsculo sombrío. El aroma heterogéneo del abono en fermentación, los excrementos humanos y la levadura preparada para hornear salía de las puertas abiertas. Antes de que la noche cubriese la tierra con su espeso manto, había cesado todo movimiento en la margen del río, y ya no podía verse allí ningún hombre ni ningún animal. Sin embargo, todavía podían apreciarse a lo largo de la senda las huellas de pies humanos, con sus cinco dedos, los cascos planos y redondos de los asnos, las vacas y los búfalos, interrumpidos aquí y allá por montones circulares de estiércol caliente y oloroso.

El cuerpo que yacía a orillas del río, empero, ya no estaba caliente. La brisa del río caía suavemente sobre el cadáver, azotando el ligero manto, viejo y usado, y dejando a la vista los talones agrietados de lo que antes había sido un ser humano, Elwau.

Una fuerte ráfaga de viento apartó el manto y permitió contemplar la parte inferior del cuerpo. A través de sus párpados todavía cargados de sueño, Haj Ismail contempló una pierna larga y velluda que ascendía hasta una nalga musculosa. Levantó con esfuerzo los párpados y despertó de forma súbita, como si le hubiese caído un ladrillo sobre la cabeza, se levantó de un salto y miró a su alrededor, buscando con los ojos en diferentes direcciones. Con el ojo derecho miraba de frente, y con el ojo izquierdo parecía mirar hacia atrás, pero cuando su ojo izquierdo miraba a la derecha, su ojo derecho giraba a la izquierda. Había venido al mundo desde el vientre de su madre con un ojo bizco. Era como si todas las cosas se dividiesen en dos, o como si una sola cosa se transformase en dos, porque cuando un ojo miraba lo que él quería ver, el otro siempre luchaba por liberarse.

Se puso de pie, caminó hacia el cuerpo y tiró del borde del manto para cubrir la extremidad desnuda. Tocó con la mano la piel velluda de la pierna y los músculos tensos que había debajo. Experimentó un estremecimiento. Se retiró con rapidez hacia el lugar donde había estado reposando junto a la margen del río, mientras el jefe de la Guardia de la aldea dormía profundamente a su lado. Se hizo un ovillo e intentó conciliar el sueño otra vez, pero el muslo velludo y musculoso iba y venía ante sus ojos. Uno de éstos lo miraba con pavor, mientras el otro huía bajo el párpado para ocultarse. Su mente retrocedió al tiempo en que tenía sólo diez años. Su primo Youssef era mayor y más fuerte que él. Tenía los brazos y las piernas cubiertos de vello, y los músculos de sus muslos parecían hincharse bajo la piel. Cuando los vio por primera vez se vio dominado por el terror y trató de huir, pero su primo había cerrado la puerta con llave y no tenía escapatoria. Intentó esquivarlo a uno y otro lado, pero Youssef lo asió férreamente por la nuca, lo tiró al suelo boca abajo, y le levantó con violencia la

*galabiyya* por encima de las nalgas. Sintió el poderoso y pesado cuerpo que le aprisionaba, y su nariz golpeó contra el suelo, de modo que apenas podía respirar. Después de un rato Youssef se levantó, abrió la puerta y se marchó. Él permaneció allí todo el día sin moverse, y cuando su padre le llamó desde la tienda, cerró los ojos y fingió estar dormido. Oyó los pasos de su padre que se acercaba, y su voz airada llamándole una y otra vez. Abrió la boca para responder, pero de sus labios no salió ningún sonido. Un instante después cayó sobre su espalda un pesado puño. Se levantó de un salto y siguió dócilmente a su padre hasta la tienda, en la esquina de la calle, donde unos cuantos estantes cuarteados mostraban paquetes de té, especias, tabaco, y algunas pastillas de jabón.

Su padre le enseñó a contar las piastras, a colocarlas en el cajón, que después había que cerrar con llave. También le enseñó a pesar tabaco en la balanza, poniendo un trozo en uno de los platillos y una pequeña pesa en el otro, de forma que la gruesa aguja de hierro permaneciese inmóvil en el centro, y no se desplazase a un lado. Por la noche, antes de cerrar la tienda, se sentaba en un banco a su lado y le enseñaba a poner inyecciones y a sajar los abscesos de las personas que acudían a él.

Después del *Eid* menor, su padre partió en peregrinación a la Meca, pero jamás regresó. Le dejó la tienda, y una bolsita con un par de pinzas para extraer dientes, versículos del Corán convertidos en amuletos, agujas para inyecciones, una navaja para circuncidar, y un frasco de yodo que se había secado desde hacía mucho tiempo.

Mientras yacía a orillas del río sintió que un fuerte dolor de cabeza comenzaba a palpar en su nuca. Sacó un pañuelo del bolsillo, y se lo ató con fuerza alrededor de la cabeza. Después cerró los ojos y trató de dormirse, pero precisamente en ese momento vio una forma de aspecto fantasmal que se aproximaba al cuerpo que ya-

cía a orillas del río. Dio un golpecito con el puño en el hombro al jefe de la Guardia de la aldea y le dijo en voz baja: «Jeque Zahran.»

El jefe de la Guardia de la aldea se puso en pie de un salto y gritó: «¿Quién anda ahí?»

Nadie respondió.

Miró atentamente a su alrededor a través de sus ojos estrechos y rasgados, pero no pudo ver nada. A continuación, empezó a caminar en un ancho círculo alrededor del cuerpo muerto, echando ojeadas en distintas direcciones a través de los maizales, o a lo largo de la margen del río y de sus terraplenes. Al no ver nada que le llamase la atención, volvió al sitio en que el barbero de la aldea estaba sentado con las piernas cruzadas, pero sus ojos continuaron echando ojeadas a uno y otro lado en la noche.

—¿Qué pasaba, Haj Ismail? —preguntó.

—Me atrevería a jurar que he visto a un hombre, Haj Zahran.

—¡Anda ya! Vete a dormir y deja el asunto en manos de Dios Todopoderoso.

—Pero le vi acercarse al cuerpo.

—¿A quién se le ocurriría robar a un cadáver?

—Te digo que lo he visto.

—¿Podrías reconocerlo?

—No, no lo he visto con la claridad suficiente.

—Debía ser el demonio de Elwau revoloteando sobre él.

—¿El demonio? Los únicos demonios que hay en este mundo son humanos.

Miró al jefe de la Guardia de la aldea con uno de sus ojos y con tono de fingida inocencia preguntó: «¿A Elwau le mató un demonio?»

El jefe de la Guardia contestó rápidamente: «No, fue Kafrawi.»

—Kafrawi no es capaz de matar ni siquiera una gallina, y tú lo sabes muy bien —dijo el barbero.



—Pero cuando se halla en juego el honor de un hombre, cualquiera puede matar —dijo acaloradamente el jefe de la Guardia.

—Eso puedes contárselo a los aldeanos, o al funcionario que se encargue de la investigación, pero no a mí —dijo Haj Ismail—. Veo que esta vez te propones matar dos pájaros de un solo tiro. Pero hablando en serio ¿quién es el asesino en este caso?

El jefe de la Guardia de la aldea lanzó una aguda carcajada y después, bostezando, dijo: «Sólo Alá lo sabe.»

Haj Ismail le miró de nuevo con un solo ojo. «Los conoces a todos sin excepción, y podrías nombrar a cualquiera de ellos.»

Esta vez le tocó al jeque Zahran el poner cara de inocencia. «¿A quién te estás refiriendo ahora, Haj Ismail?», preguntó.

El barbero de la aldea rió entre dientes, con tono de complicidad. «Sea quien fuere, el oficial de policía vendrá por la mañana con los perros.»

—¿Crees que los perros saben más que los seres humanos? —preguntó con ironía el jefe de la Guardia de la aldea—. Todos saben que Kafrawi mató a Elwau por causa de Nefissa. En realidad, muchas personas le vieron de rodillas junto al cuerpo de Elwau, con las manos ensangrentadas. Está involucrado de pies a cabeza en este crimen.

El barbero de la aldea rió de nuevo entre dientes. «No cabe duda de que eres hijo de un diablo, jeque Zahran.»

—Soy un siervo obediente de aquel que nos manda —bostezó con aire indiferente—. En realidad, todos nosotros somos sus siervos obedientes.

—Todos servimos a Dios.

—Lo que importa es que todos somos siervos. Por mucho que subamos, o por bajo que caigamos, lo cierto es que todos somos esclavos y servimos a alguien.

—Somos esclavos de Dios sólo en el momento de pronunciar nuestras oraciones. Pero somos esclavos del Alcalde en todo momento.

Los ojos del jeque Zahran brillaron mientras susurraba al oído del barbero del pueblo.

—¿Sabías que por la noche no duerme a causa de Zainab? He hecho todo lo posible para convencerla, pero ella continúa negándose.

—Kafrawi debe estar animándola para que se niegue. ¿Crees que él habrá empezado a sospechar? —preguntó al barbero de la aldea.

El jefe de la Guardia de la aldea se apresuró a rechazar tal posibilidad.

—No, en absoluto. Para sospechar es preciso que un hombre esté dotado de un cerebro capacitado para pensar. ¡Pero estos campesinos...! No tienen cerebro, y cuando lo tienen, es como el de un búfalo. El problema está en que, después de la marcha de Nefissa, Kafrawi no tiene a nadie que le ayude en la casa o que trabaje en el campo, salvo Zainab. Le he estado diciendo una y otra vez que el Alcalde le dará nada menos que diez libras por el trabajo de ella, que ella va a comer y beber en casa de él, y va a vivir con una comodidad que jamás habría podido soñar. Lo único que tendrá que hacer es barrer y limpiar la casa, y puede volver a su hogar al final de la jornada. Sin embargo, Kafrawi no ha querido escucharme. Tiene la cabeza más dura que una piedra.

—Su hija Zainab es tan testaruda como él. He hecho todo lo posible por convencerla, le he explicado todo con detalle, pero es como una mula—dijo Haj Ismail—. No sé cómo puede convenirle a ella el portarse así. En Kafr El Teen no hay ninguna muchacha más educada y más hermosa que ella.

El jeque Zahran bajó la voz. «Él tiene extraños gustos en lo que se refiere a las mujeres, y si una mujer le

gusta, no puede olvidarla. Tú sabes que también él es muy obstinado. Cuando pone sus ojos en una mujer tiene que poseerla, a cualquier precio.»

Haj Ismail abrió la boca con un prolongado y amplio bostezo. «¿Por qué no? Para las personas como él, que viven en lo más alto, no hay nada imposible.»

—Caminan por la tierra como si fuesen dioses.

—No, jeque Zahran, es cierto que son dioses, pero no caminan, van en coche. Es a nosotros a quienes nos toca caminar.

—¿Sólo caminar? Al parecer te olvidas de que también dormimos en el suelo.

El jefe de la Guardia de la aldea se arrebujó en su manto y cerró los ojos. Haj Ismail lanzó una última mirada rápida al cuerpo que yacía en la margen del río antes de arrebujarse a su vez en su manto. Murmuró en voz baja: «Qué vergüenza. Elwau era demasiado joven para morir.»

El jefe de la guardia le oyó y suspiró. «Nuestras vidas están en las manos de Dios, Haj Ismail.»

—Sí, no cabe duda, es cierto. Alá es el único que decide el momento en que debemos abandonar este mundo.

Y así se fueron a dormir con la firme convicción de que la vida de las personas de Kafr El Teen dependía de un dios siempre presente en sus espíritus. Habían pasado muchas veladas hablando con él frente a la barbería del pueblo, o en la terraza de su casa desde la que se dominaba el Nilo. Ellos sabían que ardía con un deseo tan grande por Zainab que sólo la muerte podía ponerle fin. Tarde o temprano iba a apoderarse de ella, porque —al igual que todos los dioses— creía que lo imposible no existía.

El ruido de sus ronquidos se elevó en la noche desde la orilla del río donde habían buscado refugio. Se desplazó en la noche silenciosa y llegó a los oídos de Mitwali

mientras éste se hallaba escondido entre los tallos de maíz. Salió del campo y avanzó directamente hacia el cuerpo. Caminaba con paso cauteloso, inclinándose sobre la pierna derecha con más fuerza que sobre la izquierda. Tenía una forma de caminar muy peculiar, perfectamente conocida por los habitantes de Kafr El Teen, muy parecida a la de un perro cojo. Una antigua afección de los huesos durante su infancia le había dejado con una pierna más corta que la otra.

Se levantó en la parte superior de la margen del río. La luz de la luna le iluminó con su brillo, poniendo de manifiesto una cabeza que parecía demasiado grande en comparación con su cuerpo. Sus ojillos quedaban enterrados en una cara hinchada, y sus gruesos labios sobresalían por debajo de una nariz estrecha. Su labio inferior colgaba por debajo de su mentón, dejando a la vista su suave curvatura interna, y la saliva le caía de manera continua sobre su larga barba.

Si los niños de la aldea le hubiesen visto en aquel momento, le habrían seguido gritando al unísono: «Allí va el tonto.» Alguno de ellos quizás le hubiese arrojado una piedra, o le hubiese tirado del borde de su *galabiyya*. No obstante, él hubiera continuado caminando, sin prestarles atención, con la saliva cayéndole desde la boca hasta el pecho, mientras avanzaba jadeando y cojeando como un perro callejero. La gente se lo hubiese encontrado por las callejuelas, contemplando las casas y los transeúntes con los ojos húmedos y una mirada obtusa y vaga, con los gruesos labios abiertos y babeando mientras caminaba. Al final de cada jornada podía vérselo cerca del cementerio, en el extremo más lejano de la margen del río, rascándose la cabeza y el cuerpo, o sosteniendo los piojos entre los dedos antes de aplastarlos con la uña.

Si hubiera pasado alguna de las mujeres de la aldea, le habría tirado media hogaza de pan, una mazorca o

una mora, en dirección a su regazo. A veces ella le tocaba y decía: «Dame tu bendición, jeque Mitwali.» Entonces él dejaba de rascarse o de aplastar sus piojos durante un momento, estiraba la mano hacia ella, asía la parte de su cuerpo que lograba tocar con los dedos —un hombro, una mano, una pierna o cualquier otra parte— y la apretaba, musitando unas cuantas palabras ininteligibles mientras el blanco flujo de su saliva serpenteaba por su negra barba.

Se decía que una mujer afectada de parálisis le había tocado y se había curado, y que el jeque Mitwali había ayudado a un ciego a recuperar la vista. Dios le había elegido, poseía conocimientos sobre las enfermedades y podía adivinar los secretos del futuro. Alá le había concedido poderes porque elegía a las criaturas más débiles para llevar a cabo sus fines. Y por eso le llamaban jeque Mitwali.

Haj Ismail, el barbero de la aldea, sin embargo, prefería denominarlo «el poseído». El jeque Zahran, el jefe de la Guardia, le decía «el piojoso», y los niños le llamaban «el tonto Mitwali». Él se consideraba a sí mismo como Mitwali, el hijo del jeque Osman, que solía recitar versículos del Corán por las almas de los fallecidos que se enterraban en el cementerio. El jeque Osman había muerto, y toda su herencia consistía en un caftán hecho jirones, un turbante, una panera vacía y un viejo Corán con las tapas medio rotas.

Ahora avanzaba cojeando mucho menos que cuando había gente a su alrededor. En sus ojos aparecía una mirada atenta que nadie le había visto antes, y de vez en cuando se daba la vuelta con cautela. Su labio inferior ya no le colgaba sobre el mentón, y la saliva había dejado de salirle por la boca. No le habría reconocido ninguno de los habitantes de la aldea que le hubiese visto en ese momento.

Caminaba hacia el cuerpo que, cubierto por un manto, yacía a orillas del río. Cuando estuvo cerca de

él, se tendió boca abajo y comenzó a arrastrarse por el suelo. Llegó hasta los pies, levantó el manto, metió la cabeza por debajo y fue adelantando lentamente el cuerpo sobre las piernas y las nalgas del cadáver.

Si en ese momento el jefe de la Guardia hubiese abierto los ojos, no habría advertido ningún cambio. El manto seguía cubriendo el cuerpo del mismo modo. Quizás se notaba un movimiento muy leve que se alzaba y bajaba como una onda casi imperceptible, pero parecía deberse más al aire que soplaba que a otra cosa. Además, ni al jefe de la Guardia, ni a ningún otro hombre o mujer de carne y hueso, y ni siquiera a alguno de los espíritus demoníacos que vagaban por muchos sitios —sobre todo por los lugares que los vivos escogían para los muertos— se le hubiese ocurrido ninguna otra posibilidad. En definitiva, lo que yacía en la margen del río no era más que un cuerpo del cual había huido por completo la vida, y ¿quién, salvo los gusanos que se metían por todas partes, podía estar interesado en los muertos?

Pero Mitwali había vivido entre los muertos muchos años, como un gusano. Todos los días se ponía en cuclillas en su sitio habitual, en un extremo de la aldea, a orillas del río, esperando hasta que el sol se hundiese en las profundidades. A continuación se levantaba, bajaba cojeando el terraplén del río, y caminaba lentamente en dirección al cementerio para buscar su lecho entre los muertos. Sin embargo, una vez llegado allí, antes de tenderse para descansar, vagaba entre las filas de tumbas, inclinándose aquí o allá para levantar un trozo de pastel o de pan que hubiese dejado algún pariente de uno de los muertos. Después de haber comido, permanecía despierto durante un rato, como si estuviese cavilando algo antes de dormir. A continuación, de manera súbita, se levantaba otra vez y caminaba en dirección a alguna de las tumbas, guiado en la oscuridad por un aroma que él conocía tan bien que podía distinguirlo

incluso de lejos, aunque estuviese rodeado de otros olores. Era el aroma de la carne recién enterrada, de la sangre caliente y de las células que todavía vivían aunque el cuerpo hubiese muerto.

Cavaba febrilmente en el suelo con sus dedos tiesos y fuertes, tan afilados y tan cortantes como los de un gato que buscase un trozo de carne enterrado en el suelo. Con sus manos habituadas a este frecuente ejercicio, arrancaba el sudario de tela blanca, lo apelotonaba con fuerza y lo enterraba en un agujero practicado en el suelo. Lo cubría de tierra y lo dejaba allí hasta que llegaba el momento de desenterrarlo a primera hora de la mañana siguiente, cuando la gente todavía dormía.

Una vez finalizada esta tarea, dirigía su atención al cuerpo todavía caliente del fallecido. Si se trataba de una mujer, se arrastraba hasta colocar su cara cerca del mentón de ella. Pero si el cuerpo pertenecía a un hombre, le daba la vuelta, y a continuación se arrastraba encima de él hasta que la parte inferior de su vientre se colocaba encima de las nalgas, por detrás.

Por la mañana Mitwali desaparecía de Kafr El Teen. Nadie se molestaba en buscarlo ni se preguntaba dónde podía estar. Sin embargo, a cierta distancia —en Ramla o en Bauhout— se sentaba sobre el pavimento de una calle concurrida, en medio del mercado semanal, para vender unos cuantos palmos de tela blanca y polvorienta, que nadie sabía que pocas horas antes había servido de mortaja a un cadáver recién enterrado en el cementerio de Kafr El Teen.

## VIII

El coche entró en la aldea precedido por un agudo toque de claxon y seguido de un torbellino de polvo, un enjambre de chiquillos y unos cuantos perros callejeros. Se bajaron unos señores, a uno de los cuales le seguía un enfermero con un bolso, y al segundo, un agente de policía con un perro que tiraba de su correa. Un grupo de hombres se encargaba de alejar al máximo las personas que rodeaban la escena, o de golpear a los niños en el trasero con sus bastones.

Toda la aldea de Kafr El Teen se había reunido en la margen del río. Los hombres vestían *galabiyyas* y todos llevaban una vara en la mano. Las mujeres se habían envuelto en velos negros. Los niños estaban rodeados de una nube de moscas, y mostraban las nalgas desnudas y las narices sucias. Allí estaban todos. Sólo faltaban tres personas. Zakeya estaba en cuclillas, como de costumbre, en la polvorienta entrada de su casa, y a su lado se encontraba Zainab. Ambas se encontraban en silencio, mirando el callejón con sus ojos airados y casi desafiantes.

Kafrawi también estaba sentado en cuclillas pero mucho más lejos, en las afueras de la aldea, tratando de ocultarse entre los tallos de maíz de un campo de cultivo. Desde su escondite podía oír voces que se acercaban cada vez más, precedidas por los gemidos, ladridos y gañidos del perro. Se dio cuenta de que seguramente habían dado con su escondrijo, de manera que salió del campo de maíz y subió gateando por la margen del río.



Unos niños le vieron y comenzaron a gritar: «¡Kafrawi, Kafrawi!», y a continuación se pusieron a correr detrás suyo. Sin embargo, él corrió con más rapidez y llegó al borde del río. Antes de que el perro que tiraba furiosamente de su trailla, con el policía corriendo detrás, tuviese tiempo de abalanzarse sobre él, Kafrawi se zambulló en el agua. No sabía por qué huía ni adónde se dirigía. Se limitaba a poner el máximo de distancia posible entre él y algo que le provocaba temor, avanzando sin rumbo fijo. No sabía lo que le había sucedido desde el momento en que se había acostado con la búfala hasta el momento en que su cuerpo chocó con el agua fría.

Oyó el chapoteo del agua y se dio cuenta de que alguien nadaba velozmente hacia él, acercándose cada vez más. Se lanzó hacia delante con toda la fuerza de sus brazos y sus piernas, esforzándose por ver la otra orilla, como si allí fuese a encontrar seguridad y protección. Había olvidado que en la otra orilla se encontraban los naranjales que eran propiedad del Alcalde de Kafr El Teen.

En la margen del río se habían reunido los habitantes de Kafr El Teen. Se veían apenas sobre el fondo, y delante de ellos había un grupo compuesto por el policía y su perro, el jefe de la Guardia, algunos guardias y unos cuantos agentes policiales del distrito. Los ojos de éstos seguían a los dos cuerpos que nadaban en el río, con la expectación propia de los asistentes a una carrera, y se preguntaban quién de los dos ganaría. A medida que se incrementaba la distancia entre los dos nadadores, los aldeanos experimentaban una secreta sensación de alegría, porque esperaban que Kafrawi lograra escapar y que el policía no lograra capturarlo. Instintivamente creían que Kafrawi no era un asesino ni un criminal. Odiaban al policía y a sus perros, odiaban a todos los policías, a todos los funcionarios, a todos los representantes de la autoridad y del gobierno. Se trataba del an-

tiguo odio soterrado de los campesinos hacia el gobierno. Sabían que, de una u otra forma, siempre habían sido las víctimas, siempre se les había explotado, aunque casi nunca hubiesen entendido qué era lo que les sucedía.

El funcionario de policía contemplaba la escena con un frío distanciamiento, mirando de vez en cuando su reloj de pulsera como si tuviese una cita importante y desease terminar su misión lo antes posible. Al perro tampoco parecía importarle demasiado lo que estaba ocurriendo. Estaba echado en la margen del río disfrutando del sol, los campos verdes y la extensión de agua, como si durante mucho tiempo se hubiese visto privado de la oportunidad de disfrutar de estas bellezas naturales. La única persona que parecía nerviosa era el jefe de la Guardia. Cada vez que disminuía la distancia entre los dos nadadores, se ponía a gritar con entusiasmo: «¡Muy bien, Bayumi!»

Su voz resonaba como un toque de clarín en los oídos de Bayumi, haciendo que moviese sus brazos y piernas con más vigor aún. No podía comprender el motivo de todo esto. Se le había encargado la tarea de capturar a este animal, y nada más. Su mente se negaba a ir más allá. Desde el momento en que la orden «Deténlo» había resonado en sus oídos, se lanzó en persecución del hombre como un proyectil disparado por una pistola.

El cuerpo desnudo de Kafrawi salió del agua y saltó a la costa, abriéndose paso entre los árboles del huerto. Bayumi le siguió muy de cerca, y también iba desnudo, salvo por la holgada camiseta que era su única ropa. Era alto, tenía músculos fuertes, y también su cara tenía un aspecto duro y enjuto, con rasgos afilados y tan rígidos como el cartón. Era la cara de un policía que no expresaba alegría, tristeza, temor ni esperanza, una cara sin sentimientos, con una expresión carente de expresión, que no decía nada en absoluto. Una cara sin rasgos como

la palma de una mano en la cual no se pueden vislumbrar sentimientos ni pensamientos, porque han sido eliminados durante tanto tiempo que no ha quedado nada, o una cara de bronce o de cobre, como la aldaba que cuelga en las puertas, y que se utiliza para avisar a la gente de la casa que afuera hay alguien que desea entrar, precisamente cuando los que allí viven se encuentran más cómodos y abrigados. Su cuerpo también era duro y cobrizo, con brazos y piernas que corrían, nadaban o caminaban con movimientos ágiles, ondulantes e infatigables, tan constantes y tan resistentes que apenas parecían humanos, apenas parecían propios de un cuerpo de carne, huesos y sangre, sino de un robot con miembros y articulaciones de metal.

Kafrawi le vio mientras se ocultaba detrás de un árbol. Su cuerpo se estremeció con un miedo extraño, como si hubiese visto algo que no fuese ni hombre ni demonio, ni vivo ni muerto, un mal espíritu que no fuese humano a pesar de su forma humana.

Sintió que este miedo le cubría como una ola de agua helada. Ya no pudo seguir a su cuerpo, comprender qué estaba haciendo, ni saber si se ocultaba detrás de los naranjos o si se escurría entre ellos. Porque la sombra terrorífica seguía sus pasos, moviéndose como una máquina, ni rápida ni lenta, como las manecillas de un reloj que avanzasen con presteza hacia la hora de la ejecución, y cuando los dedos de acero se cerraron en torno a su brazo sintió que se le había acabado el tiempo y susurró en voz baja: «En verdad confieso que no hay otro Dios que Alá.» A continuación, todo se volvió negro y ya no pudo oír ni ver nada. La oscuridad se hizo tan profunda que parecía como si su vida hubiese llegado a un súbito final, y ahora fuese el momento previsto para marcharse.

Cuando volvió en sí, y comenzó a oír y ver de nuevo, sus ojos miraron en torno suyo con gran estupefac-

ción. Se hallaba en cuclillas en una habitación enorme repleta de gente, que se dedicaban a contemplarle. Frente a él había tres hombres sentados detrás de algo elevado, que parecía una mesa.

Uno de los tres hombres hacía gestos airados con la mano, y le miraba fijamente con aire amenazador. Kafrawi dirigió de nuevo la mirada a su alrededor, tratando de comprender lo que sucedía. De pronto sintió que un dedo afilado como un clavo le golpeaba en el hombro, y una voz chillona y aguda le perforó el oído: «¿No has oído? ¿Por qué no contestas?»

Kafrawi abrió la boca y preguntó: «¿Alguien me está hablando?»

La voz aguda y chillona perforó el aire otra vez. «Sí, ¿acaso estás dormido? Despierta, y responde a las preguntas de Su Excelencia.»

Kafrawi no pudo caer en la cuenta de quién sería Su Excelencia, ni comprender dónde se encontraba ahora. Sin duda ya no estaba en Kafr El Teen. Podía estar en otra aldea, o incluso en otro mundo. Se preguntó cómo le habían llevado a este lugar, y cómo había llegado hasta aquí.

De pronto oyó una voz que le decía con enfado: «¿Cómo te llamas?»

—Kafrawi —contestó.

La voz enfadada volvió a oírse. «¿Qué edad tienes?»

Kafrawi vaciló un instante antes de decir: «Cuarenta o cincuenta años.»

Oyó que la gente reía y no pudo comprender por qué.

La voz enfadada continuó hablando. «Se te acusa de haber asesinado a Elwau y es mejor que reconozcas tu crimen, en lugar de andarte con rodeos.»

—¿Reconocer qué? —preguntó.

—Reconocer que has matado a Elwau.

—Yo no le he matado. Elwau era un hombre bueno.

La voz dijo: «¿No has oído que él fue el hombre que violó a tu hija Nefissa?»

—Oí que ellos decían que había sido Elwau.

—Después de oírlo ¿no pensaste en matarle?

—No.

La voz preguntó: «¿Por qué?»

—No lo pensé.

—¿Acaso eso es normal en un hombre cuyo honor ha sido mancillado?

—No lo sé —respondió Kafrawi.

La voz pareció llena de ira. «¿Es eso natural?»

—¿Qué significa natural?

Oyó otra vez las carcajadas. Miró sorprendido a su alrededor. No pudo entender por qué la gente seguía riéndose. Se le ocurrió que quizás estaban riéndose de algo que no tenía nada que ver con él.

La voz reanudó su interrogatorio. «Ese viernes ¿por qué permaneciste en el campo en lugar de ir a la mezquita a rezar, como todos los hombres de la aldea?»

—Dejé de ir a rezar desde que Nefissa se fue.

—¿Por qué?

—Nefissa solía cuidar de la búfala mientras yo iba a rezar.

—¿No sabías que, a diferencia de los demás hombres de la aldea, Elwau no iba a la mezquita los viernes?

—Sí.

—¿Lo sabías o no lo sabías?

—Lo sabía. Todos sabían que Elwau no iba a la mezquita.

—¿Por qué?

—No sé por qué. La gente decía que el abuelo de su madre era copto, pero Alá es el único que conoce el motivo.

La voz continuó con tono insinuante: «¿Elwau te caía mal?»

—No.

—¿No estabas convencido de que un hombre como él debía cumplir los rituales religiosos que Alá ha impuesto?

Kafrawi dijo: «Elwau era un hombre bueno.»

—¿Acaso no sabes que la plegaria constituye una protección contra el pecado?

—Sí, esto es lo que solía decirnos el jeque Hamzawi.

—Así que Elwau violó a tu hija y cometió un pecado nefando.

—Eso es lo que se decía.

—Y después de que ocurriese todo eso ¿continúas afirmando que no pensaste en matarle?

—No, no lo pensé.

—¿Por qué no pensaste en matarle?

—Elwau era un hombre bueno —repitió Kafrawi.

La voz volvió a insistir. «¿Acaso no te preocupa tu honor? ¿No te preocupa tu honor y el de tu familia?»

Kafrawi se mantuvo en silencio un instante y después replicó: «Sí, me preocupa.»

Con un tono triunfal apenas disimulado, la voz afirmó: «Por eso mataste a Elwau.»

—Pero si yo no le maté...

De nuevo la voz pareció enfadarse mucho. «¿Entonces por qué te encontraron al lado del cuerpo?»

Kafrawi permaneció silencioso, tratando de recordar, pero su memoria flaqueaba. No dijo nada.

La voz continuó hablando con tono airado. «¿Por qué te pusiste a correr y trataste de huir?»

—Tenía miedo del perro.

—¿Sabes por qué el perro te señaló entre todos los hombres de la aldea?

—No. El perro lo sabrá.

Oyó risas en la habitación y miró a su alrededor muy sorprendido. ¿Por qué se reiría la gente de nuevo?

Ahora la voz estaba furiosa. «No intentes engañarme. Es mejor que confieses. ¿Sabes lo que te espera?»

—No —dijo.

Las carcajadas resonaron otra vez en sus oídos. Sus ojos expresaron una desconcertada estupefacción. Un instante después los dedos de acero se cerraron alrededor de su brazo mientras le llevaban por un pasillo largo y oscuro. Cerró los ojos y murmuró: «Confieso que no hay otro Dios que Alá.»

## IX

Zakeya continuaba sentada en el polvoriento umbral con Zainab a su lado. Ambas estaban sumidas en el silencio, y sus ojos continuaban observando el callejón con expresión de airado desafío. Frente a ellas continuaba levantándose la enorme puerta con barrotes de hierro. Parecía estar allí bloqueando el camino, cerrando la margen del río y el agua que fluía a su lado. De vez en cuando salía el Alcalde, alto, de anchas espaldas, rodeado de hombres por todas partes. Caminaba delante de ellos con su paso lento y determinado. En sus ojos se vislumbraba la mirada altanera y azul que alzaba hacia el cielo. Nunca inclinaba la cabeza para mirar al suelo sobre el que caminaba, ni advertía a Zakeya y a Zainab sentadas en el polvoriento umbral de su casa, reflexionando sobre algo en silencio, con la mirada fija hacia adelante.

Las manos de Zakeya descansaban en su regazo, sobre su *galabiyya* ancha y negra. Eran grandes, y tenían la piel áspera y agrietada. En su palma se notaba la profunda huella del azadón que ella sujetaba con firmeza cuando cavaba en el suelo. Tenía las uñas negras, y olían a estiércol y a barro. De vez en cuando las levantaba de su regazo para sostenerse la cabeza, para secarse el pegajoso sudor o para espantar un mosquito o una mosca. Zainab estaba sentada a su lado, separando el trigo de la paja, o amasando la boñiga con la paja, y formando bloques redondos como hogazas de pan. A veces se po-



nía de pie, levantaba el cántaro de arcilla hasta su cabeza y caminaba hasta la margen del río. Su cuerpo era alto y esbelto, y sus ojos grandes y oscuros miraban hacia adelante. No miraba a quienes pasaban a su lado, ni a las casas que había en el camino, ni a las tiendas ni a los establos. Tampoco sonreía a nadie, ni saludaba a una amiga como hacían las demás muchachas o mujeres. Cuando pasaba frente a la tienda de Haj Ismail, apresuraba el paso. Casi podía sentir los ojos azules que le quemaban en la espalda. La contemplaban fijamente, de manera inflexible, atravesándole cruelmente el vestido, hurgando en la belleza de sus piernas, en las curvas de su carne, en la rotundidad de sus muslos y su vientre, en su piel suave como un pétalo y en la cintura estrecha y esbelta por encima de sus caderas, en su espalda que se alzaba como un poderoso tallo.

Ella levantaba su velo para ocultar su cara y cubrir su pecho. Pero los ojos agudos e inflexibles que no conocían el descanso, la paz o la ternura, perforaban su túnica mientras trepaba por la orilla del río, o mientras bajaba la pendiente que conducía a él, se deslizaban por su espalda, y envolvían su cuerpo desnudo hasta llegar a los senos puntiagudos que subían y bajaban a cada paso que daba, junto con el latido de su corazón y el ritmo de su respiración. Avanzaba con celeridad, fija la mirada hacia adelante, las mejillas arreboladas por la salud, los labios prominentes y temblorosos, y su ágil figura atravesando los espacios abiertos como si flotase en el aire.

Al llegar a casa, asía el cántaro de agua que llevaba en la cabeza y lo colocaba en el suelo, y después se sentaba, todavía sin aliento, al lado de su tía Zakeya. Su corazón continuaba latiendo con rapidez por debajo de sus costillas, su pecho subía y bajaba, y de su frente brotaban gotas de sudor, que aún no se habían secado y que tampoco se habían deslizado sobre su cara hasta desaparecer por su cuello.

Zakeya la contempló en silencio durante un rato. Después, se abrieron sus labios resecos y con un susurro tenso y apenas audible le preguntó: «¿Qué te ocurre, hija mía?»

Zainab, empero, no contestó, de modo que Zakeya se sumió nuevamente en el silencio durante mucho rato, antes de que sus labios se abriesen de nuevo con su reiterado lamento.

«Me pregunto dónde estarás, Galal, hijo mío. Me pregunto si estarás vivo o muerto. Oh Dios mío, si supiese que está muerto mi espíritu podría reposar. Y ahora también se han llevado a Kafrawi. Quién sabe si volverá algún día. Oh Dios mío ¿no alcanzaba con Galal y Nefissa? ¿También tenías que llevarte a Kafrawi? Ya no nos queda nadie, y la casa está vacía. Zainab todavía es joven y yo soy vieja. ¿Quién va a ocuparse de la búfala y de los cultivos?»

Zainab se secó el sudor con el velo y a continuación dijo: «Ahora he crecido, y me ocuparé de la búfala y de los cultivos, y de la casa y de todo lo demás hasta que vuelva mi padre. Él volverá, y también Galal, y Nefissa.»

—Los que se marchan nunca vuelven, hija mía.

—Dios sabe en qué difícil trance nos encontramos, y no nos abandonará.

Zakeya murmuró en voz baja, como hablando consigo misma: «Nadie va a volver. Los que se marchan nunca vuelven. Kafrawi tampoco. No volverá.»

—Mi padre volverá. Ya verás. Volverá —dijo Zainab con vehemencia—. Él les dirá que no ha matado a nadie, y ellos le creerán. Todos saben que mi padre es un hombre bueno, y que nunca mataría a nadie.

La anciana mujer suspiró: «La gente de aquí le conoce. Pero allí nadie sabe quién es. Si Galal estuviese aquí, le habría acompañado. Galal conoce a la gente de allí, y podría haberle ayudado. Pero Galal no está aquí. Él solía echarle una mano a todos, incluso a los extra-

ños, de manera que te imaginas lo que habría hecho por su tío Kafrawi.»

—Que Alá venga en su ayuda.

—Hija mía, no es suficiente con Alá únicamente.

Zainab abrió de par en par sus grandes ojos negros y la miró con asombro. «Que Dios Todopoderoso tenga misericordia de nosotros. Dios es grande y ayuda a todos. Tía ¿por qué no te levantas, haces tus abluciones y rezas a Dios para que nos ayude?»

Zakeya levantó sus manos en un gesto de rechazo. «He rezado y he rogado sin cesar a Dios que nos ayude. Y sin embargo, cada día aumenta nuestra miseria, y nos aflige un nuevo sufrimiento.»

No tenía una voz airada. Era distante, serena, y tan fría como el hielo. Los ojos de Zainab se abrieron aún más debido a la sorpresa. La mujer miraba al cielo con una expresión extraña en sus ojos. Zainab se vio dominada por un oscuro estremecimiento que le hizo sentir un escalofrío. Sus manos temblaban cuando se apoderó de la mano de Zakeya y la sostuvo entre las suyas.

—¿Qué te pasa, tía? —preguntó con ansiedad—. Tienes la mano fría como el hielo.

Zakeya no respondió. Continuó mirando al espacio con los ojos negros muy abiertos. La mano de Zainab seguía temblando cuando la tocó en un hombro e hizo presión en él.

—¿Qué te pasa, tía? Por favor, dime qué te pasa —imploró.

Sin embargo, Zakeya continuó mirando hacia adelante en silencio, como una estatua. La muchacha se vio dominada por el terror. Golpeó con las manos la cara de la mujer llena de zozobra y gritó: «¡Tía Zakeya! Oh, Dios mío, le ha ocurrido algo a mi tía Zakeya.»

Casi de inmediato el patio de la casa se llenó de oscuras formas humanas. Se apiñaron en la polvorienta entrada de la casa, y llenaron el patio y el callejón de

fuera, colocándose entre Zakeya y la gigantesca puerta de hierro donde ella tenía fijos los ojos. Ella, empero, podía seguir viendo cómo se movían los grandes barrotes de hierro en dirección a ella, mientras estaba tendida de bruces en el suelo. Se acercaron cada vez más, como si fuesen largas patas de hierro que fuesen a aplastarla en cualquier momento. Lamió el polvo con la lengua, y de su boca salió una humedad pegajosa, mientras su nariz y sus ojos se hundían en el suelo. Gritó lo más fuerte que pudo para asegurarse de que su madre la oyese, y la arrancase con rapidez de debajo de las largas patas del búfalo que parecía estar a punto de pisarla de un momento a otro. Y su madre llegó precisamente en el momento justo para salvarla de que la aplastasen. Era un sueño extraño que la había acosado muchas veces mientras dormía. Otras noches soñaba que estaba de pie en una colina. De pronto su cuerpo caía desde lo alto dentro del río y comenzaba a hundirse. Pero nadaba con todas sus fuerzas, aunque no sabía cómo, y lograba llegar a la orilla del río. Estaba a punto de salir del agua, poniéndose a salvo en tierra firme, cuando de pronto se encontraba frente a una enorme puerta de hierro. Yacía sobre una estera, con su marido Abdel Moneim de un lado y su hijo Galal del otro. Abría los ojos al oír la respiración de ellos. Desde atrás de los barrotes de hierro de una ventana podía ver a un hombre que empujaba una carretilla llena de pies, cabezas y entrañas de terneros.

La sangre chorreaba desde la carretilla hasta el suelo. Los ojos del extraño estaban fijos en ella mientras él se iba acercando. Estiró su largo brazo y trató de arrancarle la ajorca que llevaba alrededor de la pierna. Cuando él estuvo lo bastante cerca, pudo ver que tenía los ojos de Om Saber, quien ahora se inclinaba sobre ella y trataba de separarle los muslos. Después, ella sacaba de algún sitio una cuchilla de afeitar y se cortaba el cuello.

Trataba de gritar pero la voz no podía salir de su garganta. Entonces trataba de correr, pero los pies se le clavaban en el suelo. Cuando giraba la cabeza, podía ver a su hijo Galal durmiendo a su lado. Trataba de rodearlo con su brazo pero parecía como si él se apartase fuera de su alcance, y súbitamente una mano la asía por el otro lado. Ella se giraba y veía que su marido estaba profundamente dormido, pero de pronto se despertaba y comenzaba a golpearla en la cabeza y en el pecho. A continuación, le daba puntapiés en el vientre, que estaba gestando un hijo. Ella trataba de gritar otra vez, pero no le salía la voz, y al mirar a su marido veía que estaba muy cerca y se dedicaba a desgarrar su *galabiyya* por delante hasta que su cuerpo quedaba al descubierto. Podía sentir los dedos de él alrededor de su pecho, podía sentirlos bajando hasta su vientre y entre sus muslos. El pesado cuerpo de él la aplastaba con toda su fuerza, apretando cada vez más su carne, y el suelo comenzaba a temblar debajo de ella. Cuando abría de nuevo los ojos había desaparecido la cara de su marido Abdel Moneim y, en su lugar, frente a ella se encontraba la cara de su hermano Kafrawi. Ella gritaba lo más fuerte que podía, pero nadie parecía oír su voz. Kafrawi ocultaba su cara en la estera y lloraba amargamente. Ella estiraba la mano hacia él y le levantaba la cabeza, pero cuando le miraba la cara, era la cara de su hijo Galal. Le secaba las lágrimas de sus ojos con la palma de la mano, y después lavaba la nariz y la boca del muchacho con agua del cántaro que estaba colocado en el soporte de hierro, en una esquina de la habitación. Alrededor de él se formaba un charco de agua y de excrementos líquidos, pero después de unos instantes el terreno comenzaba a secarse, y la sequedad se acercaba sigilosamente al cuerpo de su hijo. Éste se encogía rápidamente ante sus ojos, y se volvía del tamaño de un pequeño conejo. Ella cavaba un agujero y lo enterraba en el suelo. En aquel

preciso momento su marido volvía del campo, y como no podía encontrar a su hijo por ninguna parte comenzaba a pegarle de nuevo a ella. Porque las cosas sucedían así. Cada vez que moría un hijo de ella, él le pegaba salvajemente, y la golpeaba con todo lo que tuviese al alcance de sus manos. Y lo mismo ocurría cuando ella daba a luz una hija. Había tenido diez hijos y seis hijas, pero el único hijo que había logrado crecer era Galal. Todos los demás habían muerto a diferentes edades, porque la vida era así. Uno nunca sabía cuándo moriría un hijo.

Ella miró a su alrededor el círculo de ojos que la contemplaban, y dijo en voz baja: «Galal es el único que ha crecido con vida. Pero ahora se ha ido y no regresará. Kafrawi también se ha marchado, lo mismo que Nefissa. La casa está vacía, y Zainab es joven. Yo soy demasiado vieja para ser de alguna utilidad. Nadie va a ocuparse de la búfala, ni va a atender los sembrados.»

Oyó un coro de voces que decía a un tiempo: «Dios es grande, Zakeya. Ruégale que les haga regresar sanos y salvos a ti» y sin mirarles, replicó: «He rezado muchas veces a Dios, le he llamado, le he implorado que tuviese misericordia de nosotros, pero Él jamás ha parecido oírme ni responder.»

Y las voces gritaron como si fuesen una única voz: «¡Ten misericordia de ella por lo que acaba de decir, oh Dios mío! Ten misericordia de nosotros. Sólo Tú eres el todopoderoso. Sin Ti nos encontramos desamparados, y sin fuerza alguna.»

Zakeya continuaba en cuclillas en el suelo, en el mismo lugar. Cerraba los ojos, los abría de nuevo, y después volvía a cerrarlos. Si cerraba los ojos podía ver la enorme puerta, o la ventana con sus barrotes de hierro, y el hombre que detrás de la ventana iba empujando una carretilla llena de pies y cabezas y entrañas de ternero, chorreando sangre. Él trataba de tirar de ella por un pie, y después por una pierna, y matarla con un gran cuchillo. Abría los ojos aterrorizada, y miraba las caras reunidas a su alrededor. Las únicas caras que podía reconocer eran las de su sobrina Zainab y la de Om Saber, mientras estaba sentada con las piernas cruzadas sobre el suelo, frente a una olla de estaño sobre un hornillo de queroseno. Nubecillas de vapor con olor a incienso se elevaban por el aire, mezclándose con la algarabía de voces y de palabras que ella no lograba entender. Podía ver los gestos y los movimientos de los hombres y mujeres reunidos en torno suyo, pero no se daba cuenta de lo que estaban haciendo allí. Un grupo de mujeres formaba un círculo alrededor de la olla en ebullición, como si danzasen. Sus pechos y sus nalgas subían y bajaban siguiendo el potente toque de un tambor, y las largas trenzas de sus cabelleras sueltas se enroscaban una y otra vez. Sus bocas se abrían de par en par mientras repetían el lento cántico: «¡Oh tú, jeque a quien obedecen los espíritus, haz que aquel que lleva en su interior el espíritu perverso se libere de inmediato de

él!» Un grupo de hombres se sacudían y se estremecían al son de los tambores. Llevaban blancos turbantes con una larga cola que les colgaba por la espalda.

Om Saber iba y venía entre la muchedumbre de hombres y mujeres, con el cuerpo cubierto por una larga *melaya*. Su cuerpo era bajo y enjuto, con los pechos planos, pero sus nalgas eran grandes y se sacudían violentamente mientras giraba entre el tropel de danzarinnes. Por delante parecía un hombre, pero vista desde atrás parecía una mujer. Sus movimientos rápidos y enérgicos daban una sensación de juventud, pero su cara estaba arrugada y envejecida. Cuando bailaba con los hombres movía el cuerpo y les daba palmadas en las caderas exactamente igual a como hacía con las mujeres. Bailaba y reía, e inmediatamente después se golpeaba la cara con las manos y chillaba angustiosamente. Cuando contaba historias obscenas lo hacía como si estuviese recitando versículos del Corán, o conjuros. Nadie criticaba lo que hacía. Para los habitantes de Kafr El Teen era Om Saber, la *daya*, ni hombre ni mujer, sino un ser asexuado sin familia, parientes o hijos. Vivía en una oscura cabaña de barro junto a la cabaña de Nafoussa. Su hogar estaba situado detrás de un trozo de terreno sin edificar, cerca de la mezquita. Nadie sabía cuándo había llegado a la aldea, de dónde venía o cuándo había nacido. La gente ni siquiera se imaginaba la posibilidad de que ella pudiese morir, porque siempre la habían visto en movimiento desde la mañana hasta la noche, yendo de casa en casa, ayudando a las mujeres en sus partos, circuncidando a las niñas o perforando sus orejas, esparciendo sal en las casas la semana después del nacimiento de un hijo, consolando a las viudas el cuatragésimo día después de la muerte de su esposo, participando en todas las ocasiones de festejo o de duelo. En las bodas dirigía los *yoo yooos*, pintaba los pies de las muchachas y de las mujeres con alheña roja, y en la



noche de bodas rasgaba el himen de la novia virgen con su dedo, u ocultaba el hecho de que ya había sido desgarrado, tirando sangre de un conejo o una gallina sobre el lienzo blanco sobre el cual se suponía que debía derramarse la sangre de la virgen. Mas cuando llegaba el momento del duelo su sufrimiento no conocía límites. Se abofeteaba repetidamente la cara con ambas manos, gritaba con desesperación, entonaba una elegía llena de tristeza por los fallecidos, y lavaba el cuerpo si se trataba de una mujer. Siempre estaba ocupada solucionando los problemas de las muchachas y las mujeres, practicando abortos con un tallo de *mulujiyya*, si era preciso estrangulaba al bebé recién nacido, o hacía que muriese, dejando de atar el cordón umbilical con un hilo de seda para que se desangrase hasta la muerte.

Todos los habitantes de Kafr El Teen la conocían bien. Formaba parte de cada hogar, y ninguno de éstos podría sobrevivir sin ella. Unía las parejas en legítimo matrimonio, concertaba bodas, encontraba maridos adecuados para las muchachas, y posibles novias para los hombres, protegía el buen nombre de las familias y la castidad de las jóvenes, y ayudaba a ocultar todo lo que pudiese mancillar su honor, provocar un escándalo, causar una catástrofe o ser considerado como signo de deslealtad entre maridos y esposas. Trataba a los enfermos con remedios tradicionales, participaba en los ritos del *zar*, danzaba y cantaba, sacrificaba animales y esparcía su sangre, quemaba incienso y descubría los escondrijos donde la gente había ocultado cosas. Y cuando no estaba dedicándose a ninguna de estas actividades, llevaba una enorme cesta en la cabeza y recorría las casas vendiendo pañuelos, incienso, goma de mascar y rapé, o diciendo la buenaventura, y leyendo el futuro en las tazas de la gente.

El sudor corría por la cara de Zakeya mientras yacía postrada en el suelo, o cuando se ponía en cuclillas o se

levantaba. Pasaba de una a otra posición sumida en una especie de estupor, y no podía decir en qué posición se encontraba en un momento determinado. En torno suyo los cuerpos se estremecían, se agitaban y se balanceaban, cayendo al suelo y levantándose de nuevo. El sudor brotaba de todos los poros de su piel. Ella podía adivinar quiénes eran mujeres por la forma en que se agitaban sus pechos y sus nalgas, y quiénes eran hombres, por el movimiento de los oscuros bigotes y las largas barbas que rodeaban sus caras.

El sudor continuaba brotando del cuerpo de ella en una corriente interminable. Mantenía la mano levantada para secarse las cejas y la cara, pero cada vez que su mano se apartaba se veía en ésta una mancha roja. Om Saber llenaba una y otra vez sus manos ahuecadas con sangre de un gallo que había sacrificado personalmente, y la esparcía sobre la cara y el cuerpo de Zakeya. Uno de los hombres mojó la mano en la sangre y se puso a dar vueltas rociándola con el líquido. Ella sintió cómo la mano se deslizaba por el cuello de su *galabiyya*, y cubría sus pechos con sangre húmeda y pegajosa. Después, muchas manos se juntaron sobre su cuerpo, tocando, pellizcando o apretando partes de él, y rociándola con más sangre hasta quedar completamente empapada. De pronto una pesada mano se movió entre sus piernas y cubrió de sangre su entrepierna. Ella no supo si se trataba de la mano de un hombre o de una mujer, pero la pellizcaba con rudeza. Ella se golpeó la cara con las manos y lanzó una serie de chillidos como si hubiera perdido el control de sí misma. Pudo oír que a su alrededor la gente estaba cantando enfebrecida: «Oh tú, jeque a quien obedecen los espíritus, haz que aquel que lleva en su interior el espíritu perverso se libere de inmediato de él.» En sus oídos se mezclaban los alaridos y los lamentos con el retumbar de los tambores y el golpeteo de los pies en el suelo. Todo aquello parecía fusionarse

en una sola sensación: sudor y sangre, hombre y mujer, rasgos de una cara y rasgos de otra, de manera que ya no pudiese distinguirse nada. Ella ya no podía separar los rasgos de Om Saber de los del jeque Mitwali, ni diferenciar entre Zainab y Nafoussa, la bailarina. El cuerpo de Zainab parecía más alto, sus curvas eran más pronunciadas, y se balanceaba y daba vueltas como la bailarina Nafoussa. Tenía el cabello suelto, y sus mechones se agitaban libremente en el aire, del mismo modo que la cabellera de Nafoussa había enloquecido alrededor de su cabeza. Parecía más largo que nunca, y saltaba en todas direcciones. Se lo echaba hacia adelante con una súbita inclinación de cabeza, y entonces le cubría los pechos puntiagudos. Después lo lanzaba hacia atrás con un giro de la cabeza, y hacía que su extremo inferior rozase las curvas de sus caderas en movimiento. Su *galabiyya* se había desgarrado desde el suelo hasta la cintura, y cuando ella golpeaba el suelo con los pies se le abría, descubriendo la suave piel de sus muslos y sus piernas. Cada vez que daba un golpe con los pies, el tejido cedía y se desgarraba cada vez más hacia arriba. A través de la abertura podían verse ahora sus pechos, el perfil de su vientre y el frenesí de su carne al danzar. Los cuerpos que la rodeaban se balanceaban y tambaleaban y caían, pero volvían a ponerse en pie. Los hombres y las mujeres se unieron en un único círculo que daba vueltas y más vueltas. En medio del círculo bailaban Nafoussa y el jeque Mitwali. Cada vez que él movía la mano, la rodilla o el pie, tocaba los muslos, el vientre o los pechos de ella. Ésta asía su larga cabellera, tiraba de ella con toda su fuerza y gritaba con la máxima exasperación: «Oh tú, jeque a quien obedecen los espíritus, haz que aquel que lleva en su interior el espíritu perverso se libere de inmediato de él.» El jeque Mitwali y todos los demás se unían al mismo cántico, gritando lo más fuerte que podían.

A Zakeya le pareció como si su cuerpo ahora estuviese moviéndose por su cuenta, u obedeciese a una voluntad propia. Vio como sus pies caminaban hacia el círculo de personas que bailaban. Su cuerpo se abrió camino entre los demás cuerpos, y empezó a moverse junto con ellos, sacudiéndose y tambaleándose del mismo modo. Se desató la cinta de lana con la que se ceñía el cabello, y éste flotó sobre su cara como una especie de nube negra. Sintió que una mano le tocaba un pecho, y los fuertes dedos se hundieron en la carne causándole un dolor más penetrante que la mordedura de una serpiente. Abrió la boca y empezó a chillar y a gemir con un lamento continuado y agudo, como si estuviese quejándose del sufrimiento de toda una vida, reprimido en su cuerpo desde el primer momento de su existencia, cuando su padre golpeó a su madre en la cabeza porque no había dado a luz el hijo varón que él esperaba. Era un lamento que se remontaba hasta muy atrás, mucho más atrás, hasta cada momento de dolor en su vida. Hasta las veces en que corría detrás del asno y la tierra ardiente le quemaba las plantas de los pies. Hasta la época en que aprendió a tragar los encurtidos salados y los pimientos verdes que los campesinos comían con pan, y sintió algo parecido a un fuego lento que le quemaba las paredes del vientre. Hasta el momento en que Om Saber le abrió los muslos y con su navaja le cortó un trozo de carne. Hasta el tiempo en que le crecieron los dos pechos que los hombres le pellizcaban cuando no había nadie cerca que lo evitase. Hasta la época en que su esposo Abdel Moneim le pegaba con su bastón, y luego se le subía encima y le aplastaba el tronco con todo su peso. Hasta los momentos en que ella había dado a luz hijos para él, y se desangraba, y luego los enterraba uno tras otro, junto con los muertos. Hasta el tiempo en que Galal vistió el uniforme del ejército y nunca regresó, y el tiempo en que Nefissa huyó, y el

coro de niños formaba un corro mientras cantaban «Nefissa y Elwau». Hasta el momento en que el coche llegó a la aldea con los señores de la ciudad y el perro, se apoderaron de Kafrawi y se marcharon.

Su lamento retrocedía una y otra vez hasta aquellos tiempos, y hacia otros que ella no podía olvidar, como un gemido interminable que no ve el final de todo el dolor de la vida. Parecía tan prolongado como su vida, tan largo como las largas horas de sus días y sus noches. Continuaba mientras ella se estiraba el cabello con todas sus fuerzas, se rasgaba la ropa a jirones, y hundía las uñas en la carne de su cuerpo como si quisiese desgarrarla. Seguía oyéndose mientras Om Saber continuaba llenando sus manos ahuecadas con la sangre del gallo degollado, esparciéndola sobre su cara y su cuello, sobre su cuerpo, por delante y por detrás.

—¡Grita, Zakeya! —exclamó— ¡Expulsa el mal espíritu de tu cuerpo! ¡Grita tan fuerte y durante tanto tiempo como puedas!

Ahora todos gritaban lo más fuerte que podían. Zakeya y Om Saber, Nafoussa y Zainab, el jeque Mitwali y todos los hombres y mujeres de Kafr El Teen que se habían reunido en torno suyo. Sus voces se unían en un lamento agudo, tan largo como sus vidas, remontándose hasta aquellos momentos en el tiempo en que ellos habían nacido, y habían sido golpeados y mordidos, se les habían abrasado la planta de los pies y las paredes del estómago, desde el momento en que la amargura fluía junto con su bilis, y la muerte les arrancaba a sus hijos y sus hijas, uno tras otro, en fila.

Sin embargo, el demonio se negaba a abandonar el cuerpo de Zakeya. Continuaba habitando en su interior, montando en su espalda y saltando sobre su tronco. Ella comenzó a dar boqueadas, sin aliento, cuando se sentó y le vio acurrucado contra su pecho y mirándola con los ojos de Galal. Se sacó el pecho por encima del cuello de su *galabiyya* y trató de colocar el pezón oscuro entre los labios de él. Pero apenas intentó hacerlo, la cara se trocó en la de su marido Abdel Moneim. Ella apartó la cara con la mano, pero cuando vio su mirada de reproche, sus rasgos ya no eran los mismos que un instante atrás. Ahora eran los ojos de Kafrawi que la miraban fijamente y llenaban su corazón de un pánico insoportable. Unos instantes después él se ocultó detrás de una puerta, o de una ventana con barrotes de hierro, y regresó empujando una carretilla donde se habían apilado pies y cabezas de terneros chorreando sangre. Pudo sentir cómo se encogía su cuerpo dentro de su *galabiyya*, escupió<sup>1</sup> rápidamente en el cuello de ésta y después llamó a su sobrina Zainab. Sus ojos continuaban mirando atemorizados a uno y otro lado. Cuando llegó la muchacha, le dijo: «Zainab, hija mía, no me dejes sola. Estoy asustada. Los demonios me están mirando desde detrás de los barrotes de la ventana.»

1. Gesto habitual entre las mujeres pobres, que supuestamente expulsa a los demonios.

Zainab miró a su alrededor pero no pudo ver nada, de modo que le dijo a su tía: «La ventana no tiene barrotes de hierro.»

Zakeya apuntó con sus dedos temblorosos hacia la enorme puerta de hierro y dijo: «Es una ventana.»

Los ojos de Zainab siguieron la dirección que marcaban sus dedos mientras señalaban la gigantesca puerta de hierro de la casa del Alcalde, y le dio unas palmaditas en el hombro. «Es la puerta de la casa del Alcalde. No tengas miedo. Trata de dormir un poco. Llevaré la búfala al campo y volveré antes de que se ponga el sol.»

Zakeya asió la *galabiyya* de Zainab. «No, Zainab, no me dejes sola.»

«¿Pero quién irá al campo? ¿Y quién nos dará de comer si me quedo aquí a tu lado?»

Zakeya respondió: «Galal se ha llevado la búfala y se ha ido al campo. Quédate aquí conmigo. No me dejes sola.»

Zainab secó sus lágrimas con rapidez, y dijo: «Galal no ha ido al campo. Tengo que ir a recoger la cosecha para que podamos pagar lo que debemos al gobierno, o nos quitarán la tierra, y tendremos que mendigar en las puertas de la gente.»

En ese momento llegó hasta ellas la voz de un hombre a través del umbral de su casa. «Es inconcebible que dejemos que Zakeya y Zainab se vean obligadas a mendigar en las puertas de la gente. Mientras nosotros vivamos aquí en Kafr El Teen tal cosa jamás ocurrirá.»

Zainab se giró y descubrió a Haj Ismail de pie en la entrada, frente a ella. Uno de sus ojos la miraba, mientras el otro vagaba sin dirección fija.

Ella replicó: «Haj Ismail, tengo que ir al campo, y como puedes ver, mi tía Zakeya está enferma. Ya no come, ni bebe, y ni siquiera duerme. Siempre está viendo cosas y oyendo voces, y eso la asusta mucho.»

—Zakeya está poseída por un demonio —dijo Haj Ismail— y no la dejaré a no ser que escuche mi consejo, y haga lo que yo le diga.

—Estoy dispuesta a hacer todo lo que sirva para que mi tía Zakeya se ponga bien de nuevo, Haj Ismail.

Abrió su vieja bolsa y extrajo un largo trozo de papel cubierto de versículos del Corán. Pronunció unos cuantos conjuros misteriosos, dobló el trozo de papel y lo colocó en un pequeño y sucio morral de áspero algodón blanco. A continuación lo colgó alrededor del cuello de Zakeya, mientras entonaba otros versículos y conjuros. Después, musitó unas cuantas palabras y comenzó a invocar el nombre de Dios y a exaltar Su poder sin límites, mientras daba golpes en la cabeza, la cara y el tronco de ella, primero con la palma de las manos y después con el dorso de éstas.

Cuando acabó, se secó la cara con las manos y le dijo a Zainab, que ahora estaba sentada junto a su tía: «Este amuleto tiene grandes poderes. Sólo cuesta cinco piastras. Y ahora, Zainab, escúchame con atención y haz exactamente lo que te voy a decir. El próximo jueves, junto con tu tía, debéis tomar el autobús que va a Bab El Hadeed, en El Cairo. Desde Bab El Hadeed tomaréis el tranvía a Sayeda Zainab.<sup>2</sup> Allí encontraréis personas que están celebrando el aniversario del nacimiento de Zainab, y muchas personas santas. Ambas haréis una plegaria en honor de su alma y os uniréis a los cánticos. Repetiréis muchas veces los nombres de Alá, junto con los que cantan, y pasaréis la noche en la mezquita, en el seno de nuestra santa señora. En la mañana del viernes levantarás las manos al cielo y dirás: «Dios mío, Dios mío, escúchame. Mi tía Zakeya pide perdón por todos sus pecados y nunca volverá a hacer nada que te des-

2. Mezquita construida en memoria de Zainab, hija del profeta Mahoma. Sayeda es un término respetuoso que se utiliza para referirse a las mujeres.



agrade. Ten piedad de ella, oh Tú, que eres todo misericordia.» Alá oirá tus ruegos y un hombre santo se acercará a tu tía Zakeya y le quitará este amuleto de su cuello, y luego se lo colgará de nuevo. Mientras lo haga le ordenará a ella que haga ciertas cosas. Cuando él haya acabado, ella deberá darle una moneda de plata de diez piastras. Después, las dos regresaréis de inmediato, y haréis sin demora lo que él os haya dicho. Recuerda exactamente sus palabras, porque lo que él te diga serán las órdenes de Alá. Si no obedeces, la ira de Alá caerá sobre tu tía Zakeya, y el demonio jamás abandonará su cuerpo.»

Zainab lo miró y, con una voz que expresaba una profunda emoción, le dijo: «Que Alá te conceda una larga vida, Haj Ismail. Estoy dispuesta a llevar a mi tía a Sayeda Zainab, y a hacer todo lo que Alá me diga que haga.»

La víspera del jueves Om Saber vino a la casa de ellas por la noche, y bañó el cuerpo de Zakeya con agua pura del río Nilo. Zainab envolvió en una esquina de su velo las escasas monedas que algunos de sus vecinos habían reunido para pagar los billetes del autobús y del tranvía, las cinco piastras del amuleto y la moneda de plata de diez piastras que era el precio que debían pagar para saber lo que Alá quería que ella hiciese. Zakeya murmuró unas cuantas palabras como si hablase consigo misma. «Hasta Dios quiere que Le paguemos algo. A pesar de que Él sabe que no tenemos nada, hija mía.»

Zainab respondió: «No te preocupes de nada, lo bueno que Alá concede a la gente no se acaba nunca, y en todas partes hay personas amables. Lo que importa es que Alá te perdone, y que arranque el mal espíritu de tu interior.»

Antes de que los rayos carmesí del alba hubiesen aparecido por el este, antes de que cantase el gallo, o de que la voz del jeque Hamzawi llamase a la plegaria, la gran puerta de madera se abrió con el crujido propio de una vieja noria herrumbrosa. Salieron dos sombras, con las cabezas y los hombros cubiertos por largos charles negros. La cara de Zainab estaba tensa y pálida bajo los primeros rayos de la aurora. Miraba al cielo con una expresión de desafío airado. A su lado podía verse la cara delgada, demacrada y angulosa de Zakeya, con sus grandes ojos negros que destellaban en la media luz.

La oscuridad fue levantándose gradualmente y la luz del amanecer resplandeció sobre la superficie del río, descubriendo las pequeñas y agotadas olas que parecían arrugas de una cara vieja, triste y silenciosa que se ha resignado a su destino. Las caprichosas rachas de viento alzaban el polvo de la parte superior de la margen del río y lo depositaban en la pendiente que descendía de él, bajando después hasta las tierras donde se apiñaban las cabañas, en cuyos techos se amontonaban tallos secos de algodón, bloques de excrementos y paja. Sus ventanas parecían pequeños agujeros, ojos que no podían ver, las puertas eran de madera rugosa, y las paredes estaban hechas de barro y arcilla.

Sin embargo, la gran casa del Alcalde era muy distinta. Sus paredes eran altas y estaban construidas de

ladrillo rojo, su puerta se alzaba con un amenazador color negro, y sus barras de hierro llegaban hasta arriba. Sus ventanas eran de vidrio y tenían marcos de madera, su techo se elevaba a más altura que el minarete, y encima de él no se podían ver tallos de algodón, paja ni bloques de excrementos, porque era de cemento y siempre se encontraba inmaculadamente limpio.

Caminaron con los ojos fijos en el largo camino que se abría ante ellas, dejando atrás —en el polvo de la orilla— las huellas de cuatro grandes pies, cada uno con cinco dedos ligeramente separados. Las huellas de Zainab eran un poco más pequeñas y mucho más visibles, porque sus piernas eran más fuertes. Éstas golpeaban contra el vestido con un restallido regular. Sus ojos contemplaban las fajas paralelas de agua y de sembrados verdes que llegaban hasta el lejano horizonte. A ella le parecían inacabables, y se preguntaba dónde estaría Sayeda Zainab, y dónde hallaría el autobús que las llevara a Bab El Hadeed. Zakeya comenzaba a quedarse sin aliento. Puso el brazo sobre los hombros de su sobrina, y continuó en silencio sin una palabra de queja.

En el lugar donde el río hacía una curva se encontraron con una gran morera. Allí había un viejo, y una mujer joven sentada bajo la sombra. En el suelo, al lado de ellos, había un pequeño cesto. Zainab se detuvo y les preguntó por el autobús. El viejo dijo: «Sí, hija mía, espera aquí con nosotros. También nosotros vamos a El Sayeda.»

Se sentaron en el suelo polvoriento, cerca de ellos, y los ojos del viejo iban de una a otra. Al cabo de un instante preguntó: «Hija mía ¿tu madre está enferma?»

Zainab respondió: «Es mi tía. Mi madre murió hace muchos años, tío.»

—Que Alá tenga misericordia de ella. Todos moriremos, es nuestro destino. Pero estar enfermo es distinto. Que Alá te salve de la desgracia de estar enferma.

Zainab miró a la mujer joven que estaba al lado del viejo. Notó que sus ojos estaban fijos en algo lejano, como si no le interesase lo que estaban diciendo. Zainab preguntó al viejo: «¿Es hija tuya, tío?»

—No, es mi esposa —contestó—. Estaba sana, pero no sé qué le habrá ocurrido. De pronto comenzó a no querer comer ni beber, a permanecer toda la noche despierta, sin poder dormir, y adquirió el hábito de hablar consigo misma. Ve cosas, y lanza alaridos en medio de la noche. La llevé a un jeque tras otro. Le han hecho llevar amuletos, y hemos concertado un *zar* para ella. He gastado todo el dinero que tengo, pero no ha servido de nada. De modo que el jeque Abbas me aconsejó que la llevase en peregrinación a la Hejaz, para que visitase la casa de Alá. Alá perdonaría sus pecados, y le quitaría el mal espíritu que ha entrado en su cuerpo. Sin embargo, le expliqué al jeque Abbas que yo era un hombre pobre, y que había gastado todo mi dinero en los jeques. No tenía recursos para pagar este viaje. Entonces él me dijo que la llevase a El Sayeda. Rogaré a El Sayeda Zainab que interceda ante Dios en nombre de ella, y Le ruegue que perdone sus pecados. El jeque me aconsejó que llevase un cesto de higos y lo ofreciese a El Sayeda. Juro por Alá, hija mía, que para reunir el dinero necesario para este viaje tuve que ir pidiendo limosna de casa en casa. Después compré este cesto de higos. Y aquí estoy, de camino a El Sayeda, con la esperanza de que Alá la cure de su enfermedad.

—Dios es grande, tío —dijo Zainab—. Él no la abandonará.

El viejo miró de soslayo a Zakeya. Estaba sentada en silencio con sus grandes ojos negros fijos en el horizonte, como si no siguiese el hilo de lo que estaban diciendo, o no pudiese oírles. El viejo preguntó: «¿La llevas a El Sayeda?»

—Sí, tío —replicó Zainab.

—¿No tiene un hombre que la acompañe en el viaje?  
¿No tenéis a nadie que se ocupe de vosotras, hija mía?

—Sólo tenemos a Alá, y una búfala que hemos dejado atrás con nuestra vecina, Om Soliman. Ella le dará de comer a cambio del trabajo que haga en su campo.

—Que Dios os acompañe a las dos, hija mía. Quiera Dios venir en vuestra ayuda, y en ayuda de todos aquellos que Le necesitan.

Zainab levantó las manos al cielo y dijo: «Te rogamos que estés a nuestro lado, oh Dios mío.»

El disco del sol subía muy arriba en el cielo. La tierra estaba cada vez más caliente, y el aire no se movía. Zainab apoyó la cabeza sobre el tronco de un árbol y cerró los ojos para echar una cabezada, pero se despertó repentinamente con el ruido del autobús. Se paró de golpe cerca de ellos, levantando una espesa nube de polvo. Estaba notablemente inclinado de un lado, como si el toque más ligero fuese a volcarlo. Tenía chamuscada la parte trasera, y expelía densas bocanadas de humo negro que se mezclaban con el polvo. Zakeya apoyó un brazo en Zainab para subir los escalones, y el viejo ayudó a trepar allí a su joven acompañante. Lograron abrirse paso, para convertirse en parte de la masa compacta de cuerpos y cestas que llenaban el interior del autobús. Se sentían envueltos por el aire cálido y pesado que parecía envolverles con su carga de polvo y humo. Zakeya y la mujer joven se sentaron en cuclillas en el suelo entre los demás pasajeros, cerca del asiento del conductor. Pero el viejo y Zainab permanecieron de pie como la mayoría de las otras personas. El autobús saltó súbitamente hacia adelante y Zainab cayó con todo el peso de su cuerpo sobre el viejo que estaba de pie detrás de ella, haciéndole perder el equilibrio y, a su vez, aterrizar sobre los pasajeros de pie en el pasillo. En un abrir y cerrar de ojos los que estaban de pie cayeron sobre quienes estaban sentados, y el interior del autobús se convirtió

en capas de aire comprimido y carne compacta. Después de un instante el autobús comenzó a avanzar con lentitud, en la parte superior de la margen del río. Los que se habían caído tenían ahora la oportunidad de liberarse y ponerse de pie, y las cosas volvieron una vez más a la normalidad. Zainab y el viejo permanecieron uno al lado del otro en el pasillo.

El autobús continuó tambaleándose por la pesada carga. Las ventanas rotas se sacudían, de vez en cuando caía un trozo de vidrio de las puertas, los asientos parecían a punto de salir de su sitio, y las piezas estaban tan flojas que se sacudían con un ruido metálico continuo. Como el autobús avanzaba sobre una superficie llena de agujeros y baches, el estruendo era ensordecedor, y parecía que en cualquier momento se partiría por todas sus juntas. El agua seguía fluyendo entre las ruedas como si fuese la orina de un viejo que, incapaz de controlar su vejiga, la dejase chorrear entre sus piernas inseguras. El autobús se asemejaba mucho a un viejo marinero borracho que se balancease y se tambalease sin cesar. Las vaharadas de humo negro continuaban saliendo de la parte trasera, y a cada giro de la margen del río se inclinaba pesadamente hacia un lado, como si de un momento a otro fuese a caer en las aguas del Nilo. Sin embargo, en todos los casos el conductor se ponía de pie, asía con toda su fuerza el volante y en el último momento salvaba al autobús de una catástrofe inminente, pero a continuación se inclinaba hacia el otro lado, con la intención obvia de descender por la pendiente y aterrizar en la acequia, que por lo menos estaba totalmente seca. El conductor parecía muy habituado a sus cabriolas y repetía la misma maniobra hasta que las cuatro ruedas del autobús tocaban al mismo tiempo la parte superior de la margen del río. A continuación, volvía a sentarse con serenidad, mirando el camino con los ojos medio cerrados, como si su máxima aspira-

ción fuese cerrar por completo sus párpados y sumirse en un sueño reparador mientras iba conduciendo. Su cara afilada y cetrina destacaba, con su aire agotado, sobre el fondo de cabezas con turbantes, largos vestidos, miembros y cestas de paja o de mimbre.

Takeya cerró los ojos mientras estaba sentada en el suelo del autobús, abrumada por la visión de todas estas caras, y por los cuerpos apretujados tan cerca unos de otros. Ella nunca había viajado antes en un autobús, ni había visto tantos cuerpos embutidos en un espacio tan pequeño, ni había sentido que su cuerpo se sacudiese con tanta violencia como ahora. De vez en cuando un salto particularmente violento del autobús hacía que ella abriese los ojos aterrorizada. Tenía la sensación de que el suelo iba a darse la vuelta y acabar en el techo del autobús, o de que éste iba a dar una vuelta de campana y aterrizar con el techo sobre la carretera. Continuó escupiendo en el cuello de su *galabiyya* y murmurando el testimonio de su fe como si se tratase de la última vez, antes de morir. «En verdad doy testimonio que no hay otro Alá que no sea Alá, y que Mahoma es el profeta de Alá.» Muchas otras voces del autobús resonaban en sus oídos, respirando casi al unísono mientras repetían las mismas palabras una y otra vez.

En determinados momentos a ella le parecía haber muerto, y que después volvía a la vida en el autobús que continuaba viajando a lo largo de la margen del río Nilo. Levantaba la cabeza para tratar de echar una ojeada al río, pero los cuerpos que la rodeaban tapaban las ventanas y las puertas, y sólo podía ver el techo del autobús absolutamente negro, como si estuviese cubierto de hollín.

Takeya no se dio cuenta de que el autobús había llegado a una parada salvo cuando sintió que Zainab le tiraba de la mano y le decía: «Bajamos aquí, tía.»

Apoyó las manos en la espalda de Zainab y bajó del autobús. Su cara se volvió muy pálida, y sus ojos pare-

cieron volverse aún más negros de lo habitual, cuando miró a su alrededor y no encontró al río, ni las márgenes del río, ni las cabañas de barro ni las callejas enfangadas, sino calles anchas y brillantes, edificios enormes, coches que corrían unos tras otros, y tranvías de los cuales surgía un extraño tañido, o un ruido chillón. También las personas eran diferentes. Las mujeres caminaban sobre altos tacones, y sus muslos y sus pechos quedaban en parte descubiertos por la ropa tan ceñida que llevaban. Los señores llenaban las calles en grandes muchedumbres, hasta el punto de que era difícil saber cuántos podía haber. En ambos lados había hileras de tiendas y el movimiento de las calles era rápido, casi febril, y fluía de modo incesante, acompañado por un rugido agudo y febril. Asió con fuerza la mano de Zainab y apretó lo más que pudo su cuerpo contra el de ella.

—Me da vueltas la cabeza, Zainab —dijo—. No me dejes. Agárrate de mi mano. No sé si es mi cabeza la que no deja de girar, o si las que dan vueltas son las cosas a mi alrededor.

Sin embargo, también a Zainab le daba vueltas la cabeza. Sus grandes ojos negros miraban sin cesar lo que pasaba a su alrededor, con una estupefacción creciente. Por su parte, el viejo comenzó a inclinarse sobre Zainab, mientras la joven mujer se asía estrechamente a él. Los cuatro permanecieron allí entre el flujo de transeúntes, apiñados para confortarse mutuamente. Tenían la boca abierta por el asombro, y sus ojos apuntaban aquí y allá, o giraban de un sitio a otro con el mismo movimiento frenético que las agitadas multitudes.

Después de un rato comenzaron a andar en fila india junto a un muro alto, caminando cautelosamente sobre el suelo, dominados por la sensación de que, apenas uno de sus pies tocase el suelo, quedaría apresado por alguna de las alocadas ruedas de los coches que corrían en distintas direcciones. Zainab preguntó a uno



de los transeúntes dónde podían tomar el tranvía para El Sayeda. El hombre señaló a una columna que se alzaba desde el suelo y dijo: «Quedaos aquí hasta que venga el tranvía.»

Permanecieron donde el hombre les había dicho. Era un lugar lleno de gente. Cuando Zainab miró hacia arriba pudo ver largos cables que se extendían por encima de sus cabezas a lo largo de la calle. Enfrente a donde se hallaban había un edificio gigantesco, y detrás de los cables se encontraba una fotografía enorme en la que se veía a una mujer desnuda tendida sobre la espalda y con las piernas abiertas, y a tres hombres apuntándole con sus pistolas.

Ocultó la cara detrás de su chal y dijo en voz baja: «¡Qué vergüenza!»

Las personas que subían y bajaban del tranvía se empujaban entre sí sobre el pequeño escalón que parecía como si fuese a ceder fácilmente bajo la presión. Zainab se colgó de una barra de hierro y tiró de Zakeya que estaba detrás de ella. A continuación le tocó el turno a la joven mujer, seguida por el viejo, que apretaba con cuidado su cesta de higos. Pero precisamente en el momento en que estaba tratando de subir él, la cesta se le escapó del hombro y cayó bajo las ruedas del tranvía. El viejo saltó fuera para buscarla. Alguien gritó, y después hubo varios gritos más. Los higos rodaron por el escalón, se esparcieron sobre el asfalto de la calle y fueron aplastados bajo los zapatos de la gente que pasaba. El conductor hizo sonar su silbato rápidamente y el tranvía llegó a una parada.

Zakeya no vio lo que había ocurrido. No podía saber si el tranvía se movía o se había detenido. Cerró los ojos en un intento de evitar que la cabeza le diese vueltas. Cuando abrió los ojos de nuevo su cuerpo estaba sacudiéndose debido al movimiento del tranvía. Zainab estaba junto a ella, y enfrente había una pequeña venta-

na a través de la cual podía ver la calle llena de gente que iba y venía. También pudo lanzar una mirada a los altos edificios que había a un lado. Muchos estaban cubiertos de carteles enormes en los que aparecían mujeres casi desnudas, tendidas, sentadas, o de pie, con las piernas separadas. Frente a ellas siempre había hombres, y todos llevaban pistolas. Tuvo la sensación de que en el tranvía había ocurrido algo, agarró con fuerza la mano de Zainab por los dedos y preguntó: «¿Qué ocurre?»

—El viejo —dijo Zainab— cayó bajo las ruedas del tranvía y ha ido al hospital Kasr El Aini en vez de ir a El Sayeda.

Zakeya hizo un gesto con la mano, como si señalase a algo que sucediese fuera de la ventana del tranvía, y subiese en dirección al cielo. «Sólo Alá es todopoderoso, hija mía. ¿El mundo de aquí está loco, o es tu tía Zakeya la que ha perdido la cabeza?»

—Que Alá te guarde en todo y te conserve la cabeza tan bien como siempre ha estado. Gracias sean dadas a Alá porque estás perfectamente, tía, y Alá hará que estés aún mejor después de haber visitado El Sayeda.

—Bendita seas por siempre, nuestra señora —murmuró Zakeya.

### XIII

Los cuerpos de Zakeya y Zainab parecían haberse unificado con la masa compacta de carne humana que entraba en la mezquita de El Sayeda Zainab, llenándola y atestando todo el entorno que la rodeaba, las estrechas calles que conducían a ella, la carretera principal atravesada por los tranvías que iban y venían, y la gran plaza sobre la que desembocaba. Era una masa compuesta por cuerpos humanos que en todos los casos llevaban largas *galabiyyas*. Las mujeres se distinguían de los hombres por los negros chales que llevaban sobre la cabeza. La muchedumbre innumerable caminaba descalza, y los dedos de sus pies eran grandes y chatos, sus talones, oscuros y agrietados, las palmas de sus manos, ásperas y encallecidas, con un surco central provocado por el azadón, el arado o el *tambur*. Las caras eran pálidas, enjutas y afiladas, los ojos negros y grandes, abiertos de par en par debido a una sensación de admiración, o medio cerrados por una especie de estupor o deslumbramiento, recuperando el aliento mediante la inspiración de una gran bocanada de aire, que mantenían en su interior.

Zakeya se asía con fuerza de la mano de Zainab, y se pegaba a ella tan de cerca que casi pisaba en el mismo sitio que su sobrina, temiendo que la más mínima distancia entre las dos, aunque sólo fuese del ancho de un papel de fumar, la hiciese perderse en aquel poderoso océano humano. Sin embargo, a medida que iban mo-

viéndose, de algún modo la gente lograba deslizarse entre ellas y en un abrir y cerrar de ojos Zakeya perdió de vista a Zainab. Por alguna razón misteriosa, ya no sentía miedo, ni se sentía sola. Ahora todo lo que la rodeaba le era familiar, conocido, vivido con anterioridad. Las *galabiyyas* que cubrían los cuerpos de la gente eran como su *galabiyya*, y el sudor de sus cuerpos tenía el mismo olor que su propio sudor. Las caras, los pies, los dedos de los pies, la forma en que caminaban, miraban y hablaban eran cosas que compartía con ellos. Zakeya formaba parte de esta masa compacta de cuerpos humanos, y la masa era una parte de ella. Ya no estaba asustada, y sus ojos dejaron de buscar a Zainab entre la multitud. Porque todas las caras que veía eran como la de Zainab, y todas las voces que oía le recordaban a la voz de Zainab. Hasta las palabras, la forma en que las pronunciaban, su entonación misma, la manera de levantar las manos al cielo, el único grito invariable: «¡Oh, Dios nuestro, ven a rescatarnos, oh, Dios nuestro!», cantado a una sola voz, la hacían sentir que todas estas personas eran Zainab.

Estaban enfermos o eran ciegos. Eran jóvenes o viejos. Eran niños o bebés que iban en brazos. Eran caudillos de sectas, mendigos o ladrones. Eran hechiceros y zahoríes, personas que fabricaban amuletos o recitaban cánticos religiosos. Eran santos de Dios, intermediarios de Su Gracia, guardianes de las puertas del Cielo. Todos ellos, al igual que Zakeya y Zainab, levantaban las palmas de sus manos ásperas en un solo movimiento uniforme hacia Alá en las alturas, y cantaban con una única voz, con un solo aliento, «¡Oh Dios mío!»

También Zainab había dejado de buscar a Zakeya. Su cara era ahora sólo una de las innumerables caras, una gota en el océano humano, una única prenda entre un millón de vestidos, una partícula invisible en el universo infinito, un par de manos elevadas al cielo entre

un bosque de manos agitándose al viento, una voz que se unía a miríadas de voces en un solo cántico prolongado e implorante, que parecía un lamento de desesperación. «¡Oh, Dios mío, ven a rescatarnos!» La voz de Zakeya también atravesaba sus labios con un agudo chillido que surgía de lo más hondo de su ser, como el grito de una garganta degollada o las boqueadas de un pecho herido.

El corazón de Zainab latía frenéticamente mientras ella clamaba «Oh Dios mío». Parecía saltar contra sus costillas, y sacudía sus pequeños senos debajo del corpiño de su largo vestido. Sus ojos brillaban con un resplandor misterioso, como la luz de la luna sobre un río oscuro y silencioso. De vez en cuando se estremecía con una extraña fiebre en su interior, y se le subían los colores a la cara con un rubor virginal, como si fuese la primera vez que su corazón latía por alguien.

Gritaba «¡Oh Dios mío!» y con cada grito tenía la sensación de acercarse cada vez más a Él, como si ahora Él pudiese oír su voz y sentir la respiración de ella sobre Él. También ella podía oír Su voz y sentir Su aliento. El cuerpo de Zainab se había hecho uno con Él, y ella se estremecía con un terror repentino que se parecía a una profunda tristeza, junto con una sensación de alivio semejante a un hondo placer. Quería llorar, chillar de alegría, cerrar los ojos y abandonarse a Él, saborear hasta el final esta sensación de alivio, de un cuerpo que ya no se encuentra sometido a la tensión, de un placer profundo que jamás había experimentado antes. Sin embargo, en su interior permanecían de algún modo una tristeza aterrorizada, un agotamiento, una ansiedad que le impedía dormir, y hasta cerrar los ojos. Por lo tanto, se sentó allí durante largas horas, con los ojos abiertos de par en par, casi inconsciente de lo que pasaba a su alrededor.

De pronto, empero, oyó que alguien la llamaba por su nombre: «¡Zainab!» Se dio cuenta de inmediato de

que era la voz de Dios. Ella le había llamado a Él durante toda la noche y ahora era Él quien la llamaba. Zainab susurró «Oh, Dios mío», y Él contestó «Zainab». Se movió en dirección a la voz, como en un sueño. No sabía si caminaba sobre sus pies, o si volaba con alas. La masa compacta de cuerpos que la rodeaban y las innumerables voces que resonaban en sus oídos retrocedieron y desaparecieron, dejando un espacio vacío donde resonaba una sola voz que gritaba «Zainab». Vio aparecer una cara delante de ella, del interior de lo que podía ser una espesa niebla, o una densa nube de humo. No era la cara de un hombre ni la de una mujer. No era la cara de un niño pequeño ni la de una persona mayor. Era una cara desprovista de sexo y de edad, como la de Om Saber. En lugar del velo negro usado por ella, tenía la cabeza cubierta por un enorme turbante blanco que le llegaba casi hasta las cejas, ocultando la parte superior de la frente, con la piel oscura y con hoyos. También tenía manchada y picada la piel de la cara, como si fuesen señales de una antigua viruela. Los ojos eran pequeños, sin pestañas ni párpados. Sólo eran dos orificios oscuros que miraban a Zainab sin pestañear.

—¿Eres Zainab, la hija de Kafrawi? —dijo la voz.

Suspiró un atemorizado «Sí». En su interior otra voz le preguntaba: «¿Cómo me ha reconocido entre todo este gentío?» Sin embargo, otra voz le replicó casi enseguida: «Alá sea loado, porque Él lo sabe todo.»

—¿Dónde está tu tía, Zakeya? —preguntó el hombre.

Y la voz resonó de nuevo en su interior. «También sabe que mi tía se llama Zakeya. ¡Es sorprendente...!»

Miró a su alrededor para averiguar adónde había ido su tía. No la pudo ver en ningún sitio. Sin embargo, después de unos momentos se dio cuenta de que la mano de Zakeya se hallaba asida con firmeza a la suya, y que su cuerpo tembloroso se apretaba estrechamente contra

el de ella. Podía oír los versículos y las palabras que murmuraba al mismo tiempo que respiraba.

El hombre se acercó a Zakeya, colocó su mano oscura y nudosa en el cuello de la *galabiyya* de la mujer, levantó entre sus dedos el amuleto que llevaba, y lo quitó de su cuello. Recitó unos cuantos versículos, hizo una pausa, y a continuación volvió a ponerlo en el cuello de Zakeya. Ésta seguía atentamente lo que él hacía, con una expresión de honda reverencia en sus ojos, como si estuviese a punto de arrodillarse y postrarse a los pies de él. Apenas su mano se quedó quieta, ella se inclinó y la presionó con sus labios, llena de un fervor apasionado, y murmurando para sí misma. El hombre abandonó su oscura y nudosa mano en poder de la mujer, y se giró a Zainab.

—Tu tía Zakeya está enferma. Está enferma porque tú has continuado desobedeciendo a Alá, y ella te ha alentado a hacerlo. Pero Alá es misericordioso y amable, os perdonará a las dos con la condición de que obedezcáis y hagáis lo que Él os pide. Él la curará de toda enfermedad, si así lo quiere, bendito sea Su nombre en las alturas.

Ellas levantaron sus manos en dirección al cielo y entonaron a una sola voz: «Te damos gracias y Te alabamos. Porque Tú eres el único generoso y bondadoso, Dios mío.»

—Pasaréis la noche en el seno de El Sayeda —dijo el hombre—. Mañana, antes del amanecer, vais a partir hacia Kafr El Teen. Allí os bañaréis con agua limpia del Nilo, y mientras os laváis continuaréis recitando la profesión de fe. Después de vestiros debéis realizar vuestras plegarias. Comenzad con las cuatro prosternaciones prescritas, y luego seguid con las cuatro prosternaciones de la *Sunna*. Después, debéis repetir diez veces el versículo santo del *Seat*. Al día siguiente, antes del amanecer, Zainab deberá tomar otro baño con agua limpia del

Nilo, mientras repite tres veces la profesión de fe. A continuación, hará su plegaria al romper la aurora. Una vez finalizado esto, abrirá la puerta de vuestra casa antes de que salga el sol, se pondrá de pie en el umbral en la dirección que éste señala, y recitará diez veces el primer versículo del Corán. Delante de ella verá una gran puerta de hierro. Caminará hacia ella, la abrirá y entrará. No volverá a salir hasta que el propietario de la casa se lo ordene. Es un hombre grande y noble, nacido de un padre grande y noble, y pertenece a una familia buena y devota, bendecida por Alá y Su Profeta. Durante ese tiempo Zakeya deberá llevar la búfala al campo, atarla a la noria, tomar su azadón y trabajar hasta la llamada a la oración del mediodía. Apenas la oiga, tendrá que dejar el azadón y orar según las cuatro prosternaciones prescritas, seguidas por las cuatro prosternaciones de la *Sunna*. Cuando acabe sus plegarias, deberá permanecer arrodillada y recitar diez veces el versículo inicial del Corán, y a continuación elevar las manos al cielo, y repetir treinta veces «¡Perdóname, oh Dios mío!» Inmediatamente después de acabar con esto, se levantará y se secará la cara con las palmas de las manos, y si Dios quiere, quedará totalmente sana.

Zakeya se inclinó sobre la mano oscura y nudosa, y la apretó con fervor contra sus labios, mientras susurraba: «Te doy gracias y te alabo a Ti, oh Dios, Te doy gracias y te alabo a Ti, oh Dios.»

Mientras tanto, Zainab había ido repitiendo versículos de plegaria y de agradecimiento a Dios. Se hallaba tan dominada por una felicidad beatífica que se olvidó de entregarle al hombre la moneda de diez piastras que Haj Ismail le había encargado que le diese. Sin embargo, el propio hombre se la pidió. Ella desanudó la esquina de su velo con una mano aún temblorosa, extrajo la moneda, se la dio y besó su mano como si estuviese realizando una ofrenda a Dios. En su interior una voz



le decía maravillada: «Dios mío, conoce Kafr El Teen y nuestra casa, y la puerta de hierro que se encuentra frente a ella.»

El hombre desapareció en la muchedumbre con la misma rapidez con que había surgido, dejando a Zakeya y a Zainab allí donde estaban, apretujadas la una contra la otra en un estado de estupefacción y profunda humildad. De vez en cuando se miraban con aire de interrogación, como para convencerse de que lo que había sucedido era real, y no una ficción de su imaginación, y de que habían oído realmente la voz de Dios, e incluso Le habían visto, o por lo menos, habían visto a uno de Sus mensajeros o santos, a quienes les habían sido revelados los secretos que no habían sido revelados a los otros. Zakeya sintió ahora su cuerpo más ligero que nunca. La garra de hierro que parecía atenazarla permanentemente se había aflojado un poco. Ya no tenía que inclinarse sobre su sobrina Zainab, porque sus piernas habían recobrado su fuerza y podían transportarla con facilidad.

Los ojos de Zainab se abrieron cada vez con mayor asombro cuando notó que su tía caminaba a su lado como si pudiese manejarse por su cuenta.

—Tía, ya estás mejor —dijo en voz baja, llena de reverencia—. ¡Mira cómo caminas!

Y la anciana respondió: «Ya no siento pesado el cuerpo. ¡Dios mío, en verdad eres generoso y estás lleno de bondad!»

—Dios es grande —dijo Zainab—. ¿No te había dicho muchas veces que Alá nos ayudaría, y que debías orarle y tener paciencia?

—Sí, hija mía, siempre me lo decías.

—Yo desobedecí a Dios y me negué a orar, igual que tú, tía Zakeya.

—No me negaba a orar. Era el mal espíritu que habitaba en mí el que se negaba.

—Si Dios quiere, el mal espíritu quedará expulsado de tu cuerpo cuando hagamos lo que Él ha ordenado.

—¿Recuerdas todo lo que ha dicho el jeque? —preguntó Zakeya—. Mi cuerpo temblaba, y soy incapaz de recordar sus palabras. Tengo miedo de que podamos olvidar algo.

—No te preocupes de nada. Todas las palabras que ha dicho están grabadas aquí, en mi corazón.

—Que Dios te bendiga —dijo Zakeya con fervor.

Aquella mañana, antes del amanecer, Zainab levantó el cántaro de arcilla y se derramó agua limpia del Nilo sobre la cabeza y el cuerpo. Se frotó los pechos con el agua, susurrando tres veces: «Confieso que no hay otro Alá que no sea Alá, y que Mahoma es el profeta de Alá.» El agua bajó por su vientre y sus muslos, ella se los frotó también, recitando tres veces la confesión de fe. Se secó su larga cabellera negra, se hizo una trenza muy tirante, se puso una *galabiyya* limpia, se envolvió la cabeza y los hombros con el velo negro, y avanzó con pasos temerosos y vacilantes hacia la puerta, antes de empujarla para que se abriese del todo.

Los rayos carmesí de la aurora comenzaron a aparecer sobre el horizonte pero el sol todavía no se había elevado en el cielo. Miró fijamente hacia el lugar por donde sabía que se levantaría, y leyó el primer versículo del Corán con voz suave, repitiéndolo diez veces. Después, caminó hacia la puerta de hierro. Seguía con miedo, pero ahora sus pasos eran ágiles, muy ágiles. Cuando llegó a la puerta, un estremecimiento recorrió su cuerpo. Ya no se trataba de un temblor de miedo o de duda, sino de profunda exaltación. Ahora sabía lo que tenía que hacer. Su corazón latía aceleradamente, su pecho respiraba a pleno pulmón, y su cuerpo se hallaba tenso por la expectación. Le temblaban las piernas por debajo de la larga *galabiyya* y sus grandes ojos negros se eleva-

ban al cielo, esperando que apareciese algo extraordinario, para que se cumpliera la voluntad de Dios.

Los ojos azules del Alcalde se abrieron llenos de admiración cuando la vio aparecer. Por su cara y sus ojos, por la forma en que caminaba con la cabeza erguida, se dio cuenta enseguida de que era Zainab. Se frotó los ojos y la miró de nuevo, hablando con una voz que expresaba sorpresa.

—¿Quién te ha enviado, Zainab?

—Es Alá quien me ha enviado —dijo.

—¿Pero por qué has venido esta vez?

—Porque es la voluntad de Dios —respondió, como hablando consigo misma.

El Alcalde sonrió, se levantó de la cama y fue al lavabo. Se limpió los dientes, se lavó, después se miró la cara en el espejo y volvió a sonreír. La risa llegaba hasta lo más hondo de su interior. Hablando solo en voz baja, se dijo: «¡Demonio, hijo de demonios! ¡Qué granuja más astuto que eres, Haj Ismail!»

Cuando hubo acabado, salió del lavabo y empezó a buscar su reloj. Lo encontró sobre una mesilla. Sus agujas señalaban las seis en punto. Sonrió burlonamente y susurró: «Jamás ninguna mujer había venido a verme tan temprano. Primero tengo que tomar una taza de té. Me espabilará.»

Zainab continuaba de pie donde él la había dejado. Caminó hasta ella, y con la voz que se emplea para hablar con un niño, le dijo: «Escucha, Zainab. Quiero una taza de té. ¿Sabes preparar té?»

—Sí, mi amo —dijo con un tono de voz ansioso de complacer.

—Ven conmigo. Te mostraré el camino de la cocina. Quiero que me prepares té mientras tomo un baño.

Zainab suspiró maravillada cuando vio las pilas de lavar de porcelana blanca, los grifos de brillante metal, las paredes pintadas, las cortinas y el horno que se en-

cendía con tanta facilidad. Quedó embobada contemplando la tetera que comenzaba a silbar cuando hervía el agua, las tazas con relieves y pinturas coloreadas, y las cucharillas de plata. Todo lo que la rodeaba era nuevo, jamás visto con anterioridad, como si se hubiese transportado a otro mundo. Tuvo la sensación de que ahora se encontraba en el reino de Alá, sea alabado y reverenciado Su nombre. Sus dedos temblaban cada vez que sostenía algo con ellos. El corazón le latía aceleradamente, su pecho subía y bajaba, y las piernas le temblaban sin cesar.

Una taza de té se le escapó de entre los dedos y cayó al suelo. Se golpeó el pecho con la mano y apoyó la cara contra la pared, inspirando profundamente y con los ojos fijos en los restos de la taza, como si hubiese cometido un crimen terrible. Los trozos de porcelana brillaban como cristales de colores sobre el suelo inmaculadamente blanco. El Alcalde estaba dándose una ducha caliente cuando oyó el sonido de la taza al golpear en el suelo, seguido de un grito muy fuerte, lleno de terror. Sonrió mientras se frotaba lentamente el pecho y el vientre con una pastilla de jabón perfumado. Pensó: «Qué excitantes son estas muchachas sencillas, y qué placer da tomar su cuerpo virgen entre los brazos, como si uno arrancase una rosa recién abierta. ¡Cuánto odio la falsa sofisticación de las mujeres de El Cairo, como mi mujer, con sus ojos descarados! Ya no hay nada que la intimide o la ponga nerviosa. Su cuerpo frígido ya no se estremece cuando la acaricio, o le quito las medias, ni siquiera cuando la muerdo.»

Salió del lavabo llevando puesto un pijama de seda rosa y caminó hacia la cocina. Encontró a Zainab todavía de pie con la cabeza contra la pared, con la mano sobre el pecho, los labios ligeramente separados como si no pudiese respirar, y los ojos fijos en los fragmentos rotos de porcelana que un momento antes habían sido

una hermosa taza, mucho más valiosa de lo que a ella podía ocurrírsele jamás.

Él la observó atentamente con sus ojos azul claro y una cara de aspecto relajado y saludable, como si estuviese pesando con cuidado un adorno de mucho precio. El espeso cabello negro de la muchacha le colgaba en dos trenzas sobre la espalda. Tenía una hermosa cara ovalada, bronceada por el sol, y su timidez era muy estimulante, le excitaba. Sus labios carnosos eran de color rojo natural, y estaban ligeramente húmedos, como una flor después del rocío matutino. Tenía los pechos redondos, firmes, erguidos con el puntiagudo perfil de la carne sana. Subían y bajaban en un movimiento continuo, como impelidos por el apresurado corazón que se escondía detrás de ellos. Sus ojos eran grandes y negros, con huellas de lágrimas como las de un niño que ha sentido miedo.

El Alcalde se acercó a ella y le dijo con una sonrisa en los labios: «¿Estás llorando, Zainab?»

Ella inclinó la cabeza y contestó con un susurro apenas audible: «Se me escapó de las manos. Perdóname, amo.»

Se secó las lágrimas con la mano. Él sintió una oleada de sangre que le subía por el cuerpo y se le acercó aún más, estirando la mano y secando con ternura los restos de lágrimas.

—No tengas miedo, Zainab —dijo en voz baja—. La taza, y el propietario de la taza, son tuyos del todo.

Estaba a punto de tomarla en sus brazos, pero lo pensó mejor. Si lo hacía, quizás la asustaría aún más. Era preferible esperar hasta que ella se hubiese acostumbrado a su nuevo entorno, y a todas las cosas que estaba viendo por vez primera.

Durante ese tiempo Zakeya había llevado la búfala al campo, la ató a la noria y comenzó a cavar profundamente en el suelo con su azadón. Tenía los oídos muy

atentos para captar cualquier sonido que, aunque fuese vagamente, se pareciese a la llamada a la oración del mediodía. Cuando la voz del jeque Hamzawi acabó por oírse, el disco del sol se encontraba exactamente encima de su cabeza, quemándola, y el sudor le brotaba en un flujo continuado desde las raíces del pelo, y bajaba por su cuello, su espalda y su pecho. Podía sentirlo correr entre sus muslos, y se preguntaba si era sudor, o era la orina que ya no podía contener en su vejiga. Apenas finalizó la llamada a la oración, dejó a un lado el azadón y acudió a un arroyuelo cercano. Se lavó la cara y el cuello, hizo sus abluciones, y después permaneció al borde del arroyo para orar, arrodillándose y prostrándose con ferviente devoción. Llevó a cabo las cuatro prostraciones prescritas, y a continuación las cuatro prostraciones de la *Sunna*. Al terminar las plegarias continuó arrodillada, y recitó diez veces el primer versículo del Corán. Después, elevó las manos al cielo y repitió treinta veces: «Dios mío, perdóname.» Hizo una pausa antes de secarse la cara con las manos. Experimentó de inmediato una extraña sensación de alivio, muy parecida a un fuerte deseo de dormir. Sus párpados se le hicieron cada vez más pesados, y en unos instantes cayó en un profundo sueño junto al arroyuelo.

Por ardiente que fuese el sol del mediodía, jamás lograba penetrar las gruesas y sólidas paredes de hormigón de la casa del Alcalde. No obstante, éste sentía olas de calor que le quemaban todo el cuerpo como si estuviese desnudo debajo de un sol al rojo vivo. Continuaba llevando su pijama de seda rosa, y se sentó en el sillón para leer el periódico de la mañana. Echó una mirada a la fotografía de su hermano en una de las páginas. La giró con rapidez y comenzó a leer las noticias referentes a las celebridades y a la alta sociedad. De este modo se enteró de que la bailarina Touha se había divorciado, que la actriz Noussa se había casado por cuarta vez, y

que Abdel Rahman, el cantante, había ingresado en una clínica para que le extirparan el apéndice. Pasó a otra página para leer las noticias de deportes, pero las páginas quedaron pegadas entre sí, y se encontró de nuevo con la fotografía de su hermano, de modo que echó una ojeada al pie de la foto y leyó que había habido un cambio en el gabinete, y que su hermano se había convertido en un ministro aún más importante. Chasqueó la lengua con sarcasmo. Nadie le conocía mejor que él mismo: era su propio hermano. Y nadie sabía mejor lo estúpido y lo lento de comprensión que era, aunque fuese un auténtico burro de carga para el trabajo, «igual que un búfalo que gira una y otra vez en una noria con los ojos tapados», pensó.

Soltó el periódico y cerró los ojos, pero súbitamente recordó que quería telefonar a su esposa, y preguntarle cómo le había ido a su hijo menor en los exámenes. Estaba a punto de levantar el teléfono pero oyó un ruido de agua que venía del lavabo. Esto le recordó que Zainab había venido a su casa al amanecer, y que desde ese momento había barrido y limpiado la casa, de modo que ahora todo lo que quedaba por hacer era el lavabo. En su mente relampagueó un pensamiento. «¿Por qué no ir al lavabo y hacer un intento?» Sin embargo, descartó la idea. De algún modo tuvo la sensación de que Zainab no era como su hermana Nefissa, sencilla y de buen trato, y que no provocaba en él la misma cautela y vacilación que sentía en presencia de Zainab. No podía entender por qué con Zainab se mostraba tan cauteloso y vacilante, e incluso atemorizado. Sí, atemorizado. Quizás porque era la hermana de Nefissa. Es cierto que la historia de Nefissa había permanecido en secreto pero ¿quién sabe? Es posible que esta vez las cosas no pudiesen ocultarse con tanta facilidad. Intentó dejar de lado sus temores. ¿Quién podía averiguar lo que había ocurrido? Él estaba por encima de toda sospecha, por enci-



ma de la ley, e incluso por encima de las normas morales que regían la conducta de las personas corrientes. Nadie de Kafr El Teen se atrevería a sospechar de él. Podían experimentar dudas acerca de Alá, pero sobre él... Era imposible.

Sin embargo, recordó que en Kafr El Teen existían tres hombres que lo sabían casi todo acerca de él. El jefe de la Guardia de la aldea, el jeque de la mezquita y el barbero de la aldea. Sin ellos no podía gobernar Kafr El Teen. Ellos eran sus instrumentos, sus ayudantes y su herramienta para administrar los asuntos del pueblo. Ellos, empero, conocían sus secretos. Podía confiarse en que los guardarían, si bien en lo más hondo de su ser tenía la sensación de que no debería confiárseles nada. Si cerraba los ojos durante un solo segundo le harían alguna jugarreta, o le quitarían todo lo que pudiesen. Él tenía los ojos bien abiertos y sabía cómo convencerles de que él podía oír hasta su respiración mientras dormían, y de que si a alguno de ellos se le ocurría hacerle una jugarreta o menear la cola, él se la cortaría, y al mismo tiempo, también le cortaría la cabeza.

Tragó saliva con rapidez, dos o tres veces seguidas. Tenía la boca amarga y le entraron ganas de escupir, de sacarse de encima el odio que desde siempre había pesado sobre él. Aborrecía a los tres hombres, y los despreciaba. Lo que empeoraba aún más las cosas era el darse cuenta de que les necesitaba y no podía prescindir de ellos. Por eso se hallaba obligado a pasar algunas noches hablando, bromeando y riendo con ellos, e incluso tenía que convencerse a sí mismo no sólo de que eran amigos suyos, sino quizás sus únicos amigos.

Se levantó de su cómodo sillón, fue hasta el lavabo y escupió en la pila. Después, hizo varias gárgaras con agua para quitarse el gusto amargo de la boca. Se miró en el espejo y sus ojos quedaron atrapados por el reflejo de Zainab que estaba fregando la bañera para que brilla-

se como si fuese de alabastro. Su larga *galabiyya* estaba mojada, y se pegaba a su cuerpo haciendo que se revelase el perfil de sus pechos y sus muslos. Era como si estuviese desnuda ante sus ojos. Sintió que la sangre caliente acudía a su vientre y no pudo apartar los ojos de aquel cuerpo joven.

Zainab levantó la cabeza que estaba inclinada sobre la bañera y se puso de pie. Advirtió los ojos azules del Alcalde clavados en ella con una mirada extraña, y retrocedió con un movimiento de temor, apoyándose en la pared como si buscase protección en ella. Sin embargo, su pie resbaló sobre los azulejos lisos y húmedos, y un instante después quedó tendida de bruces en el suelo.

Antes de que tuviese ocasión de apoyar las manos en él para apoyarse y ponerse en pie, uno de los brazos de él ya le rodeaba la cintura para ayudarla a levantarse. Las puntas de sus dedos le rozaron el pecho, y él sintió que su mano temblaba mientras se movía furtivamente hacia su liso perfil hasta abarcarlo en su mano ahuecada.

Ella emitió un chillido medio ahogado, en parte debido a la fuerte presión de la mano alrededor de su pecho sensible por la juventud y la inexperiencia, en parte por el temor que recorrió su cuerpo con un estremecimiento helado, y en parte por placer, un placer nuevo y extraño, una especie de éxtasis, el éxtasis de la salvación, de liberarse de la pesada carga que le había abrumado el corazón. Ahora podía abandonarse en las manos de Dios, entregarse a Él en cuerpo y alma, cumplir su voto y saborear el alivio de haber actuado así.

La mano del Alcalde subió por las piernas de ella y levantó la prenda húmeda que cubría sus muslos. Ella oyó la áspera voz del hombre, que con un tono bajo y tenso por el deseo le susurraba al oído: «Quítate la *galabiyya*, Zainab, o te enfriarás.»

Ahora sus manos se deslizaban hacia la parte superior de los muslos hasta llegar al vientre de la mucha-

cha, mientras él trataba de levantarle aún más el vestido. Pero éste se hallaba mojado y se pegaba a la carne de ella. Él tiró de la prenda con tanta fuerza que se oyó el ruido que hacía al desgarrarse. Ella dio un grito de espanto: «¡Mi *galabiyya*! ¡Es la única *galabiyya* que tengo!»

El Alcalde arrancó los pliegues que quedaban alrededor de su cuerpo y la asió con fuerza, susurrándole al oído: «Te compraré mil *galabiyyas*.»

Alargó la mano, abrió el grifo e hizo que la ducha de agua caliente cayese sobre el cuerpo desnudo de la muchacha. Lavó con sus propias manos el polvo y la suciedad de la jornada de trabajo, limpiando con cuidado el cabello, los hombros, el vientre, los muslos y los pechos de ella.

La secó con una suave toalla que olía a jazmín, del mismo modo que una madre seca a su hijo. Ella dejó que la llevase a la cama, sin moverse y en silencio. Después, él la tomó en sus brazos.

Inmediatamente antes de que el canto del gallo se elevase en el aire, el jeque Hamzawi abrió los ojos. En realidad, sus ojos habían estado abiertos durante algún tiempo, contemplando la escena que veía cada día, y asombrándose con un asombro que no era puro, sin mezcla e inocente, sino que estaba profundamente atenazado por la duda, por una duda que le roía, dolorosa e interminable. No obstante, la duda misma poseía una extraña cualidad: durante la mayor parte del tiempo no era en realidad una duda, sino una profunda e incommovible certidumbre —que casi lindaba con la fe— de que lo que tenía ante los ojos era una verdad indiscutible, como la verdad de la existencia de Dios.

El largo y delgado dedo de la aurora se abrió paso por una rendija de la ventana y tocó la cara de Fatheya con un oscuro resplandor de luz. Cayó sobre la mitad de la cara que estaba a su lado, sombrío, gris, ceniciento. Los ojos de ella estaban ligeramente abiertos, como si mirase hasta cuando dormía. Su nariz se elevaba en líneas agudas, y sus labios estaban apretados con firmeza, como si temiese que algo pudiese entrar dentro de su boca mientras dormía. La luz gris del alba reveló su suave cuello blanco. Bajó hasta un pecho blanco y liso que salía por donde él le había desabotonado el camisón sobre el pecho. El bebé se apoyaba en él con las manos, los labios y las mandíbulas apretadas con firmeza. Ella

aferró estrechamente el cuerpecillo del niño en la curva de sus brazos, asiéndolo de un modo tenso, como si temiese que alguna fuerza viniese a arrancárselo.

La mirada del jeque Hamzawi permaneció clavada en el lado de la cara que podía ver, con una sensación intermedia entre la sorpresa y la perplejidad. ¿Acaso este lado de la cara de ella era tan distinto del lado al cual la luz aún no había llegado, y dónde encontraría los rasgos de su cara que él conocía? ¿Qué diferencia existía entre los dos? Él estaba seguro de que los rasgos revelados por la luz de la aurora no eran los de su esposa Fatheya. De hecho, no se parecían en nada a ella. La nariz era suya, la boca era su boca, el cuello también, el pecho era su pecho, todo era de ella, y sin embargo algo había cambiado, algo importante pero indefinible. Él no dudó ni un solo instante que la mujer tendida a su lado era Fatheya, y que esa mujer era su esposa. Estaba absolutamente seguro de esta verdad, tan seguro como de la existencia de Alá. Y dicha certidumbre se sumaba a su perplejidad.

Cualquiera que viese su cara en ese momento en particular se daría cuenta de que el hombre ya no estaba seguro de nada. Sus ojos estaban muy abiertos con la mirada fija, pero cerca de ellos un pequeño músculo parecía sufrir contracciones nerviosas. La luz del amanecer atravesaba la ventana y caía sobre su cara. Tenía una palidez mortal, y debajo de la cara había una larga sombra, de manera que la única cara parecía dos caras. La cara de arriba era su verdadera cara, la que conocían todos en Kafr El Teen. Pero debajo había otra cara que no conocía nadie, o que nadie conocería jamás, porque nunca había sido vista antes en Kafr El Teen. No era la cara de un ser humano, ni la de un espíritu. Podía haber sido la cara de un ángel o de un diablo, o incluso la cara de Alá, si alguien la hubiese visto antes y pudiese reconocer la cara de Alá cuando la viese.

Sin embargo, mientras estaba acostado allí, el jeque Hamzawi se sentía mucho más lejos de Dios de lo que jamás había estado con anterioridad. Había momentos en que se sentía muy cerca de Alá, sobre todo durante la plegaria del mediodía de los viernes, cuando todos los hombres de la aldea, incluido el Alcalde, se encontraban detrás de él, absolutamente quietos, incapaces de mover un brazo, una mano o un dedo, incapaces de mover los labios o de musitar un versículo del Corán hasta que él no lo hubiese hecho.

En tales momentos se sentía mucho más cerca de Alá que ningún otro hombre de aquellos, ni siquiera el Alcalde mismo. Un agradable temblor recorría su cuerpo, como el agradable escalofrío del placer o el de la infrecuente felicidad que había conocido únicamente de niño, en aquellas ocasiones en que solía tirar piedras a los demás niños y verles correr asustados. Durante la plegaria tardaba deliberadamente antes de ponerse en pie, sentarse o arrodillarse. De vez en cuando lanzaba una rápida ojeada hacia atrás, y observaba al Alcalde y a las filas de hombres reunidos detrás suyo, esperando reverentemente el más leve movimiento de su cabeza, su mano o incluso su dedo meñique.

A pesar de todo, por mucho que tardase, o aunque dirigiese la plegaria con lentitud, se acababa en cuestión de minutos, y los hombres se apartaban de él. Algunos llegaban a pisotearle cuando se apresuraban a salir detrás del Alcalde, con una solicitud o una queja de algún tipo escrita en una hoja de papel blanco, con los timbres obligatorios adheridos en uno de sus ángulos. Para sus adentros maldecía a la «pandilla de bribones impíos» que no respetaban a Dios y que estaban tan ocupados corriendo detrás de las pompas transitorias de esta tierra, en vez de pensar en la vida de después. Caminaba de regreso a su casa, con su figura solitaria, golpeando el suelo con el bastón, y balanceando entre los

temblorosos dedos su rosario de cuentas amarillas. Sus dedos temblaban con más nerviosismo aún cuando veía a su esposa Fatheya. La llamaba, pidiéndole algo con voz alta y gutural, de manera que sonase más gutural y más viril de lo habitual. Después, tosía y se aclaraba varias veces el pecho, para asegurarse de que los vecinos se daban cuenta de que el marido de Fatheya, el hombre de la casa, había regresado.

—Desde que ese condenado niño ha entrado en esta casa te has vuelto sorda y ciega. Ocupa toda tu vida, y no te preocupas de otra cosa, a pesar de que sea un niño nacido en el pecado. Le tendí una mano misericordiosa, pero a veces desearía haberle dejado morir ahí fuera. Desde que esta condenada criatura, fruto de la fornicación y el pecado, ha entrado en nuestra casa, hemos padecido una desgracia tras otra. La gente me critica por haberlo recogido, sus lenguas no dejan de moverse y he perdido el respeto que solían tenerme en Kafr El Teen. Hasta mis amigos me han abandonado, y el Alcalde ya no me invita a pasar la velada con él. Me ha aconsejado varias veces que lo envíe a un hogar para niños ilegítimos. Le he prometido que lo haría, pero tú siempre te niegas. No entiendo por qué te sientes tan apegada a ese miserable niño.

Su voz iba apagándose apenas había formulado esta pregunta. No comprendía por qué ella tenía tanto afecto al niño. Después de haberle lanzado la pregunta, el rosario comenzaba a temblar con mayor violencia aún entre sus dedos, como si de hecho él conociese la razón, pero no estuviese dispuesto a admitirla. Sin embargo, era un conocimiento carente de certidumbre, una especie de oscura sospecha de saber lo que uno sabía, y al mismo tiempo, sin estar seguro de ello. El conocimiento y la duda recorrían su cuerpo con un profundo estremecimiento, como una ráfaga helada de viento que se colase por la rendija de la ventana, junto con la luz del amanecer. Podía ver la cara de Fatheya,

su cuello y el pecho redondo y terso al cual el niño se asía con tanta fuerza. Y la pregunta comenzaba a rondarle de nuevo y a deslizarse por encima suyo como el vientre frío y liso de una serpiente. «¿Cómo era que sus pechos daban leche si no había estado embarazada del niño, ni lo había dado a luz?» No había sido el primero en plantear la cuestión. Se la había oído a otro. No podía recordar quién se lo había preguntado. De hecho, estaba seguro de que había sido una pregunta. Ahora que pensaba en ello, se acordaba de que no había sido más que una observación de pasada, que se había dicho en un susurro. Este susurro lo había sentido como un agudo cuchillo que se le hubiese clavado en el corazón. «¿Fatheyá está amamantando al niño?» Trató de negar que lo estuviese amamantando, porque no había visto que le diese el pecho. Todas las mañanas ella solía comprar leche de búfala para el bebé. Sin embargo, la voz susurrante insistía, segura de lo que decía, con una seguridad que no admitía réplica.

Los oídos del jeque Hamzawi advertían el susurro cada vez que caminaba por las calles y pasaba junto a un grupo de personas. Podía ver cómo se aproximaban sus cabezas y oír cuando empezaba. Él pronunciaba con solemnidad el saludo habitual: «La paz sea con vosotros.» Algunos ni siquiera contestaban. Cuando pasaba frente a la tienda de Haj Ismail donde se sentaba el Alcalde, rodeado por el jefe de la Guardia, el barbero y otros hombres, su voz decía con sonoridad: «La paz sea con vosotros.» Se producía un breve silencio antes de que llegase la respuesta en voz baja, fría e insignificante: «Y que la paz sea contigo.» La voz que respondía no era la del Alcalde, ni la del barbero. Era otro hombre el que contestaba. Ninguno de los que estaban sentados le invitaba a unirse a ellos. Regresaba a casa, caminando con la cabeza inclinada hacia el suelo y encontraba a Fatheyá abrazando al niño. Se apoderaba de él un violento de-



seo de arrancarlo de sus brazos y tirarlo por la ventana, pero siempre se limitaba a mirar en dirección al niño, como si se enfrentase a un rival tan formidable que no supiese cómo asirle.

Una noche se quedó despierto hasta que Fatheya se durmió. Se acercó de puntillas al lugar donde estaba acostado el niño al lado de ella, y trató de levantarlo, pero aunque ella estaba profundamente dormida, tenía sus brazos apretados con fuerza alrededor del bebé. Como de costumbre, éste se hallaba aferrado a su pecho. Ella sintió que tiraban de él y se puso a chillar: «Deberías avergonzarte, jeque Hamzawi. Eres un hombre de Dios. Y él es un niño pequeño e inocente.»

—No quiero que siga en mi casa un niño nacido del pecado.

—Entonces yo abandonaré la casa junto con él —dijo ella.

—Tú no eres su madre, y no te irás con él —su voz temblaba al responder.

—No lo dejaré al cuidado de nadie más. La gente no tiene piedad en sus corazones, y él es un niño inocente que no ha hecho ningún mal.

—Este niño nacido del pecado sólo nos traerá problemas —dijo el jeque Hamzawi—. Desde que ha sido traído a nuestro hogar ha caído sobre nosotros, y sobre toda la aldea, un infortunio tras otro. Los gusanos se han comido la cosecha en los campos, y he oído que la gente afirma que es por su causa. Nadie me saluda cuando paseo, Fatheya, y temo que el Alcalde me expulse de la mezquita y nombre a otro jeque en mi lugar. Alguien le ha metido en la cabeza la idea de que a los hombres de la aldea ya no les gusta que yo dirija la plegaria, porque sus plegarias podrían no ser recibidas favorablemente por Dios, ya que el hombre que las dirige ha dado cobijo en su casa a un hijo del pecado y de la fornicación. Si el Alcalde me echa de la mezquita, moriremos de hambre, Fatheya.

—Alá se cuidará de nosotros, jeque Hamzawi, si el Alcalde te expulsa de la mezquita —respondió Fatheya.

—Alá no va a hacer que sobre nosotros caiga maná del cielo.

—¿Cómo es posible que una persona como tú diga estas cosas sobre Dios, jeque Hamzawi? ¿Acaso no dices siempre que Alá cuida de los pobres que le manifiestan su adoración? ¿Por qué no va a preocuparse también de nosotros si el Alcalde te echa de la mezquita? ¿Es que no confías en Alá, jeque? ¿Has desesperado de Su misericordia, tú que ordenas a la gente que nunca pierda la fe? Levántate, jeque Hamzawi, haz las abluciones y ruega a Dios que tenga misericordia de ti y de mí, y de todas las personas de esta aldea.

Él realizó sus abluciones y rezó. Después de las plegarias se sentó en la alfombra de la oración y se puso a repetir versículos del Corán. El niño comenzó a arrastrarse, se sentó frente a él y le miró con ojos interrogadores. Sin embargo, los ojos de jeque Hamzawi estaban tan llenos de odio que le asustaron, y se apartó gateando y chillando con todas sus fuerzas. Fatheya se levantó, lo levantó en sus brazos y comenzó a darle palmaditas. «¿Qué te pasa, cariño, qué es lo que te pasa? ¿Tienes miedo de tu padre, jeque Hamzawi? No tengas miedo de él, cariño. Es tu padre y te quiere, y cuando crezcas un poquitín, te enseñará el Corán, y tú serás el jeque de la mezquita, igual que él. Dirigirás a la gente en la plegaria y los viernes pronunciarás un sermón delante de ellos.»

—Estás soñando, Fatheya —gruñó el jeque Hamzawi—. ¿Crees que la gente de aquí va a aceptar que el jeque de la mezquita sea un hombre que haya nacido del pecado?

—Pero no es culpa del niño —replicó ella con insistencia.

—Ya sé que no es culpa del niño, pero la gente de aquí no piensa así.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué no van a pensar igual que nosotros? No somos distintos de ellos.

—Sí, lo sé, pero la gente es como las olas del mar, nunca se puede saber cuándo se levantará una tempestad, ni por qué. Todos sin excepción me dicen que no es culpa del niño. Pero cuando juntan las cabezas entre sí, dicen otra cosa. Son unos descreídos, Fatheya. No tienen fe en Dios ni les preocupa lo que les ocurrirá en este mundo, o en el próximo. Sus corazones no temen a Dios. A quien temen realmente es al Alcalde. De éste depende el pan de cada día, y si quiere, puede privarlos de él. Si monta en cólera, la cantidad de dinero que ellos adeudan se elevará al doble, y el gobierno enviará un requerimiento tras otro. «O pagas, o se te confiscará la tierra.» Tú no conoces al Alcalde, Fatheya. Es un hombre peligroso, y no teme a nadie, ni siquiera a Alá. Puede ser injusto con las personas y meterlas en la cárcel, aunque no hayan hecho nada que lo merezca. Incluso puede llegar a asesinar a personas inocentes.

—En nombre de Alá el Todopoderoso ¿por qué repites entonces que es un hombre que cree en Alá, y al que le gusta hacer el bien a la gente? Todos los viernes por la mañana oigo tu voz que resuena en la mezquita con tanta fuerza que llega hasta aquí, mientras pronuncias tu sermón ante la gente que está reunida allí, y ruegas a Alá que conceda larga vida al Alcalde, diciendo que es el mejor Alcalde que jamás hayamos tenido en Kafr El Teen, y que siempre ha buscado la verdad y la justicia. ¿Por qué engañas a la gente, jeque Hamzawi?

Su respuesta llegó después de un largo silencio. «No sabes nada acerca de lo que ocurre fuera de las cuatro paredes de esta casa. La vida en el mundo de fuera, con la gente tal como es, no resulta fácil. El profeta nos dice: “Actúa en este mundo como si fueses a vivir eternamente.” El sermón del viernes, Fatheya, no puede referirse únicamente a Alá. En parte tiene que tratar los asuntos

mundanos, y el mundo en que vivimos está controlado por el Alcalde. No podemos vivir si caemos en desgracia ante él. En lo que tiene que ver con el paraíso, estoy seguro de que Alá me enviará allí. ¿No es suficiente con que continúe sufriendo a manos del Alcalde y del jefe de la Guardia, para proteger a un niño inocente? ¿Qué crees tú, Fatheya?»

—Sí, por supuesto —dijo ella apresuradamente—, Alá te recompensará con muchas cosas buenas porque has adoptado a un niño inocente, y por la protección, la ternura y el cuidado que le has brindado.

Aprovechando que el jeque se encontraba de un humor más propicio, Fatheya se sentó a su lado y puso al niño en el regazo de su marido.

—Mírale a los ojos, jeque Hamzawi. ¿No ves cómo te quiere? Exactamente igual a como un hijo ama a su padre. Toma su mano. Mira lo pequeña y lo suave que es, y la manera en que rodea tu pulgar con sus deditos, como si tratase de decirte: «No me abandones, padre. Soy pequeño y débil, y necesito tu ayuda.»

El niño estiró la mano y tocó la cara de Hamzawi. El viejo inclinó la cabeza, sometiéndose a los dedos juguetones y disfrutando al sentirlos mientras se movían por sus bigotes y su barba.

Un día el niño le arrancó un pelo del bigote. Él le golpeó la mano y le dijo: «Qué vergüenza.» Por eso, cuando el niño aprendió a hablar, la primera palabra que dijo fue «enza». El jeque empezó a sentarlo sobre la alfombra de la plegaria y a enseñarle a recitar el Corán. El pequeño trataba de levantar el Corán pero era pesado para él, y un día se le escapó de las manos y cayó al suelo dando un tumbo. El jeque Hamzawi se estremeció de ira y se inclinó con rapidez para levantar el Corán del suelo. Lo besó de un lado, le dio la vuelta para besarlo también del otro, y después golpeó al niño en la mano, diciéndole: «¿Cómo te atreves a tirar el libro de Alá al

suelo, hijo del pecado?» Fatheya vino corriendo al oír cómo lloraba el niño, y cuando el jeque le explicó lo que había sucedido, dijo: «¿Cómo es posible que creas que el niño entienda lo que le estás diciendo, jeque Hamzawi?»

En otra ocasión era mediodía y hacía mucho calor. El jeque Hamzawi estaba sentado como de costumbre con el Corán en las manos, leyendo pasajes del libro. El sueño se apoderó de él y el Corán cayó en su regazo, sobre sus piernas cruzadas. El pequeño se arrastró hasta él y se sentó sobre el Corán. Al cabo de unos instantes el jeque Hamzawi se despertó debido a que algo cálido y húmedo le bajaba por entre las piernas. Abrió los ojos sobresaltado, pensando que se había orinado encima, y descubrió que tenía al niño en su regazo. Debajo estaba el libro de Alá, completamente empapado. Se levantó de un salto, tirando al niño al suelo, le dio un puntapié en el estómago y gritó lleno de enfado: «¿Te orinas sobre el sagrado libro de Alá, hijo de la fornicación?»

El niño palideció y durante unos momentos apenas pudo respirar, como si fuese a quedar asfixiado, o como si hubiese muerto súbitamente. Después lanzó un largo alarido de dolor, que hizo que Fatheya acudiese a toda prisa, con un pánico terrible.

—¿Qué ha sucedido, jeque Hamzawi? ¿Qué le has hecho al niño? —gritó.

El jeque Hamzawi le contó lo ocurrido con una voz temblorosa de ira. Ella tomó al niño en sus brazos y se puso a chillar enfurecida con su marido. «¿Crees que el niño se da cuenta de todo esto? ¿Cómo puedes darle una patada en el estómago con ese pie enorme y pesado que tienes? ¡Si no fuese por la bondad de Alá, podías haberlo matado!»

—Desearía que muriese para así aliviarme de todo el padecimiento que estoy sufriendo debido a él. Ya no puedo soportar la vida en este mundo si esta condenada

criatura va a continuar viviendo en él junto conmigo. Estoy confinado entre estas cuatro paredes, como si fuese una mujer. Ya nadie me visita, y no puedo visitar a nadie. Y cuando camino por la aldea, las personas me evitan para no verse obligadas a saludarme, o a detenerse y hablar conmigo.

El viernes siguiente el jeque Hamzawi salió de su casa como de costumbre, para ir a la mezquita, donde tenía que dirigir la plegaria de la comunidad. Al acercarse a la puerta de la mezquita tres hombres le interceptaron el paso y le impidieron entrar. Él montó en cólera y les gritó: «Soy el jeque de la mezquita. ¿Cómo os atrevéis a impedirme que entre?»

—Ya no eres el jeque de la mezquita —replicó uno de los hombres—. El Alcalde ha ordenado que se prescinda de tus servicios, y ha nombrado otro jeque.

Nadie puede impedirme que entre —gritó airado el jeque Hamzawi—. Alá es el único que puede vetarme la entrada en esta mezquita.

A continuación, avanzó resueltamente hacia la puerta. Sin embargo, uno de los hombres asió su caftán y tiró de él hacia atrás, a lo cual él respondió levantando su bastón y dándole un fuerte golpe en la cabeza. El hombre cayó de inmediato al suelo, y los otros hombres saltaron sobre el jeque Hamzawi. Uno de ellos le dio un potente puñetazo en la cabeza, como si estuviese golpeando la cabeza de un demonio o de una serpiente, mientras el otro le abofeteaba una y otra vez en la cara. Parecía estar desquitándose de algo con él, y quizás recordaba las bofetadas que su padre solía darle cuando era pequeño y le decía: «Alá te abrasará en las llamas del infierno por desobedecer a tu padre.» La cara que ahora tenía delante suyo ya no era la del jeque Hamzawi sino la de su propio padre, pero después de unos instantes cambió otra vez para convertirse en la cara de Alá, quien le había amenazado, en su niñez, con el fuego del infier-

no que abrasaría su piel hasta hacerla desaparecer, y le dijo que cada vez que ardiese su piel, haría que le creciese otra piel en el cuerpo para poder quemarla una, dos, tres, diez y veinte veces, de manera interminable. Cuando vio la cara de Alá delante suyo, se apoderó de él un profundo terror que le hizo golpear al jeque Hamzawi con una furia redoblada.

Los habitantes de la aldea que habían acudido para asistir a la plegaria se apiñaban alrededor del tumulto para observar la pelea. Uno de ellos trató de apartar al jeque Hamzawi de los golpes que llovían sobre la cabeza del infortunado, pero le hizo retroceder un puño poderoso dirigido hacia su propia cara y que casi le da en los dientes. Se retiró farfullando con enfado: «El que trata de detener una riña lo único que consigue es que sus ropas queden hechas jirones.»

Uno de los hombres que rodeaban la escena susurró al oído de otro: «El Alcalde ha quitado al jeque Hamzawi de su puesto, y ha nombrado otro jeque para la mezquita. Ven, vámonos para no faltar a la plegaria.» Cuando él se marchó otros le siguieron, y mientras caminaban, por sus cabezas revoloteaban distintos pensamientos. Algunos oían una voz interior que les decía: «Puesto que la decisión ha venido de arriba, no tengo derecho a oponerme.» En otros la voz interior afirmaba: «Todos los jeques son iguales, de manera que no hay ninguna diferencia. Lo único que puedo hacer es rezar detrás de uno o de otro.»

En el exterior de la mezquita sólo quedaron unos cuantos hombres. Habían olvidado por completo la plegaria de la mañana del viernes. En realidad, ante el espectáculo de la pelea se habían olvidado de casi todo. Permanecieron allí disfrutando de la pelea entre aquellos hombres, sin preocuparse de quién daba los golpes ni de quién los recibía, como si ambas cosas representasen para ellos un disfrute equivalente. Se trataba del

curioso placer que experimentan los hombres cuando asisten a una lucha violenta entre adversarios, ya se trate de seres humanos, gallos o toros. Algunas personas están dispuestas incluso a pagar un alto precio para asistir a un combate y distraerse de los conflictos que padecen en su interior.

El turbante del jeque Hamzawi cayó al suelo y fue pisoteado por la gente que iba y venía. Su caftán había quedado reducido a jirones, y le salía sangre de la boca y de la nariz. Sin embargo, continuaba gritando con furia: «¡Incrédulos impíos! ¡No sabéis quién es Alá! ¿Así es como golpeáis al hombre de Dios que ha dedicado toda su vida a servirle, y a ocuparse de Su santa casa?»

Uno de los mirones dijo: «Si es un hombre de Dios ¿por qué no acude Alá a rescatarle, en lugar de permitir que le peguen de este modo?»

—¿Quién ha dicho que es un hombre de Dios? No lo es, en absoluto —observó otro.

Un tercero intervino en defensa del jeque: «¿Cómo sabes que no es un hombre de Dios? Creo que, sin la menor duda, es un hombre de Dios.»

—¿Y cómo estás tan seguro de que sea un hombre de Alá? Yo digo que no es el hombre de Alá que tú dices que es —retrucó el segundo con enfado. Uno de los hombres del grupo, empero, intervino en la discusión de una manera que zanjó el asunto: «Ni tú ni él podéis saber si es o no un hombre de Dios.»

—Entonces ¿quién lo sabe? —preguntó un hombre que un momento antes había participado en el fragor de la pelea.

Otro de los espectadores afirmó: «Indudablemente, el Alcalde lo sabe. Es el único que lo sabe.»

Hubo un profundo silencio. Nadie se atrevió a objetar lo dicho por el último que había intervenido. Sin embargo, un muchachito que formaba parte del grupo dijo con voz chillona: «¿Cómo puede saberlo el Alcal-



de?» Antes de que pudiese añadir nada, empero, la mano de su padre le golpeó en la boca y con voz áspera le ordenó: «Cierra el pico, muchacho, en presencia de hombres adultos.»

La pregunta del niño, a pesar de todo, quedó planeando sobre el espíritu de los presentes. «¿Acaso Alá es el que le dice estas cosas al Alcalde? ¿Acaso ha hablado con el Alcalde del mismo modo que en otro tiempo habló con el Profeta Mahoma, sean con él la paz y la bendición de Dios? Quizás Alá hable con los santos, y por lo tanto, le haya hablado al Alcalde, que es un hombre devoto.»

Repentinamente el hombre sintió que perdía el aliento. No supo por qué había comenzado a ahogarse, ya que lo único que había hecho era asistir a la pelea, igual que los demás. De algún modo, la voz que había hablado en su interior tenía un tono extraño y hasta terrorífico, aunque lo único que le había dicho era que el Alcalde era un hombre devoto. Sin embargo, la palabra «devoto» había resonado en su interior como si fuese la voz misteriosa del diablo, de manera que repentinamente ese término comenzó a adquirir un tono más parecido a la palabra «disoluto». El pánico se apoderó de él al pensar que había insultado al Alcalde, aunque únicamente había hablado consigo mismo. No podía estar seguro de que la voz de su interior no hubiese sido más que un tenue susurro. Podía haber sido más fuerte de lo que él pensaba, y en ese caso, alguno de los hombres que le rodeaban quizás la hubiese oído decir que el Alcalde era un disoluto. Incluyó la cabeza y agitó la mano como si estuviese expulsando al demonio, murmurando para sí: «Alá, me refugio en Ti contra el condenado demonio.»

—Sí, es el demonio —afirmó muy cerca una voz airada—. ¿Quién que no fuese el demonio iba a golpear a nuestro devoto jeque Hamzawi?

—Pero si ya no es el jeque de nuestra mezquita —comentó un hombre alto que se encontraba entre la pequeña muchedumbre que continuaba por allí.

—Alá no tiene nada que ver con sus simpatías —añadió otra voz en apoyo de lo que había dicho el último en intervenir.

Un hombre bajo con cara de sumisión, y que no había dicho nada hasta entonces, aprovechó un súbito silencio para preguntar en voz baja: «¿Cómo puedes decir eso, hermano? ¿Qué mal ha hecho el jeque Hamzawi?»

—¿Acaso no sabes lo que ha hecho? ¿No vives en esta población? Los gusanos se nos han comido el algodón, y no hemos dejado de tener problemas desde que el jeque Hamzawi acogió en su casa a ese hijo del pecado. ¿Cómo podemos permitir que nos dirija en la plegaria un hombre que adopta a los hijos del pecado y de la fornicación?

El hombre alto estuvo a punto de decir: «El pobre niño no tiene la culpa», pero tragó saliva rápidamente y se mantuvo en silencio al ver la ira que brillaba en muchos ojos. Recordó que su padre solía repetir siempre que los hijos del pecado sólo traían infortunios. Se oyó decir a sí mismo, con una voz que se parecía mucho a la de su padre: «Tienes razón, hermano. Los hijos del pecado sólo traen infortunios» volvió a tragar saliva, y salió apresuradamente hacia su campo. Una voz dijo dentro suyo: «Soy un cobarde.» Pero se encogió de hombros, irguió la cabeza y, esta vez, la voz tenía un tono distinto cuando dijo en voz más alta: «Tiene razón, los hijos del pecado sólo traen infortunios. En caso contrario ¿por qué hemos tenido un problema tras otro desde que el jeque Hamzawi llevó a su casa a este niño?»

El jeque Hamzawi volvió a su casa y se encontró con Fatheya, sangrando por la nariz y por la boca, con sus ropas desgarradas y llenas de polvo, y la cabeza descubierta puesto que había perdido el turbante en la pe-

lea. Ella cayó en la cuenta de que ahora la vida de su hijo estaba en peligro. Ella lo ocultó bajo su velo y dijo: «Ya no podemos vivir en esta aldea.»

—No sé de ningún otro lugar donde vivir —respondió el jeque Hamzawi con una voz llena de desesperación y agotamiento—. Prefiero morir aquí y no en un lugar extraño. Allí nadie nos echaría una mano.

—Alá cuidará de nosotros, Hamzawi. ¿Piensas acaso que Él nos abandonará a nuestro destino?

—Nolo sé —dijo el jeque Hamzawi—. Alá parece haberme abandonado desde que recogí a este niño.

—¿Cómo puedes repetir las mismas cosas que dice la gente de la aldea? —protestó Fatheya.

—¿Por qué te sorprende? ¿Acaso no soy como las demás personas? ¿No soy un ser humano? Jamás he pretendido ser un santo ni un dios.

—¿Qué te propones, Hamzawi? Si no quieres que el niño se quede, antes de que mañana se levante el sol no vas a encontrarle aquí, y nunca volverás a verle en esta casa. Pero yo también me iré con él.

—Haz lo que quieras, Fatheya —respondió el jeque Hamzawi con voz débil—. Vete con él, o quédate aquí, tanto da. Lo único que deseo en la vida es que la gente me deje solo.

—No quiero abandonarte —dijo Fatheya, secándose las lágrimas con las manos—, pero la gente no nos dejará en paz. Cada vez que algo va mal en la aldea, acusan a este pobre e inocente niño. ¿Qué tiene que ver el niño con el gusano del algodón, Hamzawi? ¿Ha sido él el que dijo al gusano que se comiese el algodón? En el cerebro de un búfalo hay más sentido común que en la mente de la gente de Kafr El Teen. ¿Pero adónde iré? No conozco ninguna otra aldea fuera de Kafr El Teen.

Pasaron unos días y Fatheya olvidó las preguntas que se había planteado. La gente ya no hablaba de ellos como antes. Parecía como si lo hubiesen olvidado todo,

o que ya tuviesen bastante con lo que le habían hecho al jeque Hamzawi. Quizás lo hubiesen olvidado, pero un día el viento empezó a soplar, y se llevó con él una chispa de uno de los hornos donde una mujer estaba haciendo pan. La chispa era muy pequeña, del tamaño aproximado de la cabeza de una cerilla, o más pequeña aún. Si hubiese caído en el suelo cubierto de polvo, se habría extinguido. Sin embargo, voló hasta encima de uno de los techos, y sin estar apagada del todo, aterrizó sobre un montón de paja. Si en aquel momento hubiese soplado con fuerza una ráfaga de viento, la habría apagado sin que hubiese tenido tiempo de prender fuego a la paja. De hecho, el viento se aplacó repentinamente, y durante este tiempo una llamita encendió un tallo de paja, y cuando volvió a soplar al cabo de unos instantes, aquella paja estaba ardiendo y las llamas incendiaron todo el montón, después pasaron rápidamente a los bloques de excrementos y los tallos de algodón que sobresalían en los techos de las casas vecinas.

Los habitantes de la aldea no tardaron mucho en ver el fuego. Las mujeres se abofeteaban en la cara y lanzaban chillidos, los niños lloraban de manera desgarradora, añadiéndose al alboroto, y los hombres corrían en círculos sin saber qué hacer. El barbero les gritaba: «¡Buscad cubos de agua, animales!», pero cuando llegaron los cubos, el agua ya no pudo acercarse a las llamas. Cada familia comenzó a contar a sus hijos, sacaron el asno o el búfalo fuera de la casa, o retiraron los ahorros de toda una vida que estaban ocultos en un escondrijo o un agujero practicado en la pared.

El jefe de la Guardia fue corriendo a casa del Alcalde, que había sido informado por teléfono sobre el incendio. El coche de bomberos rojo llegó al cabo de un tiempo, haciendo sonar su campana. Le seguía la ambulancia. Para entonces los niños ya se habían cansado de mirar el incendio, y se dieron vuelta para ver el coche de

bomberos con su escalera, en la que uno podía trepar hasta muy arriba en dirección al cielo. Apenas se detuvo, la rodearon por todas partes, descalzos, con los traseros desnudos y las narices llenas de mocos. En sus caras se apiñaban enjambres de moscas, o bien éstas volaban en nubes oscuras.

Antes de que el sol cayese detrás de las copas de los árboles del otro lado del río, en Kafr El Teen todo parecía haber vuelto a la normalidad. Aquí y allá se elevaban volutas de humo de un techo desnudo cubierto de cenizas negras. Un niño se había ahogado con el humo y yacía muerto cerca de la puerta hacia donde había intentado arrastrarse. Los marcos de algunas ventanas se habían chamuscado y ennegrecido. En el suelo polvoriento podían verse las huellas que habían dejado las ruedas del coche de bomberos, pero muy pronto fueron borradas por las vacas, los búfalos, los asnos y los campesinos que volvían en largas filas desde los campos, una vez finalizada la jornada de trabajo.

Fathey permaneció completamente despierta, con el brazo enroscado con fuerza alrededor del niño. Podía detectar el peligro que se cernía alrededor de ellos, y mantuvo los oídos muy cerca de la pared, tratando de averiguar lo que decían los habitantes de la aldea. En lo más profundo de su ser sabía a la perfección lo que iba a ocurrir ahora. Y por lo tanto, cuando las palabras pronunciadas llegaron a sus oídos, no experimentó la menor sorpresa. «El fuego habría consumido toda la aldea si Alá no nos hubiese concedido su gracia. Desde que ese hijo de la fornicación y el pecado llegó a nuestra población, sólo hemos tenido una desgracia tras otra. Ya ha llegado el momento de que hagamos algo al respecto.»

Ella sintió que el corazón se le aceleraba furiosamente, por debajo del latir débil y lejano del niño que sostenía contra su pecho, envuelto en su velo. Abrió la

puerta lentamente para asegurarse de que ninguno de los vecinos la oía chirriar, y después se escabulló apresuradamente, con los pies descalzos, hasta alcanzar casi la orilla del río. Sin embargo, los ojos la miraban y la rodeaban por todas partes. Oyó la llamada de una voz iracunda: «¿Dónde está el niño, Fatheya?»

—No está conmigo. Está dormido en la casa —respondió, sosteniendo con fuerza el pequeño cuerpo debajo del velo.

—Mientes, Fatheya. Llevas el niño—dijo la voz airada.

—No, no viene conmigo —en su forma de negarlo se advirtió un estremecimiento de miedo aterrorizado.

Trató de escaparse rápidamente, pero una mano avanzó hacia ella y le arrancó el negro velo, dejando a la vista al niño que estaba junto a su pecho, con la boca en uno de sus pezones.

—Es hijo mío. No me lo quites —exclamó llena de terror.

—Ha nacido de la fornicación y nosotros somos un pueblo temeroso de Dios. Odiamos el pecado.

Una mano grande y ruda se estiró en la oscuridad para arrancarle el niño, pero era como si ella y el niño se hubiesen vuelto uno solo. Otras manos se movieron hacia ella, tratando de apartar el niño de su pecho, pero fue inútil. Su pecho y el niño se habían transformado en inseparables.

Para entonces el disco del sol había desaparecido por completo, y ya no era visible detrás del perfil de los árboles que había en la margen opuesta del río. La noche descendió sobre las casas de Kafr El Teen como una pesada sombra silenciosa, con una quietud sin aliento, como si toda la vida hubiese cesado repentinamente. Los hombres, en la parte superior de la orilla, se movían aquí y allá como si fuesen espíritus oscuros o espectros que hubiesen emergido de las profundas aguas del Nilo. Durante la lucha por el niño se desgarraron las ropas de

Fatheyá, y su cuerpo resplandeció blanco y desnudo, como el de una terrible sirena a la luz de la luna. Su cara estaba tan blanca como su cuerpo, y sus ojos estaban llenos de una determinación extraña, casi demente. Fatheyá era suave, redondeada y femenina, pero era también un animal salvaje, que luchaba ferozmente con aquellos que la rodeaban en la noche. Golpeó a los hombres con las piernas y con los pies, con sus hombros y sus caderas, siempre sosteniendo estrechamente al niño entre sus brazos.

Las manos le llegaban de todas partes. Eran manos grandes y encallecidas, con los dedos ásperos. Las largas uñas negras se parecían a los negros cascos de los búfalos y las vacas. Se hundieron en su pecho rasgando la carne de su carne. Los ojos masculinos relampaguearon de lujuria insatisfecha, cayendo sobre su pecho con un ansia salvaje, como un grupo de hombres hambrientos en torno a un cordero asándose al fuego. Cada uno trataba de devorar lo más que podía, por temor a que su vecino fuese más rápido que él. Sus manos se movían como las veloces garras de los tigres o las panteras en una lucha, con las órbitas de los ojos encendidas por una antigua venganza, por un deseo furioso. En unos instantes el cuerpo de Fatheyá se había convertido en una masa de carnerota, y el suelo quedó manchado con su sangre.

Al cabo de un rato, sin embargo, la margen del río estaba igual que siempre por la noche, limitándose a ser una parte de la pesada y silenciosa oscuridad que caía sobre todas las cosas, sobre las aguas del Nilo, sobre la ancha faja de tierra que se extendía a lo largo del río, y sobre las oscuras cabañas de barro y los sinuosos callejones salpicados de montones de excrementos. Los hombres de Kafr El Teen ya habían regresado a sus casas, y se hallaban tendidos en el suelo al lado de sus animales y de sus esposas, como cuerpos sin vida ni sentimientos.

Todos, excepto un hombre, el jeque Hamzawi, que no pudo cerrar los ojos aquella noche, ni tenderse a dormir. Mantuvo el oído junto a la pared hasta que hubo cesado todo sonido, y hasta que la aldea estuvo envuelta por un profundo silencio. Un silencio tan sombrío y tan terrorífico como el silencio de la muerte. Entonces se levantó, caminó hasta la puerta de su casa y la abrió con mucho cuidado con un empujón del hombro para que no chirriase. Salió al callejón, tanteando el camino con el bastón que siempre utilizaba, para asegurarse de que sus pies no chocasen con una piedra, un ladrillo o un gato muerto que algún muchacho hubiese matado con una honda.

Mientras avanzaba lentamente, arrastrando los pies, su bastón chocó contra algo que sus sentidos detectaron que no era una piedra, ni un ladrillo, ni un pequeño animal muerto, sino algo que todavía tenía caliente la sangre de la vida. Se detuvo enseguida, y quedó inmóvil como un espíritu, sin mover un solo músculo, de manera que hasta su rosario de cuentas amarillas dejó de girar entre sus dedos. Sus ojos se clavaron en el cuerpo desnudo de su mujer, que yacía en el suelo, en la parte alta de la margen del río.

Fatheyá se quejaba con una voz débil, y su pecho todavía subía y bajaba con inspiraciones lentas e irregulares.

Él se sentó a su lado y con sus manos asió las de ella. «¡Fatheyá, Fatheyá, soy Hamzawi!» susurró.

Ella abrió sus ojos inyectados en sangre y separó levemente los labios como si tratase de decir algo, pero no se oyó ningún sonido. Él observó que alguien se acercaba a la distancia, se quitó el caftán y cubrió con él el cuerpo de ella. Cuando el hombre estuvo más cerca, reconoció al jeque Mitwali y dijo rápidamente: «Ella está lanzando su último suspiro. ¿Me ayudas a llevarla para que pueda morir en su cama?»



El jeque Mitwali se inclinó de inmediato sobre ella para levantar del suelo su cuerpo sangrante. Pero antes de que tuviesen tiempo de asirla, Fatheya abrió los ojos y miró a su alrededor.

—Está buscando algo—dijo el jeque Mitwali en voz baja.

—Está inconsciente. Llémosla a casa —respondió el viejo en un susurro, secándose el sudor de la frente.

Cuando trataron de levantarla, empero, el cuerpo de Fatheya se pegó al suelo como si estuviese unido con cola. Cada vez que intentaban levantarla, ella abría los ojos y miraba en torno suyo buscando algo.

—No se moverá. Estoy seguro de que está buscando algo—dijo el jeque Mitwali, sondeando aquí y allá la oscuridad con su mirada. De pronto, sus ojos cayeron sobre una pequeña sombra que yacía en la margen del río, a unos pasos de distancia. Fue hasta allí, la levantó del suelo y volvió con el cuerpo roto del pequeño de Fatheya. El jeque Mitwali abrió sus brazos y lo depositó suavemente sobre el pecho de ella. Fatheya lo rodeó firmemente con sus brazos, y cerró los ojos. Y ahora, cuando ellos la levantaron, comprobaron que su cuerpo era ligero y fácil de llevar.

La transportaron hasta la casa, y a la mañana siguiente la enterraron con el niño apretado con fuerza entre sus brazos. Hamzawi le compró un sudario de seda verde y la amortajaron cuidadosamente con él. Excavaron una larga fosa para ella, la depositaron suavemente allí, y a continuación la cubrieron con la tierra que había alrededor. Al terminar Mitwali se secó el sudor de su frente. Su mano se humedeció con algo parecido a las lágrimas cuando se tocó los ojos. Era algo que jamás le había ocurrido antes, o por lo menos él no recordaba haber llorado jamás, salvo quizás cuando era niño.

Sólo Alá y el jeque Mitwali saben que tanto el cuerpo de Fatheya como su sudario quedaron intactos e inmaculados en su tumba.

Apoyó en el suelo las palmas grandes y calientes de sus dos manos, y se sentó con la espalda sobre el tronco de un árbol, estirando las piernas en toda su extensión. Había andado un largo camino, y le dolían mucho. Podía ver sus grandes pies sobre el fondo de la puesta del sol. Estaban hinchados y tenían la piel agrietada e inflamada.

Cerró los ojos y trató de dormir, pero sus párpados se abrieron de nuevo. Su mirada quedó clavada en la cinta interminable del río, con los campos que se extendían en sus márgenes hasta donde alcanzaba la vista. Intentaba averiguar dónde había empezado su mundo de Kafr El Teen, y contemplar las primeras cosas que recordaba; la gran morera donde la margen del río bajaba hasta la acequia, oler los aromas que podría reconocer entre otras mil cosas; el polvo salpicado de agua del arroyo de la aldea, o humedecido por el suave fruto de la morera, o los excrementos mezclados con el salvado del pan de un horno caliente, o el velo de su madre revoloteando al viento cuando caminaba al lado de ella, o el pecho de ésta cuando en las noches de invierno él dormía en la estera, acurrucado a su lado.

Durante muchos años no había olido ninguna de estas cosas. Las había dejado atrás en Kafr El Teen y se había marchado. Nunca había sabido que existían estos olores, hasta el día en que dejó de olerlos, hasta el día en

que se puso el uniforme del ejército y se convirtió en soldado raso. Pasó mucho tiempo sin saber que los había olido antes, y que ocupaban un lugar en su vida. Durante ese tiempo durmió en una pequeña tienda a escasas millas de Suez, conviviendo con otros olores, con el aroma de las balas y las granadas disparadas desde un arma, del cuero ardiente, de las conservas envasadas en latas herrumbrosas, o de la arena del Sinaí cuando los aviones descargaban sus bombas sobre ella o cuando los vientos levantaban tormentas en el desierto. Una noche, sin embargo, abrió los ojos inmediatamente antes del amanecer, y de pronto aquel aroma invadió su nariz. A primera vista no lo reconoció, pero se vio dominado por una extraña felicidad, como si hubiese ingerido o fumado una droga. Súbitamente tuvo el deseo de cerrar los ojos y apoyar su cabeza en el pecho de su madre. Al despertarse por la mañana descubrió que había pasado la noche teniendo bajo la cabeza un paquete que ella le había enviado. Era un bulto pequeño, y un compañero suyo se lo había traído desde su aldea. Antes de abrir el nudo lo aproximó a su nariz, y por vez primera reconoció el aroma con el que había vivido durante años en Kafr El Teen sin haberlo sabido jamás.

Inspiró el aire que soplaba entre las aguas del río y los campos que había a su lado, tratando de detectar el olor familiar del polvo salpicado por el agua fangosa procedente del arroyo cercano, pero su nariz no captó nada que oliese de ese modo. Lanzó una mirada de búsqueda en esa misma dirección, pero no pudo encontrar en ningún sitio nada que indicase que se hallara en las inmediaciones de Kafr El Teen.

Se dio cuenta de que la distancia que existía hasta su aldea podría llevarle largas horas de camino, o incluso días. Sus párpados cayeron sobre sus ojos, obedeciendo a un designio más fuerte que su propia voluntad. Cuando volvió a abrirlos, después de un momento, vio que el

sol se había elevado en el cielo. Pasaron unos instantes antes de que se diese cuenta de que había dormido durante dos días y dos noches. Apoyó las palmas de sus manos sobre el suelo e irguió su cuerpo. La piel de sus palmas era gruesa y estaba encallecida, y en ella aparecía la huella del surco hecho por su fusil. Cuando desfilaba, o estaba en posición de firmes, o se ponía el arma en el hombro para apuntar al blanco, había reposado en el surco hecho por largos años de trabajo con la azada, y lo había ahondado aún más. Cuando se puso en pie su cuerpo era como una caña de bambú, alto y delgado, pero sus pies estaban hinchados. De las grietas de la piel salía pus y sangre, y las grietas tenían los bordes oscuros y llenos de barro, por los muchos kilómetros que había caminado. El ardiente disco del sol estaba justo encima de su cabeza y lanzaba sus rayos sobre él, y debajo de las plantas de los pies el suelo parecía estar formado por agujas calientes. Ya no podía saber dónde se encontraba, porque el Canal de Suez era una faja de agua y las agujas calientes debajo de los pies correspondían a la arena de sílice de la retirada del Sinaí, que perforaban su piel torturada.

Empezó a dar boqueadas, y ante sus ojos se pusieron a bailar círculos rojos. Cerró los ojos para detener el movimiento giratorio. De pronto se produjo una explosión. Conocía muy bien ese sonido. Era terrorífico como un trueno, o un temblor de tierra, o como ambas cosas, como si hubiesen chocado la tierra y el cielo. En menos de un segundo se tendió enroscado sobre el suelo, con el mentón hundido en la tierra, y la cabeza protegida firmemente debajo de los brazos. Después, se arrastró con celeridad sobre el suelo buscando una zanja, un agujero o un hueco entre dos dunas de arena. Allí se tendió de bruces, completamente inmóvil, como si estuviese muerto o congelado.

El sonido se desvaneció y fue sustituido por un silencio aún más profundo que antes. Abrió los ojos len-

tamente, mirando asustado el cielo y buscando algo que volase allí arriba. Mas no había nada. Ni un avión, ni una llamarada, ni humo, ni una nube grisácea. Sólo el disco abrasador del sol que ardía en las alturas. Sus ojos bajaron del cielo y miraron a su alrededor, y cuando dieron con el río y los campos se dio cuenta de que ya no estaba en el desierto. La guerra había terminado, y él volvía a pie a su casa, a Kafr El Teen. En el instante siguiente advirtió que se había reunido un grupo de niños en torno suyo. Le habían visto saltar repentinamente por la pendiente de la orilla, dentro de la zanja. Detrás de los enjambres de moscas, sus ojos estaban muy abiertos por la sorpresa. Se apartó de ellos sobre sus pies hinchados. Podía oírles reír detrás suyo. Una voz aguda gritó: «Allí va el idiota.» De inmediato los demás niños se unieron al grito y empezaron a canturrear al unísono: «Allí va el idiota.» A continuación, comenzaron a arrojarle piedras.

Cuando llegó a las afueras de Kafr El Teen el sol había descendido por detrás de las copas de los árboles que estaban del otro lado del río Nilo. La noche oscura caía lentamente sobre las bajas cabañas de barro, y las filas de búfalos y de vacas avanzaban lentamente a lo largo de la orilla, de regreso a casa. Detrás iban grupos de campesinos que caminaban cansinamente, con las espaldas encorvadas por el trabajo incesante, y los pies agotados debido al ir y venir cotidiano.

Zakeya ya estaba en casa. La búfala se encontraba en el establo, y ella se había puesto en cuclillas, como era habitual, cerca de la puerta, sobre el umbral polvoriento de su casa, con la espalda contra la pared. No se movía ni hablaba. Ni siquiera movía una mano, y tampoco sacudía la cabeza. Sus grandes ojos negros contemplaban la noche. Para Zakeya era igual permanecer despierta o dormir, estar con los ojos abiertos o cerrados, porque la noche era siempre como un manto oscuro.

Ella no sabía si estaba dormida o despierta, no sabía si lo que veía era real o era otro sueño, o un espíritu. No podía saber si el hombre que en aquel momento había surgido frente a ella era su hermano Kafrawi o su hijo Galal. Su hijo Galal no se parecía en nada a su hermano Kafrawi. La última imagen que tenía de él correspondía al día en que se lo habían llevado al ejército. Ella le vio marchar entre dos hombres. Entonces era joven y fuerte, y caminaba erguido, con los ojos fijos en algo que podía ver delante suyo. Y la última imagen que tenía de Kafrawi era la del día en que se lo habían llevado a la cárcel. Caminaba entre dos hombres, con aspecto envejecido y encorvado, mirando al suelo. Pero ahora no sabía quién de los dos había aparecido súbitamente ante sus ojos. La cara era la de Galal, pero la mirada rota de sus ojos y la espalda que se inclinaba era sin duda la de Kafrawi.

Oyó en la oscuridad una voz parecida al susurro de Galal. Tenía un sonido débil y apagado. «Madre... ¿no me reconoces? Soy Galal. He vuelto del Sinaí.»

Ella continuó mirándole con sus ojos negros. No podía saber si estaban abiertos o cerrados, si aquello era real o sólo un sueño. Estiró la mano para tocarle. Siempre que solía buscarle a tientas por la noche, su cara parecía desvanecerse y los dedos de ella se cerraban en una oscura nada. Esta vez, sin embargo, asió una mano de carne y hueso, una mano grande y cálida exactamente igual a la de Galal. La aproximó a su cara. Tenía el mismo aroma que su pecho, el mismo aroma que su leche antes de que se le hubiese agotado. Era el aroma propio de la mano de su hijo, no había ninguna duda al respecto.

—¡Hijo mío, Galal, eres tú! —susurró con voz débil y ronca, hundiendo la cara en la mano de él.

—Sí, madre, soy Galal —dijo él, inclinando la cabeza. Ella le tocó la cabeza y el cuello, los hombros y los bra-

zos, las piernas y los pies, con sus grandes manos ásperas. Ella estaba asegurándose de que no había ninguna herida y de que no le faltaba ningún trozo, asegurándose de que estaba íntegro.

—¿Estás bien, hijo mío? —susurró Zakeya.

—Sí, madre —respondió—. Estoy bien. ¿Y tú? ¿Estás bien, madre?

—Sí, hijo mío. Estoy bien.

—Pero no eres la misma que cuando te dejé —dijo, mirándola con ansiedad.

—Fue hace cuatro años. Es mucho tiempo, hijo. Mucho tiempo, y tú, Galal, tampoco eres el mismo.

—No es nada —dijo—. Estoy cansado por el largo trecho que he tenido que caminar. Ha sido muy largo. Necesito descansar.

Se tendió junto a ella en el suelo cubierto de polvo. Ella frotó sus pies con agua caliente y sal, y a continuación los envolvió en su velo. Los ojos de él estaban abiertos de par en par, mirando al cielo de la cabaña de barro. Ella se puso en cuclillas a su lado, con los labios firmemente apretados. En determinado momento los separó levemente, como si fuese a contarle la historia de lo que había ocurrido, pero los cerró de nuevo y se mantuvo en silencio. Sin embargo, después de unos instantes, oyó que su hijo le preguntaba: «¿Cómo está mi tío, Kafrawi?»

Ella permaneció en silencio durante largo rato antes de decir: «Está bien.»

—¿Y Nefissa? ¿Y Zainab?

Zakeya vaciló por un momento, y a continuación, con una voz casi inaudible, dijo: «Están bien. ¿Quieres comer algo? Probablemente no te has llevado nada a la boca desde hace días.»

Se levantó y fue a buscar la cesta del pan, un trozo de queso viejo y encurtidos. Después, mientras caminaba hacia la puerta, dijo: «Voy a comprarte un trozo de confitura de sésamo en la tienda de Haj Ismail.»

Galal se dio cuenta de que su madre le estaba ocultando algo, y la miró con creciente ansiedad. «No quiero comer. Ven, siéntate aquí y dime qué ha ocurrido. Me ocultas algo. No eres la misma que cuando te dejé.»

Los ojos de ella evitaban mirarle, y se dirigían hacia algo en la oscuridad. Quedó en silencio durante un rato, y después él la oyó susurrar: «Nefissa ha huido.»

Hubo otro largo silencio tan pesado y tan opresivo como la oscuridad circundante que había cubierto la aldea. Una vez más sus labios se abrieron para que surgiese el mismo susurro. «Y Kafrawi está en la cárcel.»

Esta vez Zakeya cerró los labios como si intentase no volver a abrirlos nunca más. Después de un largo rato, le oyó preguntar con una voz muy baja, que salía de algún sitio oculto en el interior de las sombras: «¿Y Zainab?»

La voz de Galal tembló al pronunciar ese nombre, tembló con vacilación, deseando preguntar y temiendo la respuesta, deseando conocer y con miedo de lo que iba a revelársele. Una extraña sensación se apoderó de él en el momento en que vio la cara de Zakeya, la sensación de que había ocurrido algo terrible mientras él estaba lejos. Kafrawi era su tío, y Nefissa, su prima. Pero Zainab siempre había significado algo distinto para él. Cada vez que la oía llamar a su tía Zakeya, experimentaba un estremecimiento en su interior. Cuando sus ojos se encontraban, él sentía que sus piernas se debilitaban, como si sus músculos experimentasen un repentino cansancio y necesitasen descanso. Deseaba apoyar la cabeza en el pecho de Zainab y cerrar los ojos. Si lograba vislumbrar sus piernas desnudas cuando ella se sentaba con su madre frente a su horno, se veía dominado por el fuerte deseo de llevársela donde no pudiese verles nadie, a un lugar donde pudiese cerrar una puerta y rodearla con sus brazos.

Su madre se daba cuenta de lo que pasaba en el interior de Galal, sentía el temblor de su voz cuando él lla-



maba a Zainab, notaba cómo buscaba con los ojos a la muchacha cuando ella estaba en el campo. Podía sentir cómo ardía con un oscuro deseo cuando Galal oía la voz de ella antes de que entrase en casa, y comprobaba que la sangre caliente enrojecía lentamente la cara oscura de su hijo cuando la muchacha se ponía en cuclillas a su lado.

Una noche, estando él al lado de su madre sobre la estera, ella oyó un gemido ahogado. Zakeya susurró en la oscuridad: «¿Te ocurre algo, Galal?»

—Quiero a mi prima Zainab —replicó sin abrir los ojos.

—Te casaremos con ella, hijo mío, cuando vuelvas del ejército —dijo Zakeya, dándole palmaditas en la cabeza como si fuese un niño.

Ahora, sin embargo, Zakeya permanecía en silencio. Galal levantó la cabeza que tenía inclinada, la miró en la oscuridad, y aunque no pudo verle la cara, advirtió que los ojos de su madre contemplaban la puerta de hierro que se levantaba en la noche, a cierta distancia de su casa.

Galal volvió a plantearle la pregunta, y esta vez se esforzó al máximo por ocultar el temblor de su voz. «¿Y Zainab? ¿Qué hizo cuando su padre y su hermana ya no estaban en casa?»

—Empezó a trabajar en la casa del Alcalde.

Galal no pudo evitar que su voz temblase al preguntar:

—¿Qué es lo que hace?

—Lava, barre y limpia la casa.

El cuerpo de Galal comenzó a sentir escalofríos cuando volvió a preguntar: «¿Y dónde pasa la noche?»

La pasa aquí conmigo, hijo mío. Ahora está dormida, sobre el horno.

Galal tragó saliva rápidamente. Gradualmente fue desapareciendo el temblor de su cuerpo. Apoyó las ma-

nos en el suelo, y después hizo una pausa antes de levantarse. «¿Tienes una *galabiyya* limpia para mí, madre?»

—Sí, hijo. Hemos conservado la *galabiyya* nueva que te habías hecho antes de alistarte en el ejército.

Él se sintió volver a la vida. «Caliéntame un poco de agua. Quiero darme un baño», dijo.

Cuando el jefe de la Guardia entró en la sala donde estaba el Alcalde, comprendió de inmediato por qué le había mandado llamar. Desde el día en que Galal se había casado con Zainab, el jeque Zahran había esperado que llegara este instante. Había comunicado sus temores a Haj Ismail, pero el barbero de la aldea intentó tranquilizarle: «No te preocupes, jeque Zahran. Galal ha vuelto desmoralizado por la guerra, y no osaría desafiar al Alcalde. En realidad, debería sentirse orgulloso de que su mujer esté trabajando para el hombre más importante de nuestra población.»

—No conoces a Galal tan bien como yo —dijo el jeque Zahran—. Es uno de esos estúpidos que sienten celos por sus mujeres. Y desde que era una niña, él ha estado enamorado de ella.

—Como es un estúpido, no se verá asaltado por dudas a ese respecto. Las personas inteligentes son las únicas que se plantean interrogantes —comentó Haj Ismail.

—Pero él se ha negado a enviar a su mujer a casa del Alcalde —dijo el jeque Zahran.

—Los tontos como él prefieren comer pan seco y sal, en vez de enviar a sus esposas a trabajar como criadas en una casa. Piensan que el trabajo de una criada es infamante.

—¡Pero no se trata de una casa cualquiera! Es la casa del Alcalde —objetó el jeque Zahran.

—Los imbéciles no advierten las diferencias entre las casas, jeque Zahran. Para ellos una casa no es más que una casa.

—¿Qué haremos si impide que vaya Zainab?

—No empieces a preocuparte desde ahora —dijo el barbero de la aldea—. Para entonces es posible que el Alcalde ya haya tenido bastante con ella, y no desee que continúe yendo por su casa. Ya sabes que él se aburre con mucha rapidez, y ninguna de estas muchachas le ha durado demasiado tiempo.

Sin embargo, se demostró que los temores del jeque Zahran estaban justificados, y llegó el día en que el Alcalde le dijo, con una voz que no admitía discusión: «Anda, y vuelve con Zainab.»

De modo que el jeque Zahran y Haj Ismail se sentaron frente a la tienda fumando el narguile mientras sopesaban el problema.

—No conoces a Galal como yo —repetía el jeque Zahran—. Es cierto que es un idiota, igual que el resto de los aldeanos de Kafr El Teen. Pero no podemos estar seguros de que no haya aprendido unas cuantas cosas desde que se alistó en el ejército y estuvo en el *Misr*. No olvides que todos estos años ha estado viviendo en compañía de soldados. Dudo que podamos continuar engañándole con amuletos. Ahora tenemos que pensar en algo diferente.

—Los hombres de esta aldea son cobardes, pero no se avergüenzan de nada. Haz que su corazón tenga miedo, jeque Zahran. Tú sabes cómo lograrlo.

—Es cierto. Pero con hombres como Galal, prefiero hacer las cosas sin apelar a la fuerza. No le conoces bien. No es como Kafrawi, y como sabes, podría crear muchos problemas en el pueblo. Las cosas están empeorando, y la gente ha comenzado a abrir los ojos mucho más que antes. Los precios suben sin cesar y los campesinos deben cada vez más impuestos al gobierno. El Alcalde ya no es tan popular como en otros tiempos.

—Sin embargo, antes has tratado de convencerle y has fracasado —dijo Haj Ismail—. Ahora no tienes otra elección que utilizar un poco de fuerza.

El jeque Zahran permaneció silencioso durante largo rato, como si estuviese absorto en sus pensamientos. Haj Ismail esperó con paciencia un tiempo, pero —incapaz de seguir conteniéndose— acabó por preguntar: «¿En qué estás pensando, jeque Zahran?»

—Estoy pensando en cuál será la manera más fácil. No quiero emplear la fuerza —respondió el jeque Zahran.

Haj Ismail le miró durante largo tiempo antes de decir en voz baja: «¿Tienes miedo a Galal, jeque Zahran?»

El jefe de la Guardia se atusó los bigotes. «Galal no me atemoriza. Pero esta vez tengo la sensación de que va a ocurrir algo. No lo sé con precisión, pero estoy inquieto. La gente ha cambiado, Haj Ismail. Personas que en un tiempo no podían mirarme a los ojos, ahora me miran a la cara, de hito en hito, y ya no inclinan la cabeza hasta el suelo cuando paso. Ayer uno de los aldeanos se negó a pagar los impuestos y se puso a gritar: “Trabajamos todo el año y lo único que conseguimos es endeudarnos con el gobierno.” Antes nunca había oído a ninguno de ellos decir esta clase de cosas. Los campesinos están cada vez más hambrientos. Lo único que tienen para comer es un poco de pan seco y queso salado con gusanos. El hambre ofusca a los hombres. No les deja ver a nadie, ni a sus gobernantes ni a Dios. El hambre alimenta la herejía, Haj Ismail.»

—Siempre han estado hambrientos. No es nada nuevo, y los aldeanos siempre han vivido de pan seco y queso salado con gusanos. Nunca han conocido otra cosa. —Quedó en silencio durante un instante, y después siguió como si se le hubiese ocurrido una idea—: Jeque Zahran, en vez de intentar atemorizarle ¿has pensado en tratar de tentarle con algo que valga realmente la pena? Zakeya y Galal se hallan endeudados hasta el cue-

llo, y tú eres el encargado de recaudar los impuestos que deben al gobierno. Si le sugieres a Galal que estarías dispuesto a mostrarte benévolo, esto podría ser muy eficaz para que se muestre menos tozudo.

—No tienes ni idea de las cosas que he intentado con Galal desde que supe que se había casado con Zainab —dijo el jeque Zahran—. Si hubiese podido impedir el matrimonio, lo hubiera hecho, pero me enteré demasiado tarde. Desde aquel momento sabía que iba a llegar el día en que el Alcalde me mandase llamar para que le trajese de nuevo a Zainab. Traté de convencer a Galal de que no era necesario que le impidiese a ella ir a casa del Alcalde, pero él me dijo que era ella la que se negaba a volver.

—En tu opinión ¿cuál de los dos es el que se niega? —preguntó Haj Ismail.

—Lo más probable es que se trate de la influencia de él, puesto que Zainab siguió trabajando para el Alcalde hasta el momento de casarse —respondió el jeque Zahran.

—Ella debe quererle de veras. O quizás crea que es pecado ir a casa del Alcalde ahora que está casada.

—En todo caso —dijo el jeque Zahran—, es evidente que la presencia de Galal a su lado le da ánimos para negarse a ir.

—¿Qué hiciste entonces?

—Después —dijo el jeque Zahran—, traté de hacerlo que antes has sugerido. Le dije que podíamos disminuir los impuestos que tiene que pagar al gobierno, pero no me pareció que le interesase para nada. Ahora no tengo otra alternativa que apelar a mi autoridad.

—¿Pero qué es lo que puedes hacer?

—Tendrá que pagar sus deudas de inmediato, o le confiscaremos la tierra.

—Pero la tierra es la vida para un campesino —dijo Haj Ismail—. Si la confiscas, es como si le quitases la vida. Además, podrías encontrarte en un apuro si apli-

cas esta medida únicamente a Galal. Todos los campesinos deben impuestos al gobierno, ¿por qué sólo él? Es mejor que pienses algo diferente, jeque Zahran.

El jeque Zahran no contestó. La única salida que ahora se le ocurría consistía en desembarazarse de Galal de un modo u otro. Se había desembarazado de Kafrawi arreglando las cosas de manera que fuese acusado de un crimen y acabase en prisión. Continuó aguzando el ingenio para encontrar una solución.

Haj Ismail no podía oír las preguntas que estaban planteándose en la mente del jeque Zahran, pero le bastó con mirar su cara para saber en qué dirección avanzaban sus pensamientos. Ambos se sumieron en un silencio prolongado. Lo único que podía oírse era el gorgoteo del narguile, o el ruido que hacía Haj Ismail cuando de vez en cuando se aclaraba la nariz y la garganta. La oscura noche ya había caído sobre Kafr El Teen con su pesado manto, y el aire apenas se movía sobre la superficie del río. Las sombrías chozas de barro y las tortuosas callejas parecían hundidas en un silencio tan inmóvil y tan profundo como el silencio de la muerte, como el final de todo movimiento.

Zakeya estaba sentada tan inmóvil como de costumbre en el polvoriento umbral de su casa, mirando el callejón con sus ojos negros, y la puerta de hierro con sus barrotes, cuando oyó el ruido de muchas voces, y vio que un grupo de hombres entraba en el portal, precedidos por el jefe de la Guardia. La voz de éste resonó en el pequeño patio: «¡Buscad en la casa!»

Antes de que hubiese tenido tiempo de preguntar qué querían, o de comprender lo que estaba sucediendo, los hombres empezaron a moverse por la pequeña choza de barro buscando por todas partes, detrás de las puertas, encima del horno y sobre el techo, en todos los huecos y agujeros, por pequeños que fuesen. Ella les veía con una mirada aturdida en sus ojos abiertos de par en par. Después de unos instantes apareció un hombre que traía una pequeña bolsa. Se acercó al jefe de la Guardia y dijo: «Lo hemos encontrado, jefe Zahran. Lo había escondido encima del horno.»

El jefe de la Guardia gritó con todas sus fuerzas: «¡El ladrón! Detenedle de inmediato. ¿Dónde está tu hijo, Zakeya?»

—En el campo —respondió con voz llena de terror—. ¿Qué queréis de él? ¿Qué ha hecho?

—Tu hijo Galal es un gran ladrón, Zakeya. Ha robado esto de casa del Alcalde —dijo el jefe Zahran, sosteniendo el pequeño paquete—. ¡Mira! —añadió, mientras lo abría—. Está lleno de monedas de plata.



Se apoderó de ella una sensación de estupefacción, que pronto quedó superada por un creciente terror, al ver centenares de monedas de plata que destellaban a la luz de las lámparas de queroseno. Sin embargo, gritó con tono desafiante: «Mi hijo no roba, jeque Zahran, y él nunca ha estado en casa del Alcalde.»

Los labios del jeque Zahran se curvaron con gesto sarcástico, al que siguió un resoplido y una risotada irónica. «No conoces en absoluto a tu hijo, o estás fingiendo que no sabes lo que ha hecho. ¿Estás segura de que no te ha dicho nada sobre esta bolsa?»

—No, jeque Zahran—contestó rápidamente—. No sé nada. Y sin la menor duda mi hijo Galal no es el que robó estas monedas.

El jefe de la Guardia dio otro resoplido y preguntó: «Entonces, te ruego que me digas quién las robó, Zakeya, y quién las escondió sobre tu horno. ¿Acaso algún espíritu?»

Ella se palmeó la cara varias veces con ambas manos y gritó: «¡Jamás, jamás! Mi hijo Galal no es un ladrón. No te lo llevarás de casa como hiciste con Kafrawi.»

No obstante, se lo llevaron. Galal no podía entender lo que estaba ocurriendo. Se lo llevaron del campo directamente a la comisaría de policía, con la misma *galabiyya* que se ponía para trabajar. A partir de ese momento lo trasladaron continuamente de una habitación a otra, y le interrogaban sin pausa. Caminaba como en sueños y la mirada de sus ojos indicaba con elocuencia que no entendía en lo más mínimo lo que pasaba a su alrededor. Tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla. No sabía qué contestar cuando le hacían preguntas y todo lo que decía era: «No sé nada. No sé por qué estoy aquí. No sé nada de esa bolsa. Nunca he estado en casa del Alcalde.»

Entonces, empero, trajeron a los testigos. Uno de ellos era el jefe de la Guardia en persona. Hubo un testi-

go que afirmó que le había visto salir corriendo por una puerta trasera de la casa del Alcalde. Otro testigo aseguró que llevaba consigo algo que tenía el aspecto de un paquete pequeño. Un tercero sostuvo que le había llamado al verle, pero que en vez de responder, Galal había continuado corriendo hasta desaparecer por una puerta que estaba enfrente de la casa del Alcalde. El jefe de la Guardia fue el último de los testigos en declarar. Dijo que siempre había tenido en gran consideración a Galal, como soldado que había cumplido con su deber defendiendo la tierra de sus antepasados, y siempre creyó que podía fiarse de él y que era digno de confianza. Sin embargo, al enterarse de las cosas que se habían puesto en su conocimiento, se vio obligado a efectuar una inspección en la casa donde vivía Galal. Después de una breve pausa, añadió que ésta era la primera vez que Galal había cometido un robo. No podía comprender qué le había impulsado a ello, excepto quizás que adeudaba al gobierno una gran cantidad de dinero en impuestos atrasados, y estaba obligado a pagar como mínimo una parte de la deuda, o las autoridades habrían tomado las medidas que son normales en estos casos.

Era evidente que el jefe de la Guardia sabía exactamente lo que había que decir al tratar con la policía. Estaba muy versado en el lenguaje de ésta, y los policías también entendían lo que él trataba de decir.

Apenas hubo acabado su declaración, el juez se volvió hacia Galal y le preguntó: «¿Tienes algo que decir en favor tuyo?»

—No sé nada acerca de esta bolsa —repitió Galal por centésima vez. El sudor le caía por la frente y miraba aturdido a su alrededor—. Nunca he entrado en casa del Alcalde —añadió.

Ellos, empero, lo enviaron a la cárcel. Se encontró allí en una estrecha habitación atestada de gente, y apenas podía respirar o moverse. Cuando sus ojos se acos-

tumbraron a la carencia de luz empezó a mirar en torno suyo. Pudo ver las caras cetrinas del color del cuero oscuro. Los ojos eran negros y grandes, y le miraban con la expresión propia de hombres que se han resignado a su destino, y que han dejado de luchar hace mucho tiempo. Por un momento creyó haber visto la cara de su tío Kafrawi. Susurró: «¿Tío Kafrawi?»

Pero una voz le respondió en la oscuridad: «¿Quién es Kafrawi, hijo mío?»

Cuando vinieron a llevarse a Galal, Zainab se agarró al brazo de él y chilló: «¡No os llevéis a mi esposo lejos de mí! ¡Llevadme con él!» Sin embargo, las manos rudas y fuertes de los hombres la echaron a un lado y metieron a Galal en la pequeña furgoneta.

Ella no pronunció una sola palabra durante tres días, ni fue al campo, ni llevó a la búfala con la cuerda atada al cuello, mientras ésta avanzaba pesadamente detrás suyo. Ni siquiera fue al río para llenar de agua el cántaro, ni cocinó, ni hizo pan. Se limitó a sentarse al lado de su tía Zakeya en el polvoriento umbral de su casa, siguiendo con sus ojos en silencio el camino que la furgoneta había tomado cuando se llevó a Galal a la prisión.

El tercer día se levantó, fue al establo, sacó la búfala y salió de la casa llevando el animal detrás suyo. Volvió sin la búfala, pero entre los pechos escondía un pañuelito anudado en torno a unas cuantas monedas. Cuando llegó se puso en cuclillas al lado de su tía Zakeya sin decir nada.

El cuarto día, al romper la aurora, se levantó de nuevo y salió sola. Caminó hasta llegar a la parada del autobús. Lo tomó en dirección a Bab El Hadeed, y a continuación preguntó a un transeúnte dónde se encontraba la cárcel. A lo largo del camino siguió preguntando a diferentes personas hasta llegar a una

estación. Allí tomó un tren, y al bajar continuó a pie hasta encontrarse frente a la gigantesca puerta de la prisión. Sin embargo, el hombre que estaba en la puerta le dijo que no se permitían visitas si no se disponía de una autorización por escrito.

Zainab preguntó: «¿Cómo puedo conseguir un permiso para visitar a mi marido en la cárcel?»

El hombre se lo explicó, y después de oír la explicación, Zainab regresó a pie por el mismo camino, tomó un tren y logró volver a Bab El Hadeed. Allí encontró un tranvía que la dejó enfrente de un enorme edificio lleno de gente, mesas y papeles. Entró en el edificio y se perdió entre toda aquella gente. Una vez dentro fue de despacho en despacho hasta que llegó la hora de la salida. Las cosas continuaron así durante varios días. Zainab tenía la sensación de que iba dando vueltas y vueltas en un viaje inacabable. Después de un tiempo se le terminó el dinero que llevaba. Al salir se encontró con un hombre amable. Era uno de esos hombres que ayudaban a las mujeres que necesitaban pasar la noche en la mezquita de Al Sayeda. Pero en vez de llevarla a la mezquita se la llevó a pasar la noche con él en su habitación.

Después de esto nadie de Kafr El Teen supo nada más acerca de Zainab.

Desde el día en que se habían llevado a Galal y desde que Zainab se había ido tras él, Zakeya continuó sentándose en el suelo polvoriento de la entrada de su casa, sin moverse ni decir nada. Sus ojos contemplaban la noche con una ira terrible, como si fuese la ira de un animal salvaje acosado por los cazadores. En su mente iba surgiendo algo muy lentamente, algo parecido al pensamiento, una especie de lucecita que aparecía en un cielo oscuro. Durante unos momentos se encontraba allí, y en otros, desaparecía. Buscaba a tientas en su mente esta pequeña estrella en la noche infinita, como si buscase el extremo del hilo en un ovillo de algodón, pero siempre se le escabullía.

No obstante, la oscuridad de su mente ya no era la misma. Había cambiado. Su mente tampoco era la misma que antes. Algo había empezado a moverse en ella, algo pequeño que revoloteaba en su interior. Y en el interior de la cabeza se le planteaba una pregunta que jamás se había formulado antes, y que iba creciendo cada vez más hasta que se convirtió en un timbre de alarma. Si no había sido Galal, y de eso estaba segura, ¿quién había sido?

De pronto recordó el día en que el Alcalde había mandado buscar a Zainab. Desde que la muchacha se había casado, había hecho a Alá el voto de no volver a pisar la casa del Alcalde. Arrodillándose en la alfombra

de la plegaria, Le había dicho: «He hecho lo que querías que hiciese, Dios mío, y te agradezco que hayas sanado a mi tía Zakeya. Ahora soy una esposa que ha contraído matrimonio legalmente, de conformidad con la *Sunna* de Alá y Su profeta, y nunca volveré allí.» Aquella noche oyó una voz procedente del cielo que le decía: «Sí, Zainab, ahora eres una esposa, y Alá te prohíbe que vuelvas allí.»

Fue como si esta nueva conciencia le hubiese dado una fortaleza que nada podía superar. Ningún poder de la tierra la convencería de que fuese a la casa del Alcalde. Cuando el jefe de la Guardia vino a buscarla, Zainab insistió: «No, no iré. Me niego a desobedecer a Alá, jeque Zahran.»

—¿Pero quién te ha dicho que si vuelves a casa del Alcalde estarás desobedeciendo a Alá? Por el contrario, fue Alá quien te ordenó que fueses a casa del Alcalde ¿no? —preguntó el jeque Zahran.

—Eso fue antes de casarme —gritó Zainab—. Ahora soy una esposa y Alá me ha prohibido que vaya allí.

Zakeya estaba sentada en su sitio habitual, escuchando lo que decían. De pronto, se encendió otra estrellita en la penumbra de su mente. Al principio no pudo captar nada, pero en su cabeza algo fue abriéndose paso lentamente, avanzando poco a poco al principio, pero después con mayor rapidez. Una vez que comenzó a pensar, tenía que continuar. Zakeya había asido entre sus dedos el extremo del hilo y ahora el ovillo continuaría girando y girando hasta llegar al final, por largo que fuese.

Otra pregunta no tardó en revolotear por su mente, con un susurro leve que fue creciendo cada vez más. En medio de la noche —la noche después de que Galal hubiese sido arrastrado a la cárcel— Zainab sintió que su tía Zakeya le daba un violento golpe con el puño cerrado, cuando estaba tendida en la estera al lado de ella.

Cuando vio los ojos de la anciana un escalofrío recorrió la espalda de Zainab. Estaban abiertos de par en par, y en su interior parecía ocurrir algo terrible. La oyó susurrar con una voz extraña y áspera: «¡Zainab!, ¡Zainab!»

Zainab le respondió: «¿Qué sucede, tía?»

—Estaba ciega, pero ahora mis ojos se han abierto.

—Nunca has estado ciega —dijo Zainab, estremeciéndose al ver los ojos de su tía—. Tus ojos eran perfectos. Dime ¿qué ocurre?

Por un momento Zainab pensó que su tía había caído enferma de nuevo. La tomó de la mano y dijo: «Acuéstate, por favor, acuéstate, tía. Estás cansada. No has pegado ojo desde que Galal se marchó.»

Sin embargo, la mirada de terror en los ojos de Zakeya continuaba allí, como si hubiese enloquecido, y no dejó de susurrar ásperamente.

—Sé quién es. Lo sé, Zainab. Lo sé.

—¿Quién? —preguntó Zainab desorientada, y todavía estremeciéndose.

—Es Alá, Zainab, es Alá —contestó con un tono distante, como si su mente errase muy lejos de allí.

Ahora el cuerpo de Zainab comenzó a sacudirse violentamente. Asió la mano de su tía: estaba fría como el hielo.

—Pide a Alá que tenga piedad de ti. Haz tus abluciones y reza, para que Alá nos perdone a las dos, y tenga misericordia de nosotras.

—No digas eso, Zainab. No sabes nada —gritó con una ira repentina—. Yo soy la única que lo sabe.



Zakeya continuaba poniéndose en cuclillas en la entrada de su casa, con los ojos bien abiertos, mirando atentamente la noche. Ahora jamás dormía, y ni siquiera cerraba los ojos. Atravesaban la oscuridad hasta llegar al otro lado del callejón, donde se alzaba la enorme puerta de hierro de la casa del Alcalde. No sabía exactamente qué estaba esperando. Pero apenas vio aparecer los ojos azules entre los barrotes de hierro, se puso de pie. No sabía por qué se incorporó en vez de continuar en cuclillas, ni qué iba a hacer a continuación. Pero caminó hasta el establo y empujó la puerta para abrirla. En una esquina vio el azadón. Su cuerpo alto y delgado se acercó y se inclinó sobre él. La mano de Zakeya era ruda y grande, con la piel agrietada, y sostuvo el azadón con fuerza, mientras sus pies grandes y chatos salían por la puerta. Se detuvo un instante y a continuación cruzó el callejón hasta llegar a la puerta de hierro. El Alcalde la vio avanzar hacia él. «Una de las campesinas que trabajan en mi finca», pensó. Cuando estuvo cerca vio cómo se elevaba su brazo en el aire, sosteniendo el azadón.

No sintió cómo caía el azadón sobre su cabeza y la aplastaba de un solo golpe. Porque un momento antes, la había mirado a los ojos, sólo una vez. Y a partir de ese momento estuvo destinado a no ver, no sentir y no saber nada más.

La furgoneta gris avanzó por el camino llevando en su interior a Zakeya en cuclillas, como solía estar en la entrada de su casa. Recorrió calles y caminos que nunca había visto antes, y que ni siquiera se había imaginado que existiesen. Era un mundo diferente al mundo que ella había conocido. Por una rendija en la madera que cubría la ventana pudo ver un río, como el Nilo en Kafr El Teen, pero ante sus ojos no parecía el Nilo. La furgoneta se detuvo frente a una enorme puerta. Le habían puesto esposas en las muñecas, pero sus grandes ojos negros estaban abiertos de par en par. Tenía los labios cerrados con firmeza, como si no quisiese decir nada, o ya no pudiese recordar ninguna palabra. Pero de vez en cuando los hombres que la rodeaban podían verla mascullar algo, como si hablase consigo misma. Repetía en voz baja: «Sé quién es. Ahora le conozco.» En medio de la noche, mientras yacía en el suelo de la celda cerca de las demás presas, sus párpados permanecían abiertos. Contemplaba la oscuridad con los ojos abiertos pero sus labios continuaban apretados con fuerza. Sin embargo, una de las presas la oyó murmurar en voz baja: «Sé quién es.» La mujer le preguntó con curiosidad:

—¿Quién es él, querida?

Y Zakeya le respondió: «Sé que es Alá, hija mía.»

—¿Dónde está él? —suspiró su compañera—. Si Él estuviese aquí, Le suplicaríamos que tuviese misericordia de las mujeres como nosotras.

—Está allí, hija mía. Lo enterré en la margen del Nilo.